



Segunda época, año II, número 12
marzo-abril de 1981

Director: Carlos Quijano

CUADERNOS DE MARCHA

dos años más

60 pesos

LLEGO LA HORA DE ZARPAR

NO DEJES QUE EL BARCO ZARPE SIN TI

un moderno barco-escuela te espera,
en él podrás prepararte como piloto
o maquinista naval



ESCUELAS

Funcionan como internado y proporcionan al alumno: alimentos, alojamiento, material didáctico y prácticas. Las dos carreras que se imparten comprenden 3 años, divididos en 6 semestres. Los dos últimos semestres a bordo de uno de los más modernos buques-escuela, totalmente equipado.

Estos planteles son:

Escuela Náutica de Mazatlán: Calzada Gabriel Leyva s/n, tel. 1-24-86, Mazatlán, Sinaloa.

Escuela Náutica de Tampico: Blvd. Adolfo López Mateos y Constitución, Tel. 2-55-21, Tampico, Tamaulipas.

Escuela Náutica de Veracruz: Blvd. Manuel Avila Camacho s/n, Tel. 2-83-20, Veracruz, Veracruz.

REQUISITOS

- 1.- Mexicano por nacimiento
- 2.- Soltero.
- 3.- Llenar a mano solicitud de ingreso, con aprobación del padre o tutor.
- 4.- Acta de nacimiento.
- 5.- Certificado de bachillerato o vocacional.
- 6.- Cartilla de servicio militar nacional.
- 7.- Certificado de salud y aptitudes físicas compatibles con las exigencias de la carrera del mar.
- 8.- Exámenes de admisión.

COSTOS

Al ser admitido en cualquiera de las escuelas náuticas del país el alumno deberá depositar fianza de \$1,000.00 en efectivo, que le será devuelta al terminar los estudios. Asimismo, deberá pagar 500 pesos mensuales durante toda la carrera.

FECHAS

La documentación deberá entregarse en cualquiera de las escuelas náuticas, del 1º de junio al 24 de julio de 1981.

Los exámenes de admisión se llevarán a cabo en las escuelas náuticas, del 3 al 8 de agosto. Los cursos se iniciarán el 7 de septiembre.

Para mayor información dirigirse a cualquiera de las escuelas náuticas o al Fideicomiso Escuelas Náuticas Mercantes en el Centro SCOP (Xola y Universidad), cuerpo "A", piso 11, tel. 530-40-79. México 12, D.F. o a la Dirección General de Información y Relaciones Públicas de la SCT, Tel. 519-89-20.



Subsecretaría de Puertos y Marina Mercante
SECRETARÍA DE COMUNICACIONES Y TRANSPORTES

Dos años más

Con este número, Cuadernos de Marcha cumple dos años en el exilio. No han sido dos años fáciles, tampoco triunfales. Algunos signos positivos asoman en el Norte. En el Sur las dictaduras continúan o reaparecen. El general Pinochet ha prolongado su mandato. El general Viola sustituye al general Videla. El general Figueiredo, sucede al general Geisel. La breve primavera boliviana, después de idas y venidas, desembocó en el general García Meza, ungido últimamente, según sus dichos, por el pueblo. No nos detenemos en el general Stroessner. Lleva veintisiete años en el poder. En Uruguay ha comenzado el "diálogo". El diálogo entre quienes manejan la metralleta y la oposición ahora enriquecida con el aporte de muy destacados golpistas. Ya las fuerzas armadas han designado al sustituto del señor Méndez. ¿Será un civil? ¿Será un militar? Civil o militar, poco importa, en definitiva, porque los generales seguirán mandando; pero todo induce a creer, que esta vez, no utilizarán a un mascarón. Es lo que desean algunos militares. No sólo el general Alvarez, cuyas aspiraciones son conocidas de antiguo.

La experiencia uruguaya en materia de dictaduras, no puede tomarse como un prototipo continental; pero vale la pena recordarla, porque ayuda a comprender todo el proceso.

En los últimos cien años, el país padeció varias dictaduras. Tres se destacan: las de 1875, 1933 y 1973.

—En 1873, después de la revolución industrial que comienza a fines del siglo XVIII, el capitalismo internacional, que había tenido un largo período de auge, conoce "la gran depresión".

Los efectos de ésta no tardan en llegar a nuestras tierras. Para conjurarlos los militares toman el poder y se quedarán en él durante más de diez años. A Latorre, que abre el camino, lo remplace Santos. A Santos, Tajés, vencedor de la revolución del Quebracho. Tajés es uno de los turiferarios del régimen y en ocasiones su brazo armado —lleva la naveta y cuando es necesario carga el fusil—, pero se propone o lo proponen como el restaurador de la legalidad y en ancas de su caballo monta la oposición. Es la hora eufórica de la conciliación nacional. No dura mucho esa conciliación. Pocos años después una revolución estalla, un presidente muere asesinado y el vicepresidente que lo sustituye da un golpe —que algunos califican de "golpe bueno"— para desprenderse de un parlamento que no lo respalda. Pero esta es otra historia que no entra en nuestro relato.

—Hacia 1929–1930, otra gran depresión sacude al mundo —la segunda de las tres que aquí consideramos— pero no en balde han pasado más de cincuen-

ta años. En 1873, y por entonces ya comienza su declinación, Gran Bretaña es la rectora. En 1930 la potencia dominante es Estados Unidos.

En el último cuarto del siglo XIX, hacia 1890, un nuevo período de recuperación se inicia; pero Gran Bretaña ya no está sola. Otros países le disputan la supremacía, el imperialismo adquiere entonces, su verdadera fisonomía y la larga batalla por el dominio del mundo, desemboca en la guerra del 14-18. Terminada ésta, Europa está en ruinas, y Gran Bretaña a pesar de sus esfuerzos —intentará, por ejemplo, devolverle a la libra su valor— no volverá a ser nunca más lo que fue. De la guerra emerge triunfador Estados Unidos.

Insertos en el sistema mucho más profundamente que cincuenta años atrás, nuestros países fueron golpeados con gran dureza por la crisis del 30. Para exorcizarla se recurrió otra vez al remedio clásico, del cual el fascismo italiano ofrecía además, un deslumbrante modelo: la dictadura.

En Brasil, Getulio Vargas que, años después con su bella muerte honrará a su vida entera, inventa el "Estado Novo"; en Argentina, el 6 de setiembre de 1930, los militares, encabezados por Uriburu toman el poder; en Uruguay el 31 de marzo de 1933, el mismo presidente constitucional, el señor Terra, se transforma en dictador: disuelve el parlamento y demás autoridades constituidas para manejar sin trabas al país. Lo respalda el ejército; pero la "tarea sucia" la ejecuta la policía, que comanda el general Baldomir, cuñado de dicho señor Terra. Todo queda en casa: después Baldomir sucederá a Terra.

La sombra de Tajos, aquel que en el 86, auspició la conciliación nacional, vuelve a rondar y a tentar. De lo que ocurrió en aquel lejano año, se pretende extraer una consigna, quizá una norma, acaso una doctrina: de una dictadura sólo se sale —¿se sale?— en ancas de uno del régimen. La oposición se decide a enancarse en el caballo victorioso del señor Baldomir, "electo" presidente con la abstención de los propios partidos opositores. Es otra vez la conciliación nacional. Los estandartes de la rediviva cruzada llevan esta leyenda: "Por nueva constitución y leyes democráticas".

Pudo creerse en 1886, que la conciliación con los déspotas y sus servidores bastaba para resolver los muchos problemas que ya entonces estaban planteados o asomaban. No pudo ni debió creerse en 1940 que ese "remedio" era suficiente. Así lo pensamos y así lo dijimos y por pensarlo y decirlo nos quedamos solos, hecho que, en definitiva, ni importa ni cuenta. Las circunstancias históricas eran distintas, la relación de fuerzas se había modificado. Uruguay pudo superar la crisis del 73-75; nunca se repuso del derrumbe de 1930. Para reconstruir el país de poco iban a servir las reformas constitucionales y las palabras conciliatorias. Había que arremeter contra estructuras vetustas y paralizadoras que habían sido creadas para otro mundo y otro país que ya no existían. Imaginar y recrear.

La "nueva constitución" de Baldomir no llegó a vieja y duró apenas diez años; otra, que restableció el colegiado en 1951, vivió quince; a la constitución, una vez más presidencialista de 1966, la enterraron los militares en 1973. La pobre, desde 1968 era sólo una fachada.

—En los treinta años que van del 40 al 70, varios gobiernos se suceden. Después de Baldomir, Amézaga; luego el retorno del batllismo con Berreta y Luis Batlle, más tarde con Martínez Trueba que reimplanta con los anticonstitucionalistas de un cercano ayer, el colegiado y por último, nuevamente con Luis Batlle.

En 1958, el partido nacional, excluido del poder o con participación minoritaria durante más de noventa años, gana las elecciones. Gobernará desde el 59 hasta el 67, dos períodos.

Era la última opción. Pocos quizá, lo comprendieron. Los colorados se habían desgastado en el largo ejercicio del poder. El país quiso intentar

algo nuevo y puso su esperanza en el viejo partido opositor. Los hechos están ahí, cercanos, muchos de los actores aún viven, no pocos han padecido persecución, prisión o destierro y algunos, como Gutiérrez Ruiz, fueron asesinados por la dictadura. Todo obliga a ser prudente en los juicios. Nos limitamos a decir que los gobiernos del partido nacional no respondieron a la confianza que se les había otorgado. No sólo el partido hasta entonces gobernante estaba desgastado; también lo estaba el partido opositor, corroído, además, por divisiones internas y su triunfo fue efímero.

El país se había transformado, el mundo había seguido su marcha, otra gran depresión amenazaba y todo el aparato creado por la potencia dominante empezaba a venirse al suelo.

Después de la segunda guerra mundial, el poderío de Estados Unidos llegó a su apogeo. Del 45 al 60, otros dicen el 66, el capitalismo conoció un nuevo período de auge que sorprendió aun a sus críticos y que hizo pensar a sus panegiristas que el sistema era poco menos que inmortal. El mismo error por cierto en el que incurrieron los tecnócratas, que siempre se equivocan, del 30. Ya producida la caída —recuérdese a Irving Fisher, recuérdese a Harvard— seguían anunciando que la prosperidad continuaba y continuaría.

Pero la verdad de verdades es que a partir del 60, otros dicen del 66, repetimos, el imperio más dominador que ninguno de los otros que conoció la tierra, estaba herido y, a nuestro modesto entender, de muerte. Comienza entonces, esta recesión con sus distintos nombres y sus variadas interpretaciones en la que estamos inmersos. El régimen monetario internacional se desmorona, el dólar se devalúa, el oro condenado, reaparece por la rendija, el desempleo se extiende, la inflación es indomeñable, los países productores de petróleo largo tiempo explotados y saqueados, reclaman lo suyo y esta civilización —civilización y no cultura— alzada sobre el despilfarro de lo que otros producen y cuesta poco, se agrieta y cruje. A todo lo cual y mucho más, se suman la guerra de Vietnam, Watergate, la rebelión endémica, la pérdida de fe en los valores, la coexistencia con el arma al brazo. ¿Derrumbe?: ¿depresión crónica?: ¿estancamiento?, preguntas que otros en otras edades contestarán. Esta nueva gran depresión golpea y ahora con más fuerza que las anteriores, a nuestro país. Los milagrosos carecen de inventiva. El poder está al alcance de la mano. Otra vez la dictadura, la represión, la tortura y los asesinatos. Otra vez los militares convertidos en salvadores. Brasil en el 64, Argentina que sigue uncida al trauma del 30, en el 66, Perú en el 68, Chile y Uruguay en el 73 y todo lo demás que sabemos y no hemos olvidado. Factores internos y externos se mezclan. La era militar recomienza o continúa, pero en todos los casos con mayor barbarie.

Tajes, a quien acompaña ahora Baldomir, vuelve a tentarnos: se ha reiniciado el “diálogo” y el caballo de algún general ambicioso espera a los que quieren enancarse en él, mientras se repite que hay que acabar con la dictadura y los más audaces reclaman la convocatoria de una asamblea constituyente.

Esforcémonos por clarificar el discurso y descartar el babelismo. Trate-mos de entender y de entendernos.

“Hay que acabar con la dictadura”. Por supuesto, ¿quién, de cuántos la combaten desde siempre, puede dudarlo? Pero ¿cómo? Las dictaduras no suelen practicar el haraquiri. Hay que derribarlas, que es la única forma conocida de sanear el ambiente y preparar el terreno para las nuevas construcciones. Pero, si no se las puede derribar, ¿está descartado hacerlas evolucionar y aun ayudarlas a evolucionar? ¿Queda excluido todo diálogo?

Comprendemos que para los que vegetan y padecen en ese pozo sinietro que es ahora el Uruguay, para todos cuantos sufren persecución, prisión y tortura, cualquier concesión, por mínima que sea, que se le arranque a la dictadura, ha de ser bienvenida. Comprendemos también que los que viven en el exilio, lejos de ese infierno, no tienen cabal autoridad ni suficiente conocimiento para impugnar soluciones que auspician aquellos que más penan. Pero aún así nos creemos obligados a decir lo que pensamos.

¿Cómo dialogar, con quien esgrime la metralleta, la ha usado y se dispone a seguir utilizándola?

¿Cómo dialogar con los autores, fautores y cómplices de lo que ha ocurrido en los últimos ocho o diez años en el país? ¿Con los asesinos y torturadores, con los perseguidores y carceleros?

En política se dialoga para buscar fórmulas de avenimiento; para transar ¿Caben avenimientos en Uruguay, caben transacciones con los detenedores del poder?

Pero además, ese avenimiento y esas transacciones no lograrán nada positivo y duradero. Los prácticos, duchos en menesteres celestinescos —mediaciones y reconciliaciones— tienen ahora muy limitada su capacidad de maniobra. ¿Todavía no se ha comprendido que el país requiere algo más que parches y componendas?

Sin duda, no debemos tomar nuestros deseos por realidades. Pero ¿cuáles son las realidades?

Muchos fueron incapaces de prever en el 60, el 66 y aun en el 68, lo que se venía. Todavía en los días de febrero del 73, cuando ya el atraco se había iniciado, algunos seguían coqueteando con los militares que por cierto rechazaron sus invitaciones al vals.

Durante ocho largos años de destierros, encierros y entierros hemos sido, asimismo, incapaces de elaborar un proyecto nacional, congruente y realista, frente al plan reaccionario y bárbaro que los milites y sus tecnócratas de medio pelo, incompetentes y serviles, impusieron y cuyos resultados, que a la vista están, eran perfectamente conjeturables.

El reiterado reclamo de la democracia y la unidad nos sirvió para ocultar nuestras carencias.

Un partido es un proyecto nacional; una conjunción de partidos también lo es, como debe serlo un gobierno si no quiere limitarse a distribuir puestos e inaugurar exposiciones.

Más que nunca en las condiciones extremadamente difíciles por las que atraviesa Uruguay ese proyecto que la oposición debió preparar, analizar, discutir y redactar hace tiempo, es necesario. Y por esa tarea debe empezarse.

¿O es que en el fondo se pretende volver al Uruguay de antes? ¿No se comprende que ese Uruguay está muerto, que el mundo en el que se desarrolló también lo está y definitivamente?

La reclamada unidad de la oposición que se basa en unas pocas generalidades sin contenido, sólo conduce a mantener el engaño y la confusión, a eximirnos de nuestras responsabilidades. Se engañan los mismos que la proponen. No se nos ocultan las dificultades de la empresa. Tampoco nos hacemos ilusiones sobre el eco que nuestras palabras solitarias tendrán. Es posible que, como en tantas otras ocasiones, quienes confunden política con capacidad de maniobra, se salgan con la suya. Quizá, otro "gobierno de transición", acuñado por los usurpadores, mediatizado por ellos, nos espera. Quizá los enancados vuelvan a enturbiar el agua y logren confundir a las gentes.

Pero entonces, una vez más, el destino, el modesto destino, del Uruguay se habrá frustrado. Pocos años se necesitarán para comprobarlo.

Nacionalidad y continentalidad en América Latina

Arturo Ardao

I.- América Latina y el dualismo Europa-América

La idea de América Latina, o Latinoamérica, constituyó en sí misma, a la hora de su advenimiento en la década del 50 del siglo XIX, la primera idea de la integración o unión, como se prefería decir entonces latinoamericana, en tanto que *latinoamericana*. Resultó ser, por eso solo, una redefinición entre las distintas secciones de América, o entre las distintas Américas; pero al mismo tiempo, la redefinición de las relaciones genéricas entre América y Europa.

Promovida inicialmente por plumas hispano-americanas en publicaciones de Madrid y París, como antítesis de una América sajona, esa idea de América Latina no vino a suplantarse sino a completar, la ya consagrada de América Hispana, o Hispanoamérica. No la suplantó entonces ni tampoco después, del mismo modo que no suplantó sino que complementó también a la de América Ibérica, o Iberoamérica, insinuada de tiempo más atrás, aunque la expresión correspondiente apareciera más tarde, en el último cuarto del siglo. Tales tres ideas de América meridional, con sus correlativos términos de enunciación, han tenido y mantenido una legitimidad que es propia de cada una, en la esfera también de cada una. Tiene que ver esta cuestión con todo un proceso de características únicas en la germinación y configuración de nacionalidades y supranacionalidades en la modernidad occidental.

Semejante proceso americano ha sido condicionado por la concurrente acción de factores históricos europeos, de variado radio lingüístico-cultural a la vez que geográfico político, en el propio continente de origen: los factores *hispano*, *ibero*, *latino*, en el tradicional uso que se hace de estos términos como cate-

gorías de la historia y de la cultura. Las mismas variantes de radio lingüístico-cultural a la vez que geográfico-político, si bien a escala diferente, habrían de manifestarse en la escala americana. Pero aquí con la singularidad, por cierto fundamental, de que Hispanoamérica, Iberoamérica, Latinoamérica, han venido a ser etapas al mismo tiempo que niveles, de un solo gran proceso integracionista de significación nacional tanto como continental. Dicho sea lo anterior con el agregado, no menos fundamental, de que la supranacionalidad latinoamericana, lejos de negar a la hispanoamericana, o, en su caso, la iberoamericana, es precisamente de ellas que saca su mayor fuerza. Estas otras supranacionalidades que le son subyacentes la sustentan todavía más que, por separado, las primarias naciones-estados de sentido estricto.

Dominado siempre por la idea nacional por una idea nacional sólo al convertirse en *latinoamericano* el proceso integracionista continental alcanza su culminación. Pero cualesquiera hayan sido y sean los vaivenes y el destino futuro de los fenómenos económicos y políticos del mismo proceso, es por ahora en el campo cultural que esa culminación ha tenido lugar, en el grado en que la ha tenido. Nada lo revela mejor que la expresión literaria del continente.

La distinción entre lo cultural, lo político o jurídico-político, lo económico o socio-económico, como tres aspectos diversos de las integraciones regionales o continentales, se ha impuesto por su utilidad instrumental obvia. Se comprende, no obstante, que la distinción, con posible inclusión de otros aspectos y hasta de variantes terminológicas, posee un alto grado de convencionalismo. En primer lugar, por la inevitable interferencia entre los señalados aspectos, en segundo lugar,

por la multivocidad de sus enunciados. La situación es particularmente sensible en lo que se refiere a la cultura, por la matizada gama semántica de este vocablo, y hasta por la expansividad íntima, en ciertos momentos totalizante.

Los nombres de todos los continentes tienen, desde luego, carácter cultural, en sentido lato. Sin embargo, el de América Latina o Latinoamérica como nombre de un continente más que de un subcontinente—es el único, entre todos, que lo tiene en un sentido específico: en tanto que invocación o apelación, a un modo de cultura; a aquel modo de cultura, por otra parte, que resulta ser el más arraigado y orgánico de la universalista tradición europea occidental. El hecho por sí solo, sería irrelevante, o de relevancia escasa, si no fuera que ese nombre es también el único, en todo el planeta, de un continente que se lo haya dado a sí mismo, al cabo de una búsqueda afanosa y por instantes angustiosa, de su identidad. Y más importancia cobra todavía como papel que en esa búsqueda, o autognosis, del vasto sector meridional de América, le tocó desempeñar a la idea misma de Europa.

Hay una analogía formal o externa que hace por igual paradójicos a los nombres—en tanto que nombres—de ambos continentes: etimológicamente, el de América Latina contiene una referencia europea, y el de Europa una referencia asiática; pero mientras el de Europa es fruto de una inmemorial imaginación mítica, el de América Latina lo es de una reciente voluntad histórica colectiva. Pues bien, esta voluntad colectiva llegó al desenlace del nombre América Latina, a través, no solo de una nueva concepción del pluralismo americano, sino además, de una acomodación profunda del clásico dualismo mayor, Europa-América.

II.-El inicial americanismo hispanoamericano.

Como denominación continental, el nombre América Latina surgió a principios de la segunda mitad del siglo XIX, en medio de un complejo cuadro de hechos e ideas. En cuanto a los hechos, fue determinante el progresivo avance territorial de Estados Unidos sobre el sur del hemisferio americano: en la década del 30 la anexión de Texas; en la del 40, la invasión y desmembramiento de México; en la del 50, las expediciones filibusteras de Walker en Centroamérica. En cuanto a las ideas, coincidió este proceso con una intensa especulación doctrinaria en el seno del historicismo romántico, en torno a las razas y sus

formas de cultura; el entonces agotado desdoblamiento románico-germánico de la vieja Europa, con su canto de cisne intelectual en la filosofía de la historia de Hegel, es paulatinamente remplazado, en el propio marco europeo, por una ascendente distribución cuadrangular: lo sajón, lo latino, lo germano, lo eslavo.

No cabe detenerse en los antecedentes, en verdad lejanos, que condujeron, por un lado, al desgajamiento de la rama sajona del tronco germano; por otro, al acceso del mundo eslavo a los primeros planos; por otro, todavía, al primado de la terminología latinista sobre la romanista. Baste indicar que en la interioridad de esa tetralogía posnapolónica, emergió a su vez una imperiosa dualidad, de preponderante fachada atlántica: la de *lo sajón y lo latino*. En parte, vino ella a ser calcada sobre la caduca de lo romano y lo germano, con inversión, ahora, del término hegemónico; y en otra parte, más significativa, fue reflejo de la situación nueva de las antiguas, y a esas horas legendarias, Germania y Romanía: definitivamente desdoblada la primera, sujeto de distinta organización y distinto espíritu la segunda.

Entre otras consecuencias, la desde hacía tiempo fatigada expresión Europa románica, deberá inclinarse cada vez más en lo sucesivo, ante la de Europa latina, comprensiva de aquellos países de idiomas neolatinos, o simplemente latinos, y concebida como antinómica, más que de las Europas germana y eslava, de la Europa sajona. Esa renovada imagen de una Europa *latina*, a la que el romanticismo infundirá una incitante sensación de frescura histórica, es la que suscitará de inmediato, por contragolpe, la idea de una América también *latina*, contrastada igualmente a una América sajona.

La repercusión americana del fenómeno europeo, en aquella coyuntura, revistió más de un aspecto. No se comprenderá nunca el advenimiento del término de América Latina, si se prescinde de todo el sentido que tuvo de diferenciación y defensa respecto a una América de raza sajona léxico entonces novedoso a la hora de los recordados primeros grandes avances de ésta sobre el Sur. Pero tampoco se comprenderá nunca ese advenimiento si se prescinde, por otro lado, del convergente papel que entonces desempeñó, y la metamorfosis que consiguientemente experimentó, el secular dualismo Europa-América. Para las actuales relaciones de los conceptos, no ya Europa-América, sino Europa-América Latina, dichas circunstancias históricas se vuelven de privilegiado interés.

En la América destinada a llamarse Latina, las primeras ideas de unión o de integración, como es más habitual decir hoy surgieron

y se desarrollaron en el área hispanoamericana. Los iniciales proyectos independentistas de los Miranda y los Viscardo, concibieron el conjunto de las colonias españolas como una sola patria, a organizarse políticamente en una sola nación. El mismo pensamiento fue el de los próceres revolucionarios de 1810. Pronto se convirtió Bolívar en su abanderado continental, hasta culminar el propósito con su convocatoria de 1824 del Congreso reunido en Panamá en 1826, y frustrado en Tacubaya, México, en 1828. Por tratarse primero de la lucha contra España, y luego, en la época de aquella convocatoria, contra la amenaza de la Santa Alianza, todos los empeños unionistas estuvieron presididos por una poderosa antítesis: Europa-América; Europa dominando o amenazando a América, América emancipándose o previniéndose de Europa.

De ahí la espontánea tendencia, en todos los puntos de América española, de México al Río de la Plata —desde 1810— de llamar a la misma, sencillamente América. Colombia, había propuesto llamarla Miranda, el nombre fue recogido con ese alcance por la Constitución de la Primera República de Venezuela; pero esa Magna Colombia, después de haber hecho algún camino en todo el continente debió ceder su sitio a la geográficamente más circunscripta pero decisiva Gran Colombia de Bolívar. La apelación al genérico nombre de América, llevó a dos derivados léxicos: por un lado, al gentilicio americano como equivalente de hispanoamericano, aparte de su natural significación hemisférica en otros empleos; por otro lado, a la definición de americanismo y de americanista, que se da a sentimientos y movimientos de cuño también exclusivamente hispanoamericano.

No otro sentido tuvo el *americanismo político* de Bolívar y de toda su constelación histórica, tanto como el *americanismo literario* de Bello y sus coetáneos. "Potencias Confederadas de América" decía el principal tratado de Panamá, aunque lo suscribían sólo "antiguas colonias españolas" como en la convocatoria había dicho Bolívar; *La Biblioteca Americana* y *El Repertorio Americano* se llamaban las revistas que animó Bello en Londres entre 1823 y 1827, aunque sólo a los países hispanoamericanos tuviesen en vista. Dominándolo todo, la gran antítesis Europa-América.

La misma antítesis está de nuevo presente en el siguiente episodio unionista de significación, el llamado Primer Congreso Americano de Lima, 1847-1848. Fue convocado a fines de 1846 por la amenaza, que no llegó a concretarse, de una expedición contra Ecua-

dor auspiciada por España con la complicidad inglesa. De nuevo, el peligro europeo; de nuevo haciendo frente a Europa. América. Pero aunque se hable de América sin limitación, y aunque el Congreso se llame "Americano", y "Confederación Americana" la proyectada, es sólo de países hispanoamericanos que se sigue tratando. Ni siquiera se siente la necesidad de dar una explicación de la terminología usada, como tampoco la sintió Juan María Gutiérrez al publicar en Valparaíso, en el mismo año de 1846 de la convocatoria del Congreso, su célebre antología *América Poética*: pese a la latitud del título, era sólo la poesía americana de lengua española la allí considerada.

Las mismas circunstancias generales de primer plano —si bien por otra vertiente una transformación profunda se estaba operando— rodearon la reunión del llamado Segundo Congreso Americano de Lima, 1864-1865. Tuvo de nuevo por causa inmediata la agresión europea, esta vez consumada, al ocupar España las islas peruanas de Chincha. Aunque sólo países hispanoamericanos intervinieron, "americano" se volvió a llamar al Congreso, y de "Estados de América" hablaron los textos allí suscritos. Por otra parte, habiéndose abierto aquella década con otras intervenciones europeas —de España en República Dominicana; de España, Inglaterra y Francia en México— un vasto estremecimiento recorre a los pueblos de la América española. En su ámbito el tradicional antagonismo Europa-América renace con un apasionamiento que no se conocía desde los tiempos de la Independencia. Uno de los resultados fue la fundación en Valparaíso, en 1862, de un activo movimiento intelectual y popular irradiado a varios países hispanoamericanos, como fenómeno de masas en algunos de ellos, que recibió el nombre de *Unión Americana*: unión de la joven América —por supuesto, la hispana republicana y democrática, frente a la vieja Europa, monárquica y colonialista.

En otro terreno, con vistas al Congreso de ese año, publica Justo Arosamena en 1864, en Lima, su medular *Estudio sobre la idea de una liga americana*: era a las naciones americanas de origen español, puestas en zozobra por el revanchismo europeo, que se procuraba unir.

III. Del americanismo al latinoamericanismo

Cuando lo que acaba de decirse ocurría en el primer lustro de la década del 60, estaba ya pugnando por pasar a primer plano en el campo del unionismo o integracionismo —hispanoamericano, una corriente distin-

ta, por sus fundamentos políticos a la vez que doctrinarios. Es la corriente por cuyo intermedio, siempre en la misma tradición unionista de inevitable foco histórico en Bolívar, el viejo "americanismo", de generalidad, al par que ambigüedad terminológica, iba a convertirse en el "latinoamericanismo", entonces naciente.

El desenlace en 1848 de la guerra de México, con el Tratado de Guadalupe Hidalgo que dio posesión a Estados Unidos de gran parte del antiguo territorio de su vecino, fue ignorado en absoluto por el Primer Congreso Americano de Lima, no obstante haber tenido lugar cuando éste estaba todavía reunido. Su problema era Europa, no Estados Unidos. Pero el efecto alertante en la opinión pública hispanoamericana iba a ser creciente día a día. Ya en 1850 se siente amenazado el Istmo de una manera formal. Los choques norteamericano-mexicanos, desde los distantes episodios de Texas, dejan de ser vistos como lejanas turbulencias fronterizas entre "dos países", para considerárseles el enfrentamiento de "dos Américas", de diferente "raza": la sajona y la latina. Motivada por el nuevo peligro, no ya ultramarino sino intrahemisférico, en el primer lustro de la década del 50 da comienzo la especulación latinista en plumas hispanoamericanas.

Las inmediatas depredaciones de Walker en Centroamérica a lo largo del segundo lustro precipitan nuevas ideas y actitudes, desde el extremo norte al extremo sur de la América española. El año 1856, de apogeo del filibustero, resultó clave: para defenderse, no de Europa sino de Estados Unidos, dos nuevas reuniones unionistas hispanoamericanas tienen lugar, una en Santiago de Chile, otra entre los representantes acreditados en Washington; siguiendo una línea diplomática que venía desde el Congreso de Panamá, se hicieron convencionales aperturas al Brasil, ahora más definidas. En el mismo año, quien iba a ser durante un tercio de siglo, desde París, el profeta y apóstol del latinoamericanismo, el colombiano José María Torres Caicedo, escribe su extenso poema, hoy histórico, *Las dos Américas*. Haciendo sonar la alarma, estampó en él: "La raza de la América Latina / al frente tiene la sajona raza". El nuevo nombre de la América meridional iniciaba definitivamente su carrera.

Aquel nuevo nombre resultó sobre todo significativo, por traer un concepto nuevo del continente que mentaba. Consciente de la carga cultural, más que biológica, de la palabra raza en tal contexto y otros similares, aclaraba el mismo Torres Caicedo que hacía uso de ella, "aun cuando no es rigurosamente exacta. . . para seguir el espíritu y el lenguaje de convención que hoy domina". Las consecuencias eran múltiples. La deprimente imagen del mestizaje étnico de la América meridional, extremada en

aquellos mismos años de Gobineau en los capítulos finales de su libro famoso, resultaba bruscamente remplazada por la tradición de cultura de mayor abolengo en el mundo occidental. Por más que el deslumbramiento ante el empuje del orbe sajón, llevara a muchos ilustres hispanoamericanos del siglo XIX a eludir el nuevo léxico latinoamericanista, su introducción no dejó de constituir una poderosa arma ideológica en la afirmación y defensa de lo propio. Pero importó, además, tanto como una cabal diferenciación respecto a la otra América, una decisiva revisión de las relaciones entre los términos América y Europa. Nuestras subterráneas raíces europeas, sin que se olvidara su entrelazamiento con las indígenas y las africanas, se ensanchaban a la par que se profundizaban.

Aparte de ser adversado por hispanoamericanos sajonizantes, así fuera por lo general de modo tácito, el incipiente latinoamericanismo experimentó rudos traspiés por los acontecimientos del primer lustro de la década del 60. Mientras los Estados Unidos, sumidos en su guerra civil, ponen transitoriamente entre paréntesis sus miras sobre los países del Sur, se producen desde Europa las diversas ofensivas que se vio más arriba. Como también se vio, se reaviva el viejo antagonismo europeo-americano. No era ello propicio para la idea latinoamericana: tanto menos cuanto que los ideólogos panlatinistas de Napoleón III explotan el nuevo nombre América Latina, a favor de la presencia imperial francesa en México.

Sin dejar de condenar severamente el crimen de que era víctima la nación azteca, Torres Caicedo no cesa en su campaña. En 1865, en plena celebración del recordado Segundo Congreso Americano de Lima, lanza en París, en español, su libro *Unión latinoamericana*. Su solo título era revolucionario en la historia del unionismo hispanoamericano: lo era más su contenido, ya que, a la vez de atacar las renovadas ambiciones de las monarquías europeas de la época, denunciaba con energía el mayor peligro cernido entonces sobre los países meridionales de América: el peligro norteamericano.

La década del 70 fue de lento ascenso de la idea y el nombre de América Latina. En 1875 pudo Torres Caicedo escribir: "Hoy vemos que nuestra práctica (la del empleo de dicho nombre) se ha generalizado; tanto mejor". Pero más importante para nuestro asunto es que en la misma ocasión dijera: "*Hay América anglo-sajona, dinamarquesa, holandesa, etc.; la hay española, francesa, portuguesa; y a este grupo, ¿qué denominación científica aplicarle sino el de latina?*" Es esta tal vez la primera afirmación categórica, por no decir tajante, de la llamada integración latinoamericana, en tanto que verda-

deramente latinoamericana: la afirmación de la América Latina como una gran unidad histórico-cultural, llamada a ser concebida, en el andar del tiempo, como una nacionalidad, o supranacionalidad, también verdaderamente continental.

La latinidad de la América meridional se mentó primero en el carácter de mera adjetivación. Desde 1836 —cuando todavía el propio Tocqueville no hablaba sino de “raza inglesa” y “raza española” en suelo americano— el sansimoniano francés Michel Chevalier había comenzado a caracterizar a aquella América como “latina”; pero en el mismo plano y con el mismo alcance que como “católica”. De esa adjetivación fue que Torres Caicedo, más que ningún otro hispanoamericano, pasó en la década del 50 al sustantivo compuesto América Latina. Con el sentido de denominación continental que él le dio, el término así sustantivado se fue imponiendo poco a poco en el resto del siglo XIX y, sobre todo, a lo largo del actual. Lexicográficamente se le llega a unificar, con la frecuencia que se sabe, en el solo vocablo: Latinoamérica.

Tal pasaje de la mera adjetivación a la sustantivación con proyección gentilicia, aun conservando el compuesto de dos palabras separadas, no lo conoció nunca la matriz “Europa latina”. Menos ha dado lugar ésta a una unificación lexicográfica similar a la que acaba de mencionarse: no se habla de una “Latinoeuropa”. Ha sido así, porque sólo en el caso de la América Latina semejante denominación fue asumida, desde sus orígenes, por la conciencia de una nacionalidad —o supranacionalidad— que desde tiempo atrás pugnaba confusamente por definirse para de ese modo identificarse. La situación en Europa, donde tan vivo fue en el siglo XIX el sentimiento de las nacionalidades, menores y mayores, tuvo en el área latina características distintas a las del otro lado del Atlántico.

IV.- La idea nacional en América Latina

Para la conciencia criolla, desde fines del siglo XVIII, había llegado a cuajar en algunas mentes la idea-programa de una “nación hispanoamericana”. No fue ajeno a ello el relieve que el iluminismo dio al concepto de nación. Solemnizado todavía éste por la revolución del 89, bajo formas múltiples se manifestó sin tardanza en los espontáneos patriotismos que siguieron a la insurgencia hispanoamericana de 1810. Ya en la primera hora el himno venezolano proclamaba: “la América toda existe en nación” (por supuesto, se refería a la sola América hispana); y por su parte, el argentino exaltaba el nacimiento de “una nueva y gloriosa nación”.

Fue de inmediato que se produjo en Europa la general eclosión de una doctrina que partiendo de la idea de nación, de algún modo la reinterpretaba: la doctrina de la “nacionalidad”, de las “nacionalidades”. Se hizo ostensible hacia 1815, al cierre del ciclo napoleónico, bajo la inspiración de muy fuertes a la par que extendidos sentimientos nacionales de los pueblos de todo el continente. Era el año preciso en que en América coincidencia no desprovista de significación escribía Bolívar su *Carta de Jamaica*. Diversas cuestiones derivaron. En una línea, asumiría entidad el problema de las minorías nacionales; pero en otra, de mayor interés para nuestro asunto, se desprenderían los proyectos supranacionales, cuya forma extrema la iban a constituir los llamados “panismos”.

Inseparable del espíritu que fue propio del romanticismo, el movimiento de las nacionalidades alcanzó en Europa su cabalidad, para tener luego allí larga carrera, entre fines del primer cuarto y principios del segundo tercio del siglo. Es precisamente la época de definición y organización primera de los llamantes países independientes de la América meridional, donde aquel movimiento habría de tener repercusiones contradictorias.

La inicial generación romántica de la América todavía no llamada Latina, fue muy sensible a la idea de nacionalidad. No tardó en apropiarse el vocablo mismo, que en la propia Europa no había aparecido hasta la década del 20. Los románticos europeos habían hecho de la obra literaria su más poderoso instrumento ideológico nacionalista, se habían servido expresamente de la literatura para exaltar la conciencia nacional. La misma cosa harán los románticos americanos, dominados por la preocupación de consolidar ante todo la conciencia de las nuevas naciones-estados. No otro sentido tuvo la histórica floración en las mismas, de las “literaturas nacionales” que por todas partes emergen después de 1830. Desde este punto de vista, en el área hispanoamericana, desde la Argentina a México, el efecto fue de centrifugación respecto a lo que había sido el continentalismo político y literario de los años 20, que los nombres de Bolívar y Bello, respectivamente, encarnan.

Pero por otro lado, la misma incitante idea de nacionalidad, en la dimensión supranacional de que Europa daba ejemplos, llevaba a cabo un cada vez más conciente efecto centrípeto. Se hizo sentir primero en el ámbito hispanoamericano, reactivados los ancestros unitarios de la colonia y la emancipación, por las nuevas amenazas y agresiones de las monarquías europeas de que se ha hablado antes; y luego en el más general ámbito latinoamericano, cuando el peligro que se vuelve prioritario es el de la otra América.

En 1889, en la más doctrinaria de las notas

que dedicó a la Conferencia Panamericana de Washington, contrastando a Estados Unidos con el resto, insistía Martí en la distinción de "las dos nacionalidades de América". Fue de tal contraste de "nacionalidades" que extrajo la divisa "Nuestra América", expresión de una nacionalidad —o supranacionalidad— cuya entronización propagandística, como divisa, llevó a cabo de 1889 a 1891; pero ya desde 1883 había dicho más de una vez: "nuestra América Latina".

Como los demás hispanoamericanos que se van incorporando al lenguaje latinista, incluido el propio fundador Torres Caicedo, tiende Martí a poner por delante la América española en el concepto de América Latina. Sin embargo, el nombrado Torres Caicedo, a quien tanto movió durante años la idea de nacionalidad en su sentido amplio, había dicho en 1875, según vimos: "... hay (América) española, francesa, portuguesa; y a este grupo, ¿qué denominación científica aplicarle sino el de latina?" Que no se trataba de una mera actitud descriptiva, lo probaban sus numerosos escritos anteriores, pero sobre todo su citado libro de 1865, *Unión latinoamericana*. Y cuando en 1879, para impulsar el ideal unionista, funda en París la *Sociedad de la Unión Latinoamericana*, no dejó de contar a patriotas haitianos entre sus más activos colaboradores.

De manera todavía incipiente en la conciencia de aquellas generaciones, la nacionalidad continental destinada a diferenciarse unitariamente de la América sajona, estaba rebasado el estricto marco de la América de origen español, para comprender también a los otros países americanos de lengua y cultura latinas o neolatinas. Era algo completamente nuevo respecto a lo que había sido el pensamiento continentalista de los próceres hispanoamericanos de la emancipación.

No aconteció lo mismo con al Europa que a principios del siglo XIX se inclinó a llamarse latina en lugar de románica. Tentativas no faltaron: desde la inicial idea del francés Lallemand, en la década del 40, de una federación que llamó "Ibergalítala", de Iberia, Galia, Italia, al diversificado movimiento latinista, y hasta panlatinista, de la segunda mitad del siglo, también de foco francés, pero que recupera ahora a Rumania para la comunidad latina de Europa, teniendo como figura mayor a Federico Mistral; y todavía, a lo que se llamó a fines del siglo, Unión o Confederación Heleno-Latina de la que en en el mundo hispánico fue representativo sostenedor Emilio Castelar, el gran amigo de Torres Caicedo. quede recordado lo anterior, sin internarnos en los siempre activos proceso latinistas del presente siglo impulsados desde Europa. Sin restarle a esos episodios de ayer y de hoy, nada de su signi-

ficación pasada y presente, parece cierto, empero, que no han llegado a hacer cristalizar la conciencia de una nacionalidad latinoamericana —llamándola así en este lugar— análoga a la conciencia de una nacionalidad latinoamericana, operante y creciente desde mediados del siglo pasado a nuestros días.

¿Se ha debido ello a que el sentimiento latinista, en sí mismo, ha sido más poderoso en América que en su continente de origen? Nadie podría suponerlo así. El hecho latinoamericano, en tanto que *latinoamericano*, no tiene otra explicación última que la existencia en el mismo hemisferio, del gigante sajón. Ha sido la poderosa gravitación de éste la que por contraste, ha actuado como agente de progresiva reducción del resto de América a una unidad fundamental. La común condición latina de ese resto, atendidas sus formas oficiales de carácter lingüístico-cultural, en una época en que en la propia Europa pasa a primer plano la enérgica antítesis de sajones y latinos, hizo lo demás.

De no haberse dado esa condición común, se hubiera llegado a la misma conciencia comunitaria por la vía de otros sentimientos o de otras ideas. De ahí el actualísimo fenómeno de "latinoamericanismo" de accesión, del Caribe inglés y holandés, tendiente, aun el anglófono, a orbitar antes en torno a Latinoamérica que a Estados Unidos. De ahí también, volviendo a Europa, la concepción contemporánea de una supranacionalidad europea asentada en otros fundamentos culturales no menos operativos, a su modo, que los económicos y políticos, de más resonante apremio. Cabe aún la hipótesis de que Europa, a secas, en cuanto idea de nacionalidad grande en gestación, tiene hoy más íntima fuerza que la que en ningún momento ha tenido, en su área, la Europa latina. A la escala planetaria del próximo futuro, más todavía que de hoy, el tradicional caso suizo puede constituir, por lo menos en algunos de sus aspectos, una micro-prefiguración.

Llamativamente, la idea de nacionalidad, no ya de nación, ha tenido en el plano supranacional más expansión en América que en Europa, el continente que la originó y donde tanto papel desempeñó en el siglo XIX. Movimientos como el pangermanismo, el paneslavismo, el panlatinismo, se agotaron con prontitud. En otros casos, como los típicos de Alemania e Italia, la idea de una nacionalidad mayor englobante de pequeños principados históricos, condujo con la misma prontitud a la organización de naciones-estados. (Casi está de más aclarar que para nada consideramos aquí los "nacionalismos" políticos de otra índole, producidos en nuestro siglo por la exaltación patológica de tal o cual nación-estado).

Mayor destino europeo, en verdad, ha tenido hasta nuestros días la idea de nacionalidad como expresión de minorías, con todo el cortejo de afirmaciones autonomistas que cruza en X al viejo continente, de España a Rusia y de Gran Bretaña a los Balcanes. Saliente testimonio intelectual de la efervescencia europea decimonónica en esta materia, a la hora en que ella llega a su apogeo, lo constituye la clásica obra de Francisco Pi y Margall, *Las nacionalidades*, publicada en 1887. En América, en cambio, prácticamente ausente ese fenómeno —abstracción hecha de la situación de las comunidades indígenas, de naturaleza diferente, y de algún caso importante como el típico canadiense francés— lo característico ha sido el desarrollo de ideas supranacionales, sin debilitamiento alguno, en términos generales, de las siempre arraigadas naciones-estados surgidas de la emancipación.

V. Nacionalidad, continentalidad y literatura

Hispanoamérica, Iberoamérica, Latinoamérica, resultan ser tres grandes nacionalidades, producto cada una de una integración propia, a punto de partida en una veintena de naciones-estados; pero al mismo tiempo integradas entre sí, en su misma condición de nacionalidades grandes, o supranacionalidades. Es lo que se estableció al comienzo de este escrito. Se anticipó también que nada lo revela mejor que la expresión literaria del continente. Después del recorrido hecho, algunas puntualizaciones se imponen en este particular aspecto.

Al margen del incierto destino, con su lote de logros y frustraciones, de las integraciones económica y política, y hasta de la cultural en otros órdenes, es lo cierto que la literaria ha alcanzado algún grado, todo lo relativo que se quiera, de efectivo cumplimiento. En tanto que niveles, después de ser etapas, de una misma integración literaria continental, coexisten de hecho, una *literatura hispanoamericana*, una *literatura iberoamericana*, una *literatura latinoamericana*.

Cada una de esas literaturas se halla sustentada por una conciencia literario-idiomática distinta; diversidad subjetiva que se traduce luego objetivamente en manifestaciones bibliográficas, académicas, institucionales. Que a veces se le llame latinoamericana sólo a la iberoamericana, y más aún, sólo a la hispanoamericana, es cosa de convencionalismo; nada diferente, en esencia, al que por inveterada tradición —a vía de ejemplo representativo— ha hecho y hace todavía llamar americana, genéricamente, a la sola literatura, no ya latinoamericana o iberoamericana, sino hispanoamericana.

Las aludidas distintas conciencias literario-idiomáticas, se han superpuesto a lo largo de un mismo ascendente proceso de integración. Han

sido entre sí, siempre incluyentes, nunca excluyentes. Lo que aconteció con la históricamente primera de ellas, la hispanoamericana, fijó el modelo para las ulteriores, la iberoamericana y la latinoamericana. La integración de las letras hispanoamericanas se llevó a cabo reduciendo a una sola gran comunidad literaria supranacional, a todas las literaturas nacionales de las respectivas naciones-estados, sin debilitar a las mismas en lo que han tenido de nacional; antes bien, contribuyendo a desarrollarlas y vigorizarlas. Igual cosa ha acontecido en los subsiguientes niveles supranacionales.

La unitaria literatura hispanoamericana continental programada por los Andrés Bello, Juan García del Río, José Joaquín de Mora, en la fase final del ciclo independentista, no había llegado a asumir conciencia de sí, cuando se produjo, con la primera generación romántica, el brote de las “literaturas nacionales” de cada uno de los países americanos de origen español. Se ha recordado su relación con el coetáneo movimiento europeo de las nacionalidades. A uno y otro lado de Atlántico, el aspecto político de la idea nacional dio impulso a las literaturas nacionales; pero, a la inversa, también el aspecto literario de la idea nacional resultó decisivo, sea para el despertar, sea para el nacimiento, en cualquier caso para el fortalecimiento, de las nacionalidades políticas. Nacionalidad y literatura resultan entonces inseparables en un continente como en el otro, en la misma gran onda histórico-cultural del romanticismo.

Mucho antes, sin embargo, de que el romanticismo se agotara; por el contrario, cuando apenas llegaba a su madurez, se da comienzo a un proceso de recuperación continentalista hispanoamericana, primero en la poesía, después en la literatura en su más lato sentido. A la citada antología *América poética*, publicada en 1846 por Juan María Gutiérrez, siguieron, como otro gran hito bibliográfico, los *Ensayos biográficos y de crítica literaria* de José María Torres Caicedo, periodísticos desde 1855, en libro de 1863 a 1868. Sobre los principales literatos “de la América Latina”, decían en su versión final —cuando del americanismo político hispanoamericano se estaba pasando al latinoamericanismo— aunque entonces y después, en el estricto campo de las letras, sólo de hispanoamericanos se ocupara Torres Caicedo.

Si bien el mismo padre del latinoamericanismo, le daba a éste todo su alcance político y cultural, y si bien fue a la vez por su intermedio que la expresión “literatura latinoamericana” conoció a su primer enunciado histórico, la evolución literaria del continente no permitía todavía a los hispanoamericanos sobrepasar, en lo que se llamaba entonces la “unificación de las letras”, su propia región idiomática. Sería así por mucho tiempo. El influente continenta-

lismo literario de Rodó en la generación del 900, fue, del principio al fin, exclusivamente hispanoamericano. En 1896 ponía énfasis en la necesidad de llevar a término la inconclusa tarea de "formar de todas las literaturas de América una literatura, un patrimonio y una gloria de la patria común". Que sólo tenía en vista la literatura hispanoamericana se desprendía, no sólo del explícito contexto del escrito en que aquello decía, sino de su mismo título: "Por la unidad intelectual y moral de Hispanoamérica".

Sólidamente establecido, del romanticismo al modernismo, el concepto de "literatura hispanoamericana", es preciso llegar a la década del 40 del presente siglo, para que se pase a su subsunción en el más amplio de "literatura iberoamericana". Nada más ilustrativo, en este orden, que la obra de Pedro Henríquez Ureña, considerada bajo la faz de su americanismo literario. Durante la mayor parte de su larga carrera crítica, desde 1905 hasta 1940, su visión americanista de las letras se circunscribió a Hispanoamérica o América hispana, o todavía, en el término que contó con su mayor preferencia, América española. Fue casi de golpe que empezó a abarcar como una sola literatura continental al conjunto literario de Hispanoamérica y el Brasil. Después de algún aislado preanuncio poco anterior, lo hizo de manera formal en las clásicas lecciones que dictara en la Universidad de Harvard en el curso académico de 1940-1941. Pocos años después se publicaron ellas, primero en inglés, luego en español, bajo el título de *Las corrientes literarias en la América Hispánica*.

Más allá de tales o cuales antecedentes, de tales o cuales contactos intelectuales y personales entre una y otra zona literaria, que siempre existieron —como entre la literatura hispanoamericana y la española o la francesa— esa personal evolución de Henríquez Ureña, determina como ningún otro episodio, el advenimiento histórico del concepto de literatura iberoamericana. Del punto de vista léxico, este último gentilicio, así como su raíz correspondiente, Iberoamérica, no fueron del empleo de Henríquez Ureña. Al incluir al Brasil, optó por acudir a la variante "Hispania", sustitutiva de Hispana, para denominar a la América cultural así ensanchada. Lo hace también en su inmediato título *Historia de la cultura en la América Hispánica*, también inclusivo del Brasil.

Esa terminología, no desprovista de fundamento, es, al fin, aspecto secundario de la cuestión de fondo. Lo cierto es que desde aquella década, el concepto de una "literatura iberoamericana" —más usualmente denominada así— expresiva de una nacionalidad de mayor radio

que la hispanoamericana, no ha hecho sino desarrollarse.

Lo que la década del 40 fue al concepto de literatura iberoamericana, vino a serlo la del 70 al de "literatura latinoamericana". Ya vimos que la expresión misma conoció su primer enunciado en la pluma de Torres Caicedo. Muy escaso empleo tuvo después, aun en toda la primera mitad del siglo XX; y cuando lo tuvo, fue —en general— para su aplicación, o a la sola literatura hispanoamericana, o, en su hora, a la iberoamericana. Aconteció así en el estricto terreno literario —por más ligado a la formulación idiomática— pese a la irreversible marcha ascendente del término América Latina, desde la pasada centuria, en otras dimensiones culturales y políticas. El concepto de literatura latinoamericana en su significado cabal, en tanto que literatura comprensiva de las letras americanas meridionales de lenguas, no sólo española y portuguesa, sino también francesa, es ahora, tras variados antecedentes, que alcanza realmente su culminación.

Limitándonos a los países independientes, la literatura de Haití consolida en la mencionada década su reunión a la del conjunto de los países iberoamericanos. En poesía, narrativa, ensayo, las letras haitianas entran a figurar en el *corpus* latinoamericano, en un grado, todo lo incipiente que se quiera, que no se había dado antes. Más allá del continente, y aun del hemisferio, la expresión "literatura latinoamericana" se universaliza, a compás de la universalización, por un lado, del nombre América Latina, y por otro, de su literatura misma.

La literatura latinoamericana, órgano literario de una nacionalidad grande, incluye dentro de sí, sin afectar la personalidad que les es propia como literaturas también de nacionalidades grandes, a la iberoamericana y la hispanoamericana; de la misma manera que esta última incluyó desde el primer momento, sin afectar su personalidad nacional básica, a las literaturas argentina o mexicana, ecuatoriana o nicaragüense.

Pero como órgano literario de la nacionalidad al fin verdaderamente continental, conciencia o autoconciencia de una comunidad histórico-cultural de complejo desarrollo, la literatura latinoamericana tiende hoy a rebasar la propia área idiomática de la que saca su nombre. Sucede ello hacia opuestos extremos, por imposición, una vez más, de la historia sobre la pura lógica. Asistimos en nuestros días a la incorporación a su concepto, por un lado, de las literaturas de lenguas precolombinas, con acuñación del llamativo término "literaturas indígenas latinoamericanas"; por otro lado, de las literaturas del Caribe no latino, a partir de una afinidad geográfico-étnico-cultural que desborda también, de otro modo, el riguroso marco lingüístico.

La unidad sujeto/objeto

Carlos Pereyra

La insuficiencia principal de todo planteamiento que postula un sujeto de la historia, cualquiera sea la entidad que figure en el papel de sujeto, radica en la incomprensión de la unidad dialéctica sujeto/objeto. El núcleo teórico fundamental de la concepción dialéctica no conduce a negar el objeto o el sujeto, pero sí la separación de ambos, es decir, la idea de que son "lados" de la realidad constituidos en y por sí mismos y, en consecuencia, inteligibles de manera aislada. La primera tesis de Marx sobre Feuerbach aborda *parte* de la cuestión. "El defecto fundamental de todo el materialismo tradicional —incluido el de Feuerbach— es que sólo concibe el objeto (Gegenstand), la realidad, la materialidad, bajo la forma del *objeto* (Objekt) o de *contemplación*, pero no como *actividad humana material*, como *praxis*, no de un modo subjetivo. De ahí que, en oposición al materialismo, el aspecto *activo* fuese desarrollado de manera abstracta por el idealismo, el cual, naturalmente, no conoce la actividad real, material, en cuanto tal". La crítica al materialismo contemplativo anterior apunta contra la concepción de éste según la cual la realidad (objetividad) es lo opuesto al sujeto, lo "otro" situado frente a él, lo "dado" a la contemplación. El materialismo tradicional no capta la presencia del componente subjetivo en la configuración de la objetividad. Esta es vista como algo constituido de por sí y no como producto (también) de la actividad social. En contra de esa tendencia a concebir la objetividad como un absoluto encerrado en sí mismo, al margen de su relación con el sujeto, Marx introduce el concepto "praxis": la realidad social no existe como objeto en sí, es el producto de la prácti-

ca subjetiva. El materialismo contemplativo se funda en una noción de objetividad "en la que ésta queda reducida o asimilada a la constitución propia del objeto de la intuición o contemplación, es decir, a la constitución de un objeto que se impone, en plena exterioridad, como pura presencia casual a un sujeto preexistente que lo constata. En esta delimitación básica, la objetividad es aprehendida teóricamente como una sustancia inherente al objeto, independiente de todo tipo de relación sujeto-objeto".¹

Como efecto de la insuficiencia de esa captación materialista abstracta de la objetividad, cuyo carácter abstracto resulta de "olvidar" el aspecto subjetivo del acaecer social, este aspecto activo fue desarrollado por el idealismo. El proceso histórico no es el mero encadenamiento de circunstancias ajenas a la práctica social: de ahí la necesidad de introducir en su descripción y explicación el aspecto subjetivo modificador de las circunstancias mismas. Sin embargo, como lo señala la primera tesis sobre Feuerbach, este aspecto activo fue desarrollado por el idealismo también de manera abstracta. "La superación del materialismo radica, pues, en reconocer una materialidad que presupone, a su vez, la actividad subjetiva. Si el idealismo, por el contrario, ve el lado activo de la relación sujeto-objeto, ve sólo la actividad de la conciencia del sujeto y pierde de vista el lado material, objetivo de esa actividad. El camino de la superación de esta limitación es justamente recono-

¹ B. Echeverría, "La revolución teórica comunista en las Tesis sobre Feuerbach", en *Historia y Sociedad* No. 6, 1975.

cer la actividad subjetiva, pero a la vez su materialidad, tanto en la actividad en sí como en sus productos".² Esta es la *parte* de la cuestión abordada en las tesis sobre Feuerbach, pero la argumentación debe ser llevada más lejos. No basta, en efecto, con rechazar una noción de objetividad en la que ésta queda reducida a mero producto de la conciencia para insistir, en cambio, en que la intervención del aspecto subjetivo involucra la materialidad de la actividad. Es importante, sin duda, subrayar que el componente subjetivo en la constitución de la objetividad no proviene sólo de la actividad teórica, sino de todas las modalidades de la práctica social. Hay, sin embargo, otra parte decisiva en la cuestión: el materialismo contemplativo asume los vínculos entre sujeto y objeto en el marco de una relación de exterioridad. Esta insuficiencia la comparte con el idealismo.

En ambos casos, aunque de manera diferente, la insuficiencia básica resulta de una noción de objetividad derivada de la concepción dualista de la relación sujeto/objeto. El materialismo tradicional, como recordábamos arriba, concibe la objetividad sólo bajo la forma de objeto dado a la contemplación, como objeto ya constituido por sí con independencia de la actividad subjetiva. Preocupado por afirmar la irreductibilidad del objeto, desconoce la intervención de la praxis subjetiva en la constitución de la objetividad. Preocupado el idealismo por la actividad constituyente del sujeto, desconoce la irreductibilidad del objeto y la objetividad queda reducida a las puras determinaciones del sujeto, las cuales, además, resultan abstractas porque la actividad del sujeto es concebida por el idealismo sólo en el plano teórico. Materialismo tradicional e idealismo, pues, desconocen que la relación sujeto/objeto es un fenómeno dotado de unidad, esto es, que los términos de la relación no se dan fuera de ella. Ambos establecen a uno y otro de los términos de la relación como preexistentes: para el materialismo contemplativo el objeto está unilateralmente dado, el margen de la actividad subjetiva, y para el idealismo el objeto aparece como un acto unilateral de construcción subjetiva, de un sujeto también unilateralmente dado.

Se conocen las consecuencias de ese dualismo en la interpretación de la historia: el objetivismo propio del materialismo tradicional se

traduce aquí en el economismo y otras formas de absolutizar las circunstancias "externas": reduccionismo geográfico, racial, etc., mientras que el subjetivismo propio de la tradición idealista desemboca en el sicologismo, el voluntarismo y otras formas (teoría de la comprensión, individualismo metodológico) de interpretación de la historia en las cuales se busca la clave explicativa del proceso en la acción de individuos concebidos al margen de las relaciones sociales que los constituyen como agentes históricos. El núcleo teórico fundamental de la dialéctica asumida por el materialismo histórico estriba en la definición última de la objetividad, vale decir, en la afirmación del proceso como fundamento de la relación sujeto/objeto y, en consecuencia, de cada uno de estos términos aislada o abstractamente considerados. La historia determina la materialidad configurada en cada momento y en cada lugar del proceso donde se constituyen recíprocamente sujeto y objeto. Un lado de esta construcción es mencionado en la primera tesis sobre Feuerbach: la intervención de la praxis subjetiva en la formación de la realidad. La otra parte de la cuestión tiene que ver con la eficacia de la materialidad social en la constitución de la subjetividad.

La tesis de que hay un sujeto de la historia se apoya en la creencia de que hay un sujeto cuya conformación es independiente del objeto. En la interpretación de la historia todo ocurre casi siempre como si los agentes históricos fuesen "sujetos" concebibles al margen de todo tipo de relación sujeto/objeto, cuyas decisiones y comportamiento se comprenden en sí mismos cuando, en verdad, no hay más "sujetos" que los constituidos por el proceso, por el conjunto de relaciones sociales. No existe una objetividad dada, preexistente, ajena a la praxis subjetiva. Tampoco existe una subjetividad pura, preexistente, formada en un vacío de realidad. No obstante, sigue predominando en la historiografía y en el análisis político el afán de explicar los actos de los protagonistas como si se tratara de sujetos inteligibles en su unilateralidad abstracta.

La principal aportación de la dialéctica hegeliana a la ciencia de la historia se encuentra en su ruptura con la ontología tradicional del sujeto y del objeto. Antes que nada la dialéctica es precisamente el rechazo de toda separación entre sujeto y objeto, de todo planteamiento que suponga la oposición de ambos. "La filosofía de Hegel prefigura, en cierto

² A. Sánchez Vázquez, *Filosofía de la praxis*, p. 146 Ed. Grijalbo, México.

sentido, una concepción nueva de sujeto y objeto, pensamiento y ser, en la que cada uno de los términos aparece a la vez como relación o *unidad* de él y del otro y solamente como *parte* de esa relación”.³ Los hombres no están fuera del mundo en el que actúan ni situados “frente” a la realidad que procuran conocer o transformar; la existencia no se da al margen del mundo, de la realidad social en cuyo interior se constituye como sujeto y, sin embargo, “la filosofía tradicional... había separado radicalmente el *sujeto* del pensamiento y de la acción del *objeto* al que ambos se refieren. De un lado se situaban los hombres que conocen y actúan —científicos, ingenieros, jefes políticos—, y del otro, enfrentado a ellos, el mundo natural y social que debían comprender y transformar”.⁴

A partir de este dualismo se despliega la idea de que el pensamiento y la acción del sujeto no están sometidos al ejercicio causal del mundo; se atribuye a la conciencia y a la acción del sujeto el carácter de comienzo absoluto y libre. En consecuencia, la historia es vista como sucesión de acciones humanas indeterminadas, no susceptibles de explicación a través de hipótesis generales que conecten los fenómenos sociales. Esa idea alimenta la convicción de que el estudio de las “acciones”, donde a diferencia de los sucesos naturales la intencionalidad desempeña un papel definitivo, es independiente del análisis de las conexiones regulares observables en la realidad social. La totalidad es desdoblada en actividad subjetiva y proceso objetivo sin establecer enlace entre los elementos de la actividad (motivos, intencionalidad, fines) y el encadenamiento causal del proceso. Al desdoblar la totalidad social se abren paso esquemas objetivistas para los cuales la actividad de los hombres es un reflejo inerte de la mecánica propia de la cosa misma y enfoques subjetivistas que interpretan el proceso a partir de iniciativas y decisiones individuales desconectadas de la estructura global y convertidas, por tanto, en actos de voluntad pura. En contraposición a ese dualismo, la unificación dialéctica hegeliana de pensamiento y ser (sujeto y objeto), la idea de su unidad como momentos de un proceso total, es clave para el desarrollo de la ciencia de la historia. “El tema

que abre a Hegel a la comprensión de la historia, la gran aportación de Hegel reside, pues, precisamente en la aguda percepción de la instancia... de la *unidad* de pensamiento y ser, de la conciencia y del mundo y, por tanto, la instancia de la *totalidad* o interconexión del universo”.⁵

No basta, sin embargo, con postular la unidad dialéctica del proceso para superar en definitiva la dualidad de pensamiento y ser, de sujeto y objeto. Una de las críticas más constantes de Marx a Hegel es la de no haber superado realmente esa dualidad por haber reducido el proceso lógico, convirtiendo a la Idea en el sujeto o sustrato de la realidad de tal manera que la dialéctica interna del movimiento histórico es sólo aparente. En el propio Engels, según el reproche formulado por Lukács al *Anti-Dühring*, “la relación dialéctica del sujeto y el objeto en el proceso histórico no es aludida siquiera, y mucho menos, por tanto, situada en el centro de la consideración metodológica, como le correspondería”.⁶ Si uno se atiene a la “evidencia” empírica, los “datos” sugieren la separación radical entre el sujeto de la acción y el pensamiento, por un lado, y las circunstancias en las que se desenvuelve la actividad, por otro lado. Nunca son inmediatamente visibles las complejas mediaciones que unen ambos lados. Aún admitiendo que se trata de dos aspectos de un mismo proceso, el análisis con toda facilidad privilegia uno de ellos con el riesgo siempre presente de volver a la dicotomía predialéctica.

En la historia del pensamiento socialista han sido inagotables las polémicas provocadas por la sobrestimación de los llamados “factores” o “elementos” objetivos en detrimento de los subjetivos o viceversa. Desde un comienzo hubo tensión entre quienes veían el cambio histórico, en particular la transformación del sistema social, como un resultado de la evolución “natural” del sistema mismo y quienes consideraban ese cambio producto directo de la actividad política revolucionaria. Versiones más o menos extremas de ambas posturas han permanecido en el centro del debate socialista durante más de cien años. Korsch encuentra que cierta ambigüedad está presente ya en “la concepción marxiana de la revolución. Esa

³ L. Colletti, *El marxismo y Hegel*, p. 28, Ed. Grijalbo, México, 1977.

⁴ L. Goldmann, *Lukács y Heidegger: hacia una filosofía nueva*, p. 53, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1975.

⁵ L. Colletti, *op. cit.*, p. 126.

⁶ G. Lukács, *Historia y conciencia de clase*, p. 4, Ed. Grijalbo, México, 1969.

A sí pues, el agudizamiento de la contradicción no implica disminución en el ritmo de crecimiento de las fuerzas productivas: la supervivencia del capitalismo no se explica porque el desarrollo de estas fuerzas se encuentre debajo del imaginario límite de compatibilidad tolerado por las relaciones de producción, ni las situaciones de crisis revolucionaria se producen porque éstas hayan dejado de “corresponder” al desarrollo de aquéllas: el materialismo histórico no es una teoría del fatalismo económico. Nada de ello niega, sin embargo, que las relaciones de producción son parte de las formas sociales en las que se da el crecimiento de las fuerzas productivas y hay, por tanto, articulación directa entre unas y otras. Su combinación configura la estructura básica en la sociedad y, en consecuencia, la ciencia de la historia encuentra en el análisis de ésta el pivote de la explicación del desarrollo histórico de la sociedad. El establecimiento de ciertas relaciones de producción supone un grado de madurez en la capacidad social de producir por lo que, en efecto, tal madurez aparece como condición de posibilidad de la transformación revolucionaria. Condición de posibilidad no significa, por supuesto, condición suficiente. “El punto de partida de la nueva teoría marxiana de la *revolución social*, que es al mismo tiempo el eje de toda la crítica proletaria de los conceptos burgueses tradicionales de progreso, evolución y de revolución puramente política, es el descubrimiento materialista de que las relaciones económicas básicas de la sociedad, esto es, las *‘relaciones de producción’* correspondientes a cada estadio de las fuerzas productivas materiales, no se desarrollan por sí mismas, ni por medio de una paulatina evolución social ni como consecuencia natural de una revolución puramente política. Tienen que ser transformadas por los hombres, exactamente igual que la *‘sobreestructura’*, erigida sobre ellas, de relaciones jurídicas, formas de estado, formas sociales de conciencia o *‘ideas’*...”.¹⁴

S i el materialismo histórico no es una teoría del fatalismo económico tampoco lo es del subjetivismo voluntarista. La revolución social establece nuevas relaciones de producción sólo allí donde un conjunto de condiciones (irreducibles al afán transformador de los “hombres”) lo posibilita. La revolución es

una “negación determinada” (Hegel) por lo que niega o transforma. El momento de la transformación, las formas que ésta adopta, los agentes encargados de llevar adelante el proceso, el contenido del programa revolucionario, los elementos ideológicos que entran en juego, las características de la organización social pos-revolucionaria, etc., están determinados por las condiciones existentes en la sociedad donde se lleva a cabo la revolución. La ideología revolucionaria puede subrayar, frente al peso de las ideas, evolucionistas, que las circunstancias del orden heredado no se transforman por sí mismas, sino en virtud exclusivamente de la acción humana. Así es, en efecto, pero ello no autoriza el desdoblamiento entre “circunstancias” y “acción”, ni la separación entre “elemento científico” y “elemento ideológico” en el pensamiento de Marx. Colletti, por ejemplo, distingue una doble perspectiva derivada de esos elementos. Por una parte, en la primera perspectiva, “el fin del capitalismo se delinea como un fin determinado por un impedimento, diremos así, mecánico, por un *impasse* que se produce en el mecanismo de acumulación capitalista de acuerdo a las leyes objetivas de este sistema. Por otra parte —y esta parte me parece más viva— el fin del capitalismo, para Marx, es un fin que se decide a través de la lucha y el enfrentamiento de las clases. En el primer caso el análisis tiende a un fin planteado *a priori*, vale decir que el éxito del proceso está predeterminado; en el segundo el éxito, la conclusión del proceso, no es determinable *a priori* precisamente porque es el éxito de un proceso que tiene su punto culminante en el encuentro entre factores subjetivos como son las clases sociales y su organización política”.¹⁵

En efecto, no es difícil encontrar en la literatura marxista textos según los cuales el proceso histórico avanza en una dirección fijada de antemano, porque se desarrolla conforme a pautas preestablecidas o siguiendo “leyes” inexorables. Tales textos suelen afirmar la “inevitabilidad histórica” porque atribuyen eficacia absoluta a ciertas tendencias: con frecuencia se emplea la confusa expresión “leyes de la historia” para referir a lo que, en rigor, son tendencias históricas cuya realización no es fatal y, por el contrario, su cumplimiento está sujeto a la intervención de múltiples contratendencias. En las versiones más simplistas tales “leyes de la historia”

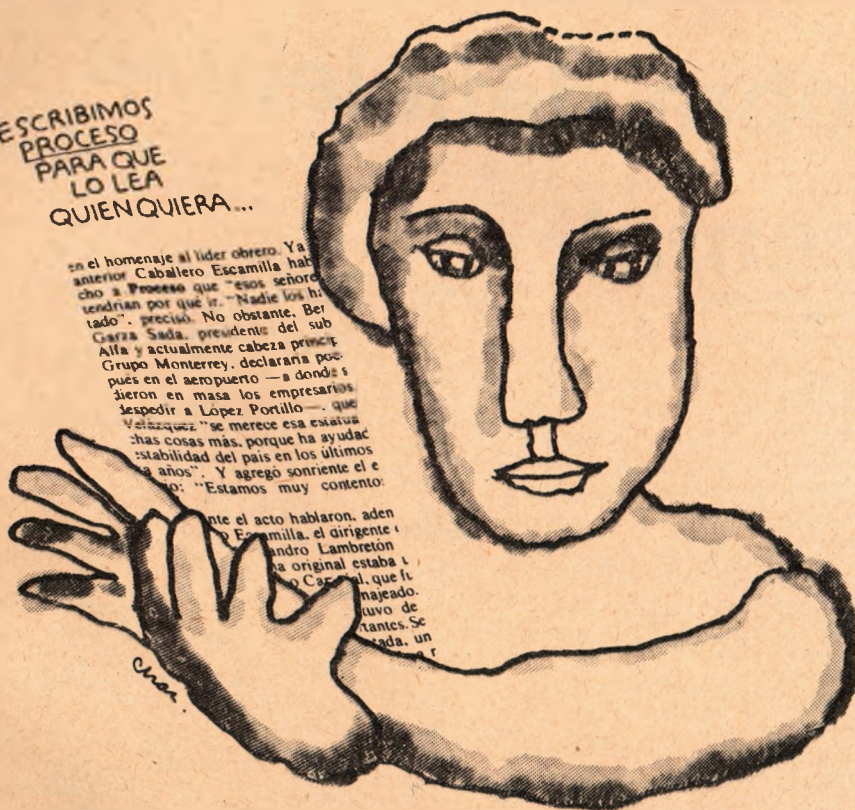
¹⁴ K. Korsch, *op. cit.*, p. 222.

¹⁵ L. Colletti, “Marx, Hegel y la escuela de Frankfurt” en *La dialéctica revolucionaria*, p. 120.

aparecen como senderos inevitables que rigen el curso del proceso, el cual se desenvuelve de manera ineluctable hasta desembocar en las situaciones decididas por esas leyes imaginarias. El fin del capitalismo no ocurre como consecuencia directa de una crisis en el mecanismo de acumulación. Sin embargo, la crítica de los ar-

gumentos formulados por los defensores de la doctrina de la "inevitabilidad histórica" no tiene por qué conducir a la dicotomía tradicional: por un lado el "mecanismo" que opera conforme a leyes irrefrenables (las leyes objetivas del sistema) y, por otro lado, factores subjetivos que intervienen de manera azarosa y caprichosa.

ESCRIBIMOS
PROCESO
PARA QUE
LO LEA
QUIEN QUIERA...



en el homenaje al líder obrero. Ya
anterior Caballero Escamilla hab
cho a Proceso que "esos señores
tendrían por qué ir. "Nadie los ha
tado", precisó. No obstante, Ber
Garza Sada, presidente del sub
Alfa y actualmente cabeza princip
Grupo Monterrey, declararía pos
pues en el aeropuerto —a donde s
dieron en masa los empresarios
despedir a López Portillo—, que
Velázquez "se merece esa estatua
estas cosas más, porque ha ayudad
estabilidad del país en los últimos
años". Y agregó sonriente el e
to: "Estamos muy contento

nte el acto hablaron, aden
o Escamilla, el dirigente
Andro Lambretón
original estaba
o Cap... que fu
majeado.
tuvo de
tantes. Se
cada, un

AUNQUE SÓLO
LO HACEN
QUIENES PIENSAN,
BUSCAN O TEMEN
LA VERDAD.

proceso

1^{er} congreso nacional sobre deficiencia mental

PROGRAMA

Sábado 5 de septiembre

DEFICIENCIA MENTAL, CONCEPTOS ACTUALES

Gunnar Dybwad (U.S.A.)
Berta Braslavsky (Argentina)
Jean Louis Paour (Francia)
Jane Mercer (U.S.A.)

Domingo 6 de septiembre

SISTEMAS Y SERVICIOS

I. Skov Jorgensen (Dinamarca)
Marcia Gilbert de Babra (Ecuador)
Molly Gorelick (U.S.A.)
Dora Antinori (México)

Lunes 7 de septiembre

PREVENCIÓN Y ESTIMULACIÓN TEMPRANA

Theodore Tjossem (U.S.A.)
Joaquín Cravioto (México)
Eduardo Jurado García (México)
Eloisa García Echegoyen de Lorenzo (Uruguay)

Martes 8 de septiembre

¿HAY UNA PEDAGOGÍA ESPECIAL?

Berta Braslavsky (Argentina)
María Luisa Ramón Laca (España)
Genoveva Sastre y Monserrat Moreno (España)
Ricardo Nervi (México)
Linda Carelli (U.S.A.)

Miércoles 9 de septiembre

LA EDUCACIÓN ESPECIAL EN EL AÑO 2000

José R. Chelala López (España)
Margarita Gómez Palacio (México)

Primer Congreso Nacional
Sobre Deficiencia Mental
Carrada de Popocatepeti 51 - A
entre Ave. Universidad y Ave. Cuauhtémoc
México 13, D.F.

Tels.: 534 - 77 - 83 y 534 - 69 - 30

Cuota 2,000.00
Cuota Especial 1,000.00
(para personal de S.E.P.)

Ciudad de México del 5 al 9 de septiembre 1981

PEMEX



SEP



La dictadura en carne propia

Samuel Lichtensztein

La agropecuaria nacional está pasando en la actualidad por una de las crisis más graves de su historia". Así se expresaba Walter H. Pagés como Presidente (hoy, vicepresidente) de la Federación Rural en el Congreso de ese organismo en mayo de 1975. Luego de seis años y casi otros tantos ministros alternándose en la cartera de Agricultura y Pesca, los dirigentes de todas las principales gremiales y empresarios rurales uruguayos han elevado el tono dramático de sus declaraciones hasta llegar a manifestar que ésta es quizá la situación más difícil de la historia agropecuaria del país.

Sería realmente interminable seguir el rosario de advertencias, recomendaciones, cumplimientos y acusaciones que, entre unos momentos de reconciliación y otros momentos de ruptura, han caracterizado las relaciones entre la dictadura militar uruguaya y los ganaderos. Lo cierto es que la tensión ha llegado al máximo en estos últimos meses. Las causas: rentabilidad negativa y alto endeudamiento de la mayor parte de los empresarios del sector agropecuario (ganaderos, lecheros, agricultores, granjeros y horticultores). El gran acusado: la conducción económica del gobierno, o mejor dicho, la conducción financiera puesto que en lo fundamental las críticas más ásperas de las gremiales rurales se han enfocado contra el manejo del tipo de cambio, la política de crédito y las orientaciones impositivas.

Muchas y diversas opiniones pueden verterse sobre el origen y el carácter de la oposición que hoy los ganaderos encabezan contra la política económica del régimen militar. Pero nadie podría restar importancia a este conflicto, dada la entidad de los actores que participan del mis-

mo y el momento político en que se está desarrollando.

A nuestro juicio, tres premisas iniciales permiten situar las coordenadas de este enfrentamiento actual entre los ganaderos y el gobierno:

- a) dicho enfrentamiento es más intenso en la actualidad, pero tiene antecedentes históricos predictoriales;
- b) el centro de la polémica gira en torno de la política gubernamental, pero las determinantes de la crisis agropecuaria siguen ancladas en la parálisis y en la dependencia externa de sus bases productivas; y
- c) la lucha "economicista" de los ganaderos tiende a "politizarse".

Un poco de historia

Establecer los nexos entre el sector agropecuario y la política financiera gubernamental significa dar cuenta no de una coyuntura, sino de una buena parte de la evolución histórica de esa actividad económica en el Uruguay.

Aproximadamente un siglo atrás —en un momento de auge y no de crisis como el presente— la clase rural entonces representada en la Asociación Rural, se rebeló contra el pulpero, el comerciante o el consignatario de frutos, así como contra un sistema bancario altamente monopolizado y extranjero. El desarrollo capitalista en el campo exigía entonces desembarazarse de la explotación a la que lo sometía un sistema bancario ligado al alto comercio y a la especulación. Varios congresos de productores

demandaron estímulo al crédito rural, plazos largos y moderados intereses. En la discusión del proyecto del Banco de la República se incitó a "romper la dictadura económica que ejercen en nuestra plaza dos o tres bancos particulares y destruir la pulpería, matar el vintén, romper para siempre las ligaduras que impiden el desenvolvimiento de las fuerzas nacionales". La propia creación del Banco de la República, su expansión de sucursales en el interior y la mayor asistencia crediticia al sector agropecuario rubricaron el éxito de esa prédica en las orientaciones gubernamentales.

La recesión de 1930 fue otra gran prueba del poder de los grupos ganaderos para adecuar relativamente la política económica gubernamental a sus necesidades, en este caso, nacidas de una crisis internacional. En sus puntos más bajos, años 1932-33, la producción y las exportaciones ganaderas se situaron un 35 por ciento por debajo de las verificadas en 1930. Con el golpe de Estado de Terra en 1933, se llevó adelante la política de "restituir a los empresarios rurales lo que el Consejo Nacional de Administración les había confiscado" (César Charlone, ministro de Hacienda). Bajo el concepto de compensar pérdidas, comenzó a emplearse un nuevo instrumento: el tipo de cambio. En julio de 1933 se establece una prima del 40 por ciento sobre el tipo de cambio oficial. En 1937 se procedió a nuevas correcciones cambiarias. Se iniciaron así las prácticas devaluacionistas en beneficio inmediato de los sectores ganadero-exportadores, sin olvidar que las diferencias cambiarias (a través de las primas de ganado) también fueron embolsadas por esos sectores y que dos tercios de la revaluación de las reservas en oro fueron orientadas a reducir intereses y a facilitar la moratoria de deudas agropecuarias.

A mediados de la década de los cincuenta, reaparece la problemática agropecuaria alrededor de la política financiera, esta vez inscrita en una crisis interna y larga de estancamiento ganadero y una crisis industrial emergente. Los protagonistas en esta ocasión fueron los pequeños y medianos productores nucleados en la Liga Federal de Acción Ruralista liderada por Benito Nardone y apoyada tácitamente por los grandes grupos ganaderos. El enfoque ruralista adquirió en esa época una arraigada conciencia de la cuestión monetaria y la pugna redistributiva contra los secto-

res industriales protegidos por el batllismo¹

La Reforma Monetaria y Cambiaria de 1959, resultado del triunfo del Partido Blanco en las elecciones de 1958 y la alineación del gobierno con las corrientes neoliberales y pro-ganaderas, significó una devaluación sin precedentes del tipo de cambio. La redistribución del ingreso volvió a girar otra vez, aunque ahora con un costo inflacionario, a favor de los intereses ganaderos. Gobierno y clase ganadera parecían haber alcanzado a esa altura, su máxima identidad luego del interregno industrializador.² Por su parte, gobierno y Fondo Monetario Internacional parecían coincidir plenamente en el proyecto económico a seguir.

Sin embargo, dicha coherencia no fue tal en la práctica, ni el proyecto ganadero exportador logró imponerse a lo largo de las dos décadas siguientes. Ciertamente hay reajustes y "compensaciones" en 1965 (Dardo Ortiz), 1968 (Pacheco Areco), 1972 (Bordaberry), y 1978 (bajo la dictadura militar). Las pautas de desarrollo de 1973 y el cónclave de San Miguel, incluso, sugirieron nuevamente una línea de pensamiento oficial agropecuarista, al que la Federación Rural se remite insistentemente.³ Pero todo lo anterior demuestra que en los procesos de acumulación de capital y de dominación política, antes y después de la dictadura,

¹ En *El proceso económico del Uruguay* cito una expresión de esa ideología ruralista: "No es un azar que toda la política del ruralismo tome forma alrededor de la moneda. Es que las manipulaciones con la moneda son el eje del régimen actual, su centro vital. Y el mundo rural lo ha sentido a medida que el país se apoyaba cada vez más sobre la fuente de divisas agropecuarias, a medida que la "quita" que otros grupos económicos le hacían a través de las 'diferencias de cambio', se acentuaba" (Alberto Methol Ferre de *La crisis del Uruguay y el imperio británico*).

² "Durante años la economía nacional se encontró distorsionada por un dirigismo estatal estricto, que volcaba su peso sobre el consumo para subsidiar en la mayoría de los casos actividades antieconómicas y deficitarias. Ese mismo dirigismo conducía . . . a un desaliento total a la actividad agraria por un régimen de cambios múltiples inelásticos que frenaban todo impulso creador por parte del productor de la máxima riqueza nacional". De la Memoria Anual del Ministerio de Hacienda, 1962.

³ En la Asamblea de la Federación Rural, en San José (octubre 1980) se aprueba "ratificar las pautas de desarrollo establecidas en 1973 basadas en el estímulo a las producciones agrarias o industriales dentro de una estrategia agro-industrial exportadora. . . y retomar las pautas cambiarias establecidas en el cónclave de San Miguel en 1973. . ."

han existido obstáculos intrínsecos para la integración armoniosa del sector ganadero.

Ratificando lo que ya hemos dicho en otras oportunidades, en la segunda posguerra los ganaderos como fracción burguesa no han tenido, salvo pasajes cada vez más cortos, la capacidad ofensiva para encabezar como clase, proyecto propio alguno; pero tampoco tuvieron la posibilidad de ingresar en alianza con los grupos capitalistas nacionales e internacionales más dinámicos de la industria, el comercio y la banca, ni mucho menos con la clase trabajadora. A su vez, se resistió con fuerza a que los intereses de otros sectores burgueses se impusieran a los suyos, de lo cual se verifica que los que llegaron a ser defensores de los regímenes más conservadores, han pasado a convertirse en elementos inestables y críticos de la política económica de la dictadura, como lo fueron, por otro lado, de la mayor parte de las políticas económicas que la precedieron.

Hechos actuales

Como se indicó anteriormente, las dos piedras del escándalo ganadero son la *rentabilidad negativa* y el *alto endeudamiento bancario* de los productores. En lo relativo a la rentabilidad —para cuyo cálculo en general se recurre a las cifras oficiales de DINACOSE— un primer criterio es la ganancia por hectárea. Según los dirigentes rurales dicha ganancia llega hoy al ridículo monto de \$ 1 peso nuevo por hectárea (0.10 centavos de dólar). Otro criterio es el de estimar el porcentaje de las ganancias respecto al capital agropecuario. Esa tasa de ganancia situada en 4 por ciento en 1963, habría descendido a 2.5 por ciento en 1974, se volvió negativa en un 1.2 por ciento en 1975, se recupera en 1979 (2.5 por ciento positiva) y habría caído a niveles negativos en 1980-81. Finalmente, trabajando como porcentaje del ingreso bruto, el resultado neto positivo de 35 por ciento para el ejercicio 1972-73, pasó a ser negativo y del orden de 48 por ciento en febrero de 1981.

Todos los índices concurren, por lo tanto, para mostrar que en el período más reciente los puntos de auge fueron 1972-73 y 1978-79 y los momentos más críticos, 1975-76 y 1980-81. Esta evolución está influida por los cambios en los precios relativos, debidos, en parte, a factores externos y, además, a las modalidades de la política económica. Walter H. Pagés utiliza esta evolución para demostrar la existencia

de un ciclo “normal” de oscilaciones de precios cada siete años, cuya única validez objetiva es la de fundamentar una solicitud de refinanciación bancaria para los ganaderos con plazos de aproximadamente esa duración, amparándose para ello en esa aparente “ley económica”.

Esa caprichosa interpretación se justifica precisamente por la entidad que ha cobrado la cuestión de la deuda ganadera. Una problemática semejante se vivió a fines del siglo pasado y en la crisis posterior a 1930; pero nunca fue del dramatismo actual. En estos momentos se manejan cifras de endeudamiento de mil millones de dólares o sea 60 dólares por hectárea. Si promedialmente la participación del sector agropecuario ha sido de alrededor del 25 por ciento del total del crédito bancario, esa cifra billonaria de pasivos ganaderos totales demostraría que ese porcentaje se habría elevado por lo menos al 35 por ciento hacia fines de 1980. En un contexto de precios bajos y dada la previsible concentración de la deuda en importantes empresas ganaderas (en los círculos bancarios en Uruguay se habla de treinta y cinco grandes familias muy afectadas), el tema planteado es realmente de trascendencia.

Esta coyuntura quizá inicie un cambio profundo y una reconcentración de la tierra como nunca conoció Uruguay en su historia moderna. Esa recomposición de la propiedad que la crisis de endeudamiento potencialmente envuelve, es muchísimo más grave que la provocada por el proceso de compras realizadas por argentinos y brasileños en años pasados. Si entre mayo 1976 y mayo 1977, lapso igualmente crítico, las inversiones extranjeras en tierras alcanzaron a 9.4 millones de dólares⁴, la actual deuda en discusión (mil millones de dólares) permite inferir que hay varias empresas comprometidas por ejecuciones bancarias, cuya dimensión en conjunto es varias veces superior a la traspasada a empresarios extranjeros.

¿A qué obedece tan tremendo endeudamiento para un sector que no ha sido tradicionalmente un alto tomador de préstamos en el mercado financiero? Desde la óptica de los ganaderos, dos son los factores que se conjugaron para

⁴ Alicia Melgar, *Inversión extranjera en el Uruguay*. FCU - CLAEH. Citado por Martín Buxedas en “Nueva política y acumulación en la agricultura” incluido en el libro *Uruguay: dictadura y realidad nacional*, ERESU - UIA.

llegar a ese resultado. El primero se refiere a la necesidad de cubrir las pérdidas que se produjeron en el ciclo a la baja entre 1974 y 1978, lapso durante el cual el peso de los intereses respecto al ingreso bruto aumentó del 6 al 34 por ciento. El segundo factor de endeudamiento comenzó a operar cuando el sector creyó en la política definida en agosto de 1978 ("un cuento de hadas" según Gonzalo Chiarino, presidente de la Federación Rural) y comenzó a invertir. Se habla de que en 1978 se habría batido el *record* de empleo de fertilizantes en la historia uruguaya y se importaron 3,025 tractores. Sea por las pérdidas producidas, sea por nuevas inversiones, ambas deudas capitalizadas a tasas de interés anuales superiores al 60 por ciento, llevaron el coeficiente "intereses/ingreso bruto" del 34 por ciento en 1978 al 47 por ciento en febrero de 1981. El sector agropecuario que en 1976 pagaba intereses por 220 millones de pesos nuevos, requirió por ese concepto 2,159 millones de pesos en 1978. La política gubernamental que propició los bajos precios a los productores, las altas ganancias de los frigoríficos y la voracidad del aparato bancario (39 por ciento de tasa de ganancia bancaria en 1980 contra 14 por ciento en 1976), a juicio de los ganaderos, los llevó a una gran expansión de su deuda.

En suma, la crítica de los ganaderos se revisite de argumentos históricamente reiterados a propósito de la transferencia de ingresos que según su punto de vista, la política económica del gobierno alimenta en su detrimento y en beneficio de los ingresos fiscales del propio estado, de los frigoríficos, de otras actividades manufactureras protegidas, en ocasiones de los consumidores y, últimamente, de los bancos.

Otra es la versión que surge desde ciertas esferas del gobierno de la dictadura. Desde este ángulo se habla de miopía y egoísmo de los ganaderos para no encarrar un fondo de estabilización de precios agropecuarios con las grandes ganancias extraordinarias auspiciadas por la liberación de comercialización y de precios en agosto de 1978. Se señala además que en ese año cuando el precio del ganado se situaba en 6 pesos nuevos por kilo (0.70 centavos de dólar), un afán altamente especulativo de aprovechamiento de las nuevas ventajas condujo a la duplicación del precio de compra del ganado. Cuando hacia fines de 1980 como consecuencia del exceso de oferta, el precio regresó a 0.50 centavos de dólar por kilo, el endeudamiento fue inevitable. En fin, que fue el excesivo afán

de lucro de los ganaderos el que, a entender de esas fuentes gubernamentales, los ahogó financieramente.

El vigor de las tendencias

Tratando de escapar de este círculo de críticas y réplicas en la coyuntura del sector ganadero, conviene subrayar que sus problemas están envueltos en tendencias de más largo plazo que las que fluyen de las correlaciones de fuerza a nivel de la política económica. La inestabilidad de la ganadería es estructural y obedece a los obstáculos que se interponen al desarrollo de sus fuerzas productivas y a la subordinación que su dinámica guarda respecto de la evolución de factores internacionales.

Diversos factores indicados en múltiples trabajos sobre el tema siguen reconociendo que existen límites reales a la expansión de las praderas mejoradas como tecnología orientada a aumentar la producción ganadera. Esa situación se observa en la tendencia promedial a mantener un magro 10 por ciento de tierras mejoradas en el país. La irregularidad de ciertos años (en 1978 hay un *boom* en el uso de fertilizantes, pero en 1976 hubo uno de los puntos más bajos), no elimina la tendencia al estancamiento relativo de las existencias. Aun con los 10.9 millones de vacunos y 19.9 millones de ovinos —monto de cabezas estimadas según la muestra urgente de 1980— la recuperación exhibida no supera mayormente las existencias censadas en el año 1908 (8.2 y 26.3 millones, respectivamente). El volumen extraordinario y la estructura de la faena registrada en los primeros meses de 1981, resultado de la venta desesperada de los ganaderos, ha permitido exportar 98.9 millones de toneladas entre enero-mayo del presente año, contra 54.8 y 53.6 en los primeros semestres de 1979 y 1980, respectivamente. Entre otros factores, esta liquidación acelerada provocará, sin ninguna duda, una baja de los *stocks*, ratificando así el estancamiento estructural arriba mencionado.

Uno de los indicadores más significativos del perjudicial cambio de condiciones en la producción ganadera es la desfavorable marcha de los precios relativos. Hace veinte años aproximadamente, los insumos propiamente dichos significaban un 13.2 por ciento en el valor de la producción. Hacia el año 1972, ese porcentaje se situaba en un 30 por ciento. Actualmente, esa gravitación no es inferior al 60 por ciento.

En el plano de la estructura del comercio in-

ternacional, las informaciones y proyecciones dejan poco margen al optimismo sobre la ganadería uruguaya. Las predicciones son siempre difíciles y peligrosas en esta materia. Pero, diversos aspectos fundamentan ese pesimismo relativo: continuación de la política exportadora de carnes basada en subsidios de la Comunidad Económica Europea, políticas de autoabastecimiento alimentario de los países más grandes del mundo, oscilaciones y deterioro relativo de los precios de los productos cárnicos, etcétera.

En esa relación, cabe mencionar que el reciente IV Congreso Mundial de la Carne realizado en la Ciudad del Cabo, República de Sudáfrica, fue impotente para tomar medidas contra las barreras y otras prácticas proteccionistas que muchos de los países desarrollados llevan a cabo alterando el mercado mundial.

Otras informaciones,⁵ se encargan de hacernos saber que aun para las transnacionales de origen estadounidense, el negocio de los frigoríficos empieza a perder atractivo. En 1980, "tres grandes empresas (Esmark Inc., LTV Corp. y General Host Corp.) decidieron abandonar sus subsidiarias en el sector de carne y por lo menos veinte frigoríficos decidieron cerrar" ante pérdidas recientes. "Antiguos frigoríficos como Swift y Wilson resolvieron consolidar sus operaciones, acentuando la producción de procesados, con nombre de marca". La misma fuente indica que las perspectivas de los frigoríficos independientes (nacionales) son mejores. Algunos frigoríficos uruguayos pueden dar fe de la veracidad de esta última aseveración sobre todo hoy cuando se aprovechan de la suba de los precios a nivel del consumidor y la baja del precio del ganado.

No obstante, si hay un cambio de orientación que a este respecto conviene subrayar es la referente a una cierta renovación de pensamiento que puede percibirse en las posiciones de los ganaderos uruguayos. El deseo por abrir nuevos mercados en países latinoamericanos ha llevado a un interés desusado de este sector por los procesos de integración latinoamericana. De paso, esta actitud también sirvió para que el sector alertara al gobierno sobre el peligro de conducir la política comercial a favor de alguno de los dos grandes países vecinos, con una clara alusión a las últi-

mas preferencias proyectadas por el gobierno uruguayo respecto a la Argentina.

Pero con relación a esta actitud, lo más interesante pareciera ser las insinuaciones por abrir el comercio exterior de nuestro país a los mercados socialistas, teniendo los ojos puestos en la experiencia argentina. La creciente demanda de alimentos de los países socialistas de Europa ha jugado un papel importante en las alteraciones del comercio internacional. Todavía sigue en el recuerdo el bloqueo estadounidense a la Unión Soviética y la influencia que ello tuvo en la Argentina. Este país mantiene actualmente una venta de carnes a la Unión Soviética que representa un 35 por ciento de todas sus exportaciones de ese producto. Este hecho en el país vecino lentamente penetra en el razonamiento de quienes, como los ganaderos uruguayos, han comenzado a padecer del problema de los mercados de colocación. El tema desborda en mucho los problemas comerciales. Pero no cabe sino reconocer que un nuevo frente político-económico se esboza cuando algunos conocidos personajes plantean ciertas preguntas inocentes: "A mí me resulta extraño que durante los últimos años, Rusia haya sido un comprador prácticamente permanente de carne argentina y, en cambio, Uruguay nunca accedió a ese mercado" (Frick Davie).⁶

¿Soluciones económicas o soluciones políticas

Cuando se pasa reseña al papel del sector ganadero en términos del producto interno, las exportaciones, la tributación y la distribución del ingreso en nuestro país, es inobjetable el juicio de su debilitamiento económico. Si a ello se agregan las dificultades cada vez mayores para volcar a su favor los lineamientos de política económica, se puede sacar una primera conclusión acerca del carácter subordinado que en el bloque dominante de poder ha asumido la otrora poderosa oligarquía terrateniente. El control latifundista de la propiedad de la tierra ya no es un resorte de poder suficiente para retener el control de las decisiones del Estado. Así lo demuestra su impotencia para acelerar las devaluaciones del tipo de cambio y su misma incapacidad de torcer los intereses frigoríficos, pertrechados tras la negativa gubernamental de permitir la exportación de ganado en pie (recientemente aceptada, pero ya fuera de competencia con las sucesivas devaluaciones argentinas).

⁵ *Gazeta Mercantil*, S. Paulo, 1o, junio 1981.

⁶ *El Día*, México, 11 julio 1980.

Las propuestas gubernamentales en materia de refinanciamiento de la deuda agropecuaria son otra prueba fehaciente de la frágil fuerza del sector. De los mil millones de dólares de deuda agropecuaria, un 20 por ciento está contraído con el Banco de la República.⁷ Los 800 millones de dólares restantes se deben a la banca privada. De los seis bancos con mayores colocaciones en el sector, cuatro son los bancos nacionales más importantes (Comercial, Caja Obrera, Crédito y Litoral) y dos son bancos extranjeros de mediana importancia (BANFED y Pan de Azúcar).⁸ Estas instituciones han actuado como un verdadero sindicato, elaborando las propuestas para el gobierno con respaldo de la Asociación de Bancos e imponiendo sus puntos de vista en contra de: la algarada del Congreso de Durazno de la Federación Rural, las promesas del ministro de Agricultura y Pesca (Zubillaga) y el susurro regañón del presidente del Banco Central, blandiendo la eventual nacionalización bancaria ante un eventual proceso aperturista.

Mientras el Banco de la República suspendió las ejecuciones y refinanció con plazos de hasta cinco años e intereses del 39 por ciento (con garantía hipotecaria) y el 41 por ciento (con garantía prendaria), la banca privada, por su lado, se negó a ninguna concesión especial. En el curso de este proceso, el gobierno se opuso también a salir como aval para préstamos internacionales que compensaran esos préstamos internos. El desenlace demostrativo del poder financiero privado fue que el COSENA, con fecha 18 de junio, decide "recomendar" que la solución del endeudamiento agropecuario quede a cargo de las partes involucradas. La banca privada propone entonces sus condiciones: plazo máximo de 3 años, tasas de interés reajustables que se inician con un 50 por ciento (incluyendo 7 puntos por retiro de subsidio estatal), claras garantías reales y sólo promesas de suspender las ejecuciones.

O sea, los ganaderos quedaron en manos de los bancos privados; en algunos casos, de los mismos bancos donde en otros tiempos tuvieron acceso y poder. Por supuesto, esta afirmación responde a la idea de que la dinámica bancaria y del capital financiero, cada vez más, han ido desplazando su eje de funcionamiento y sus

nexos hacia otros sectores. Y esa distinta articulación se verifica también en los cambios que se han producido en la jerarquía entre los propios bancos y su estructura de negocios.

Sin embargo, es conveniente relativizar la separación entre la banca y los ganaderos.* Si se tiene en cuenta la gravitación de los principales bancos nacionales en el endeudamiento agropecuario, también hay que recordar que ciertos grupos de poderosos estancieros conservan una clara incidencia en su gestión. Por lo tanto, y es un tema a estudiar, podría suceder que el agudo enfrentamiento entre los bancos y los ganaderos no sea tal entre aquellos sectores que todavía combinan su poder en ambos circuitos económicos. Más aún, esta élite que articularía sus intereses entre la actividad ganadera y los bancos podría ser una beneficiaria directa de la caída de una cierta clase media y alta rural y del probable proceso de reconcentración de tierras. Las diferencias por tamaño de los establecimientos, su ubicación, su productividad, sus conexiones con otros sectores capitalistas constituyen factores que deben considerarse en cualquier profundización de este tema.

Dejemos por ahora este desigual *round* de intereses que, seguramente y en términos netos, se resolverá a favor de los bancos, para situar esta problemática de los ganaderos en un plano más político aún, puesto que a propósito de la economía, de poder también hemos venido hablando. Se trata ahora de situar este conflicto en el cuadro más general de las debilidades políticas de la dictadura. Aún bajo una relativa derrota económica de los ganaderos, ¿han de echarse en saco roto, su movilización y descontento? ¿La falta de soluciones económicas empuja a los ganaderos a soluciones políticas? ¿Pueden sumar fuerzas reales de oposición y de recambio al régimen y con quiénes? Quizá podría contestarse a lo anterior afirmando que la oposición ganadera preocupa al régimen por las crecientes fisuras que éste últimamente exhibe.

Por una parte, como ocurrió en agosto de 1978 con motivo de la reestructuración en los mandos superiores del ejército, hay entre ciertos sectores militares interesados en allegar a los ganaderos a su "causa presidencial", una especie de campaña preelectoral y demagógica. Son éstos los que auspician algunas "soluciones". Otros sectores, por el contrario, tratan de impedir ese acercamiento, amparándose en la necesidad de mantener una política económica mone-

⁷ *El Día*, México, 24 marzo 1981.

⁸ Ricardo Manzi "El sistema bancario privado y la política económica en 1955-79" del libro *Uruguay: dictadura y realidad nacional*, op. cit.

* Esta relativización me fue muy atinadamente sugerida por José M. Quijano.

tarista (sin déficit fiscal, sin devaluaciones, ni otros procedimientos compensatorios empleados en el pasado con el sector agropecuario). La figura que los ganaderos dibujan de un Banco República (bueno) y de un Banco Central (malo), responde a una distinción de fuerzas que, parcialmente, manejarían diferentes concepciones. Entre las declaraciones ocurre algo semejante. Primero, un comunicado cuya fuente es la Junta de Comandantes en Jefe, dado a conocer por DINARP el 5 de junio, a propósito del Congreso de Durazno, afirma "que las autoridades competentes confían en... los organizadores del evento para encarrilar la búsqueda de soluciones para el *sector productivo más importante del país...* (sic)".⁹ Luego, el 27 de junio, el Comandante en Jefe del Ejército, Luis Queirolo, acusa que "en nuestro país hay grupos de presión patronales y empresariales, que se mueven con mucha habilidad y que en este momento pretenden cambiar o variar en cierto sentido la política económica".¹⁰ Un mismo destinatario, un diferente mensaje.

En otro plano de cosas, la preocupación sobre la cuestión de los ganaderos proviene de la importancia que su oposición puede tener en la población rural. Sabido es que muchos patrones instaron a sus peones a votar por NO en el plebiscito. La advertencia que significó que en unos departamentos más que en otros, su población se plegara al NO, no deja de preocupar a los estrategos militares encargados de diseñar las futuras acciones legitimadoras de su permanencia en el poder, las que por cierto y por suerte, han tenido muy poco éxito.

Un último plano a considerar, sobre el que la izquierda debería reflexionar más en el futuro, es el que se refiere al alcance social de la política opositora de los ganaderos en el Uruguay. Los antecedentes históricos y los hechos de la coyuntura ya han sido sintéticamente expuestos y no creemos necesario abundar en ellos. En un momento en que la resistencia contra la dictadura militar es lo fundamental, debe reconocerse que la clase ganadera (en sus distintos estratos) ha resultado ser un opositor real y muchas veces ha estado en la primera línea de lucha. No es menos cierto que para que esto haya sido posible, esa oposición se condujo desde dentro del régimen y no desde fuera de él.

Pero a lo que vamos es a la pregunta acerca de cuál es el proyecto de oposición que plantean los ganaderos a la sociedad uruguaya. En este asunto, habría que diferenciar el proyecto como discurso ideológico de la dirección (que es lo que conoce en el exterior) de lo que es la conducta y la conciencia política cotidianas de quienes trabajan en el campo (de las cuales sabemos menos). Pero no creemos equivocarnos si presumimos que el discurso ideológico de la Federación Rural (ni que decir de la Asociación Rural), aunque agresivo, es más conservador que ciertas posiciones que se procesan en sus bases, sobre todo, en sectores pequeños y medianos que se están jugando el todo por el todo.

Si nos atenemos a las declaraciones, el discurso ganadero es muy poco integrador de otros sectores opuestos a la dictadura. Consecuente con sus tesis históricas, no hay mayores referencias a los demás empresarios (salvo para criticarlos cuando consiguen el favor oficial que a los ganaderos se les niega) y casi no hay referencias a los trabajadores y sus penurias. Si bien es posible encontrar una posición favorable a la democratización a nivel del estado, y a la protección de lo nacional, todo ellos encierra en el gremio ganadero y sus intereses económicos inmediatos. El proyecto escrito y oral de los ganaderos no convoca a otros, sino que se convoca a sí mismo.

Ese conservadurismo ha sido criticado por cierto sector militar, generalmente el más demagógico y fascista, por cuanto es el que en un afán tan desesperado como estéril, trata de conquistar y organizar a los trabajadores dentro del régimen. Ese sector militar es el que desautoriza a los ganaderos por oponerse a los intereses de los trabajadores: "para proteger a determinados sectores hay que hacer pasar penurias, hay que hacer bajar el famoso salario real a los más necesitados (los empleados y obreros)... esos grupos de presión pretenden eso del más necesitado, el que ha sido el colaborador silencioso del proceso político uruguayo". Este enfoque expuesto por Queirolo hace un razonamiento sencillo (confeccionado a medida por Gil y Arismendi): 1) los ganaderos quieren una gran devaluación para lograr ganancias; 2) la devaluación significa acelerar la inflación; 3) una mayor inflación provoca una mayor caída del salario real. Ergo, los ganaderos quieren ganancias a costa del ingreso de los trabajadores.

Aunque sepamos que los anteriores razonamientos apuntan a mantener la actual política

⁹ *El Día*, 6 junio de 1981.

¹⁰ *El Día*, 27 junio de 1981.

cambiaria y monetaria, no por el "famoso salario real", sino para conservar la masa de capitales extranjeros atraídos por las altas tasas de interés: ¿cómo se defenderán los ganaderos de este planteo? Por otro lado: ¿cómo se defenderán de la acusación de que parecen estar más indignados con los frigoríficos porque logran ganancias extraordinarias que preocupados por-

que los consumidores paguen precios excesivamente altos? Habría, además, muchas otras preguntas que hacer para medir la capacidad de la oposición ganadera para participar en un frente nacional y popular contra la dictadura. Son preguntas que sin prejuicios pero sin utopías, esperamos que el paciente lector que llegó hasta aquí, también se haga y nos ayude a responder.



MARZO-ABRIL DE 1981

El preso político, criatura sin piso

Carlos Martínez Moreno

I

Entre las voces que cautelosamente se empieza a escuchar en el Uruguay de hoy —y en la muy mezquina apertura que está abriéndose paso a partir del 30 de noviembre— ninguna se ha alzado para reclamar la liberación, con o sin amnistía, de los presos políticos confinados en cárceles militares y en cuarteles. Es un obvio tabú, a pesar de que haya cautiverios que ya exceden la década. Desde la escandalosa simulación jurídica del juicio criminal a Liber Seregni (cuya sentencia definitiva de segunda instancia se halla pendiente desde 1977) hasta otros muchos casos —si no más fraudulentos físicamente más crueles— por encima de todo ese aparato viciado pasan los efectos, muchas veces irreversibles, del tiempo. Y en el Uruguay de 1981 arriesgaría seguramente su libertad quien osara pedir algo hoy tan elemental como la liberación de los presos políticos. Es, por demás, la única explicación creíble de que nadie lo haga.

Es cierto que a falta de toda imperiosidad en el tono de exigencia y en el contenido sustancial de las demandas, los pedidos parecen poco más que titubeantes súplicas. La victoria electoral, a pesar de ser tan excepcional y categórica como lo fue la del 30 de noviembre, aparentemente no ha dado derechos; por lo menos, frente a la soberbia de los perdedores que, a tenor de la fuerza, siguen trinfando. Todo indica que el 1º de septiembre elegirán, por los mecanismos de la cooptación y no por los de la democracia, un nuevo presidente. Civil o militar, tanto da —y hasta sería más higiénico que fuera un militar— la simple elección de ese pre-

sidente significaría el desconocimiento histórico del voto popular.

Lo que hasta hoy se ha pedido, dentro de Uruguay y por personas y sectores de condición no comprometida con el régimen y filiales dentro de los cuadros de los partidos tradicionales, ha sido bien poco y bien mínimo: la convocatoria a una asamblea constituyente y la readmisión de la actividad política, referida a los partidos blanco y colorado. La asamblea constituyente es inconcebible en un marco de proscripciones, y nadie ha hablado de levantarlas todas; por lo demás, exigiría instrumentar un status de interregno, abriría campos —ellos sí precoces— a la confrontación dialéctica entre dictadura y anti-dictadura y, por su misma condición de trabajo que necesariamente habría de ser de ritmo parsimonioso si se quisiera hacerlo bien, peligraría abrir el nuevo cauce de otras impaciencias, semejantes a las que condujeron al 27 de junio. Una constituyente en el Uruguay, con las condiciones que crea la geopolítica en el Cono Sur, en pleno imperio de Reagan, sería —una de dos— o una expectativa a liquidar en la farsa y en la decepción o una realidad a manejar entre bordes de apatía y de caos. Infligir a la vida política del Uruguay, como sistema de su convalecencia, una asamblea constituyente, sería una temeridad. Nada mejor podrían encontrar los enemigos de una recuperación firme, perdurable y verdadera; nada les haría tanto el juego. Y otra vez el dilema: o las condiciones están dadas para convocar a todos a elaborar una nueva Constitución, o no lo están. Si no lo están, serán inevitables las exclusiones y lo que se haga

carecerá de firmeza histórica. Una Constitución que de principio excluya a todo un sector del cuerpo electoral —no aventuremos ahora, a diez años de los últimos comicios, cuánto pueda numéricamente significar hoy ese sector— no valdrá la pena de la conmoción que cause y de los mirajes que pueda suscitar y defraudar. Es preferible acordar, sin demasiados circunloquios, que volvamos a regirnos por la Constitución que teníamos en 1973, cuando los militares la derribaron, y que sepamos esperar a que el orden republicano esté efectivamente restaurado, para asumir entonces la tarea sin acechanzas y en serio.

La readmisión de la actividad política parece de primera prioridad. Pero tal y como hoy, ha trascendido que exista consenso en encararla —el único consenso publicitable en las condiciones actuales, por lo demás— parece demasiado angosta, involutiva y regresiva. Se dirá que, angosta y todo, ya chocará con sus propios tropiezos, y que querer ensancharla puede significar frustrarla indefinidamente. Lo mejor es enemigo de lo bueno, se volverá a decir. Y ya es un progreso que algunos partidos logren funcionar; en ese funcionamiento puede estar el aval de futuro de la existencia de todos. Pero cuidado, en materia política, con esta estrategia de las soluciones a tramos. Porque bastará en definitiva que el último paso no se dé para que todo el resto quede condenado, desde el punto de vista democrático, a la falsedad. Las soluciones graduales de libertad, acompañadas de cortapisas, suelen no ser en definitiva verdaderas soluciones de libertad. Es auspicioso que, en el liderato de uno de los partidos tradicionales, haya alguien que así lo piense y lo haya dicho, desde ahora.

II

En materia de presos políticos, la tradición del país —la de otros malos tiempos que ya hubo y la de estos últimos— se parece muchísimo a la cabeza escondida del avestruz; consiste en negarlos. Negó tenerlos la dictadura de Terra, ha negado tenerlos este régimen militar, que dejó en ridículo las modestas marcas del régimen terrista al respecto.

En tanto hubo Parlamento, los ministros del régimen (el general Magnani, Alejandro Rovira, etc.) usaron la tribuna parlamentaria para desmentirlo. Desde que no hay Parlamento, los voceros del sistema han repetido ésta su insostenible mentira en todos aquellos foros in-

ternacionales en que han sido emplazados a rendir cuentas. El equívoco detrás del que han querido manejarse es torpe: consistiría en sostener que toda vez que el preso esté sometido a la jurisdicción y no a la administración —a cualquier jurisdicción, por lo demás— ya no puede hablarse del espécimen del preso político. Preso político sería, en este entendimiento no autorizado por ninguna doctrina contemporánea, el arrestado por simples razones de seguridad, mantenido en el ámbito del Poder Ejecutivo. Cuando el preso ha sido sometido a un juez —cualquier juez, repetimos— se pretende que ya no hay preso político sino un preso común. El preso político sería, fuera del caso del sujeto a medidas prontas de seguridad (porque respecto a éste se niega, sobre la base del Artículo 168 de la Constitución, la misma posibilidad de que sea confundido con un preso) el arrestado a disposición del poder administrativo, no beneficiado con los fueros de ningún control puesto en manos de otra autoridad: en suma, un preso de rango inconstitucional.

La confusión, en un orden profano, puede haberse originado en la costumbre de que los regímenes de fuerza, en precaución de las resistencias que pudieran suscitar en los dirigentes partidarios, dispusieran el arresto de políticos opositores y hasta los confinaran en sitios especiales. Estos serían, literalmente, políticos presos y no presos políticos. Muchas veces, cuando un régimen ha negado tener en su poder presos políticos, lo que ha querido es rechazar la posibilidad de que mantenga políticos presos. Esa época, que suponía que la resistencia cívica fuera un riesgo connatural a la profesión de político y sólo a ella, quedó ya muy atrás en nuestra realidad. Viene del fondo de nuestra historia, pero está lejos de dar las metas dominantes de un tiempo más actual, aquella sospecha que sindicaba al dirigente político como el presunto conspirador, fuente y agente de las contrariedades a que estuviera expuesto un gobierno. Y aunque este mismo régimen militar tenga, en lo más sombrío de su ejecutoria, la responsabilidad de haber asesinado a algunos políticos de condición profesional, la enorme mayoría de sus cautivos no se ha hecho de políticos porque fuesen tales sino de hombres jóvenes, de militantes de base, de líderes sindicales, de docentes, etc. El espécimen del político preso, por supuesto, ha existido y ha sido objeto de castigos, vejaciones y

torturas, muy a menudo a despecho de sus relevantes condiciones universitarias e intelectuales; pero aun en ese caso, ha figurado en la espantosa cacería humana más como un militante de base que como un supuesto conductor. Cuando la desventura ha herido a todo un sector de opinión, el dirigente ha aparecido al mismo nivel del resto de su parcialidad, compartiendo las adversidades de toda una masa humana y caído junto con ella. La condición elitista de un infortunio sólo de dirigentes no ha existido esta vez, porque la desgracia ha caído en mucho mayor profundidad. Y aún al precio de su martirio, seguramente el dirigente de partido ha preferido que fuese así. Por supuesto, no se eligen plazas en la tragedia; simplemente, las cosas esta vez han ocurrido de ese modo. Y la primera responsabilidad de la memoria de todos consiste en tenerlo presente.

Por otra parte, en nuestra tradición jurídica —y en la de muchos otros países, de signo político liberal— se ha caracterizado al delincuente político, para distinguirlo del delincuente común, en gracia a sus intenciones. Y como siempre (dentro de esa tradición) tales distinciones se han dado partiendo del principio de que el delincuente político ha actuado a impulso de causas generosas y altruistas, y no egoístas y antisociales, en esa consideración y por obra de ese distingo al delincuente político se le ha privilegiado, en su cotejo con el delincuente ordinario. Tal discriminación ha dejado sus huellas, en el derecho penal interno de nuestros países y en el derecho penal internacional que se gesta por la relación de nuestros respectivos estados. Así, la extradición no se concederá por la imputación de delitos políticos, ni siquiera por la de delitos comunes cuando el requerimiento hecho con tales invocaciones obedezca, en realidad, a propósitos políticos. Etcétera, etcétera. La realidad fue limitando, en algunos casos, esta política legislativa de favorecimientos y benignidades. Un ejemplo fue, ya en épocas pasadas, la famosa Cláusula Jacquin, de iniciativa belga, la cual excluyó en todos aquellos tratados internacionales en que fue acogida, el beneficio de la no extradición para el magnicida. En épocas más recientes se eliminó de todo estatuto de mejor consideración al terrorista, así actuara amparándose en motivaciones políticas. El modo de operar de tales ídoles de delincuentes justificó esta clase de excepciones a la excepción. Y nadie ha visto, en ninguno de ambos casos, una merma de

la filosofía liberal en su estilo de enmarcar el trato general al llamado delincuente político.

Pero la inversión de situaciones y consideraciones empieza a darse con el auge de lo que se ha dado en llamar “estatolatría”. Cuando el estado pasa a ser sujeto de adoración, a expensas de la plenitud de los fueros individuales, la suerte del autor de conductas típicas encuadradas en la vieja caracterización del delito político, tiende a desmembrarse.

El Código Penal Uruguayo de 1934 se inspira, como todo el mundo sabe, en el proyecto fascista del Guardasellos Rocco, que es de 1927. Elaborado por Irureta Goyena y sancionado a tapas cerradas por el parlamento espurio de Terra, el Código recoge ya el sello de autoritarismo de su modelo y en cierto modo lo filtra. Así, las disposiciones sobre extradición (fundamentalmente el Art. 13) siguen siendo fieles a los principios del Derecho Penal Liberal. Pero en el tronco de sus disposiciones relativas a Delitos contra la Soberanía del Estado, contra los Estados Extranjeros, sus Jefes o Representantes (Arts. 132 a 139) y particularmente en los llamados Delitos contra el Orden Político Interno del Estado (Arts. 140 a 146) la traza autoritaria se manifiesta en el rigor draconiano de las sanciones y en otras notas distintivas de la severidad. Con respecto a algunas de las figuras incluídas se declara punibles las fases de la proposición, la conspiración y el acto preparatorio; y se consagra el supuesto de los actos directos (o dirigidos a) que ensancha vastamente la zona de la punibilidad.

En el Código de Irureta Goyena no hay definición expresa del concepto de delito político. Pero la tónica de la alta penalidad para las formas en que clásicamente se encarnaba el delito político —con sus aditamentos de la revelación de secretos, el sabotaje y el entendimiento con el extranjero o espionaje— hacen que ya, a partir de entonces, no pueda hablarse más de la consideración liberal y benigna que se tenga de los tipos clásicos del delito político o de conductas próximas o afines a él en nuestro ordenamiento positivo. El liberalismo, signo de los tiempos, ya ha muerto. Quedan algunas de las viejas llaves del antiguo trato de favor (como las relativas a la extradición) pero la cosa ha cambiado. Y, por supuesto, va a cambiar todavía mucho más, a fines de la década de los años 60 y comienzos de la década de los años 70.

La estatolatría se gradúa abiertamente de

categoría jurídico-política, con la tesis o Doctrina de la Seguridad del Estado; el auge de esa tesis liberticida cuajaba en el proyecto de Constitución que el pueblo —con indudable instinto de sus libertades— rechazó el 30 de noviembre; pero que sigue vivo en el ánimo de sus propulsores, civiles y militares.

En la realidad de los hechos, por un entendimiento entre las policías de los regímenes dictatoriales —que explica desde los asesinatos de Michelini, Gutiérrez Ruiz y otros mártires hasta la aparición de unos niños uruguayos abandonados en una plaza de Valparaíso, pasando por todos los calvarios intermedios que la crueldad humana sea capaz de imaginar— la vieja remanencia liberal de la no extradición por requerimientos de delito político ha desaparecido. Toda la zona abarcada por las dictaduras militares (Argentina, Chile, Paraguay y Uruguay, así como en un tiempo Brasil, de cuyo territorio fueron arrancados por fuerza refugiados políticos para hacerlos ingresar por frontera terrestre al Uruguay) funciona en el entendimiento directo y secreto de las policías, sin la menor garantía de juricidad. Las policías capturan, secuestran y transfieren de país, cuando no asesinan. Y ya el destino de tal cacería humana no son magistrados dignos de que se les considere tales, por su estatuto de independencia, requisitos del debido proceso y fundamentos de derecho. Son oficiales militares, que actúan como simple brazo de la represión. Esos son los jueces, que sin preguntarse cómo han llegado los presos hasta ellos, entienden en el caso de esos presos que han sido trasegados de país y aparecen devueltos al territorio donde es segura su persecución; los procesan, los condenan, etc.

El desfaseamiento se opera, en el Uruguay, con una fecha eje: la del 10 de julio de 1972. En esa fecha se promulga, tras un proceso que deslustra la ejecutoria mayoritaria del último Parlamento legítimo del país, Ley No. 14.068, llamada de Seguridad del Estado. En resumen, esa ley transfiere al ámbito de la jurisdicción militar los delitos antes llamados políticos; o sea, los delitos contra la soberanía y el orden del Estado. etc. Ya el delincuente político, o requerido político, puede ser entregado a sus perseguidores, sin ninguna posibilidad de articular su defensa ni de defender su vida. Y regresado al espacio del orden dictatorial que lo persigue, es juzgado en él por funcionarios militares, en un orden de cosas en que el mismo elemental derecho a elegir su defensor ha aca-

bado, en fuerza de las circunstancias, por serle denegado. Se le extrae violentamente del país de su asilo o refugio, se le entrega a manos de sus perseguidores y se le juzga y condena por jueces que son en realidad militares, con la asistencia teórica de un defensor nominal, que es a fin de cuentas otro militar. El resto de la historia es previsible: cómo se le juzga, de qué modo se ensayan sus defensas, a cuáles penas se le condena; y lo otro, no menos importante en la práctica: en qué sistema de cárceles se le recluye, qué clase de trato se le dispensa en ellas, cómo llegado el tiempo del cumplimiento de la pena (porque algún día, en muchos casos se llega a ese término) se encara la alternativa de su liberación.

III

Las reflexiones que motiva esta situación, ya muy sabida por todo el que no tenga la expresa voluntad de ignorarla, son obvias. Y nos han vuelto a la mente en estos precisos días, con ocasión de las sucesivas muertes de los militantes del Ejército Republicano Irlandés (IRA) que se han dejado consumir hasta la inanición y, uno tras otro, han ido prácticamente suicidándose, inmolándose de un modo heroico, lento y horrible. ¿En demanda de qué?

En demanda de que se les reconozca la categoría y el estatuto de presos políticos. Aunque a un preso del EMR No. 1 o a una presa del EMR No. 2 (respectivamente, establecimientos militares de reclusión Nos. 1 y 2, de Libertad y de Punta de Rieles) todo esto les parezca inconcebible. Porque, precisamente por ser presos políticos y no presos comunes, los de Libertad, Punta de Rieles y cuarteles varios, sufren más duros padecimientos y tienen menos derechos que los presos de condición común, sean éstos ladrones, proxenetas, violadores o asesinos.

Los presos que se dejan morir por inanición en Irlanda del Norte, sin conmovir al gobierno conservador de Margaret Thatcher, piden, entre otras cosas: que se les reconozca la condición de presos políticos y no se les tenga como presos comunes; que se les permita usar la ropa que ellos elijan; que los trabajos que se les den en la cárcel sean voluntarios y no obligatorios; que reciban correspondencia en su reclusión; que las visitas no les sean restringidas. Es demanda de tales objetivos, los presos del IRA ayunan hasta el extremo final y mueren; en una suerte de impiedad que no ha discu-

rrido la posible alternativa de forzarlos a que vivan, el gobierno británico respeta la decisión de los ayunadores y da publicidad al hecho de que mueran y al motivo por el cual mueren; subsiguientemente, tolera sepelios a los cuales concurren sus compañeros guerrilleros, enmascarados como en una operación de guerra, y disparan en memoria de los mártires salvos de homenaje, con sus armas de guerra. En el trance de la agonía final de los huelguistas, sus familiares son autorizados a ingresar a las celdas en que se cumple el ayuno y a acompañar a sus parientes en la última parte de su martirio.

En las cárceles militares del Uruguay, los presos políticos — a diferencia de los presos comunes — no se visten como se les ocurre, al estilo de lo que es un fuero del procesado común en tanto no pase a la condición de penado o condenado; tienen que vestirse con un uniforme de lienzo gris que les suministra la administración penal (y que luego deben pagarle, en el ajuste de cuentas previo al acto de la libertad); no pueden peinarse como quieren, sino que se les rapa la cabeza; sus guardianes no pueden llamarles por sus nombres, sino por el número que cada uno lleva en el uniforme, una vez en el pecho y otra vez en la espalda. Al preso político se le intercepta con cualquier motivo la correspondencia y se le cortan las visitas de familiares. Se ha denunciado que si muestra afectividad hacia un hijo menor que lo visite, al recluso se le sanciona. Un rufián puede ser amparado en la privacidad de su comunicación con su abogado, y lo es efectivamente si él o el letrado lo piden, aparte de que — en régimen de la visita habitual — nadie interfiere tal comunicación. El preso político habla con su abogado a través de una valla de cristal y habla haciendo uso de un sistema de teléfonos conectados, sistema del cual se supone que está interferido o puede serlo discrecionalmente, cuando a los carceleros se les ocurra. El preso político es ubicado o puede serlo en pisos que ya suponen, por la índole del ilícito que motivó su ingreso al penal, un juicio enterizo y adverso sobre su conducta y sobre su peligrosidad; en ese piso de castigo o rigor, la dureza del trato es máximo y la incidencia de la ubicación de la celda asignada sobre el juicio de conducta carcelaria marca un *a priori* adverso, a menudo imposible de superar. Todo lo cual es penológicamente la negación de los principios más sabidos de la ciencia penitenciaria. Los institutos de política criminal (libertad anticipada, etc.) no rigen para el delincuente político. El preso común, sin perjuicio de su re-

clusión, tiene opción a concurrir discretamente vigilado — al velatorio de sus parientes más cercanos; al preso político, por el sistema de bloquearle la noticia o diferírsela, tal derecho piadoso en los hechos se le deniega.

Han existido denuncias desde siempre y muchas de ellas son objetivamente graves sin que nunca — por sí o por no — se hayan averiguado ni esclarecido. Los presos políticos dicen que hay psiquiatras, avezados o instruidos a veces en el tratamiento antiguerrillas, que se aprende en algunos centros militares del extranjero y que esos psiquiatras tienen un objetivo expreso en su terapia: desestabilizar psíquicamente al preso, en forma intencionada a producirle depresiones y anomalías, que a menudo desembocan en la tentativa de suicidio o en el suicidio consumado. Por lo demás, la asistencia de la salud es omitida y dolencias que podrían perfectamente tratarse se dejan progresar, a partir de su diagnóstico, hasta dejarlas llegar a un estado que torna imposible el éxito de la terapia. Hace ya algunos años ocurrió un extraño hecho, por el cual un investigador científico fue asesinado frente a su casa sin causa que lo explicase. Entre las versiones que circularon luego a raíz de ese hecho algunas vinculaban al asunto a experimentos sobre determinadas formas de tratamiento, a las cuales se estaría considerando someter a los reclusos. Por lo demás, ni la Cruz Roja ni organismos especializados de su mismo carácter han sido nunca autorizados, con plenitud de fueros, a averiguar lo que pasa en los establecimientos militares de reclusión con los presos políticos. Ahora, prácticamente ya no quedan abogados que ensayen la defensa del preso político, en un régimen de libre asistencia profesional. Pero ni aun en tiempos en que había, las denuncias sobre todos estos aspectos de la vida carcelaria han sido posibles. Por temerarias, habrían expuesto al preso y a su defensor; se habrían prestado a represalias y no habría existido ninguna probabilidad de documentarlas o probarlas. Todo esto es una parte, a cuenta de mayor y más diversa cantidad de horrores, en el infortunio cotidiano del preso político uruguayo.

Y sin embargo, a diferencia de los presos de Irlanda del Norte, a diferencia de los presos confinados hoy en día en las mazmorras bolivianas, los presos políticos uruguayos no hacen huelga de hambre.

¿Por qué?

Imposible saberlo. Pero basta imaginarse en el puro terreno de la hipótesis, si el régi-

men uruguayo a semejanza del duro régimen inglés los respetaría en lo que Max Stirner consideró la única libertad cierta que concede el orden burgués: la libertad de morir de hambre. Basta pensar si los dejaría morir de inanición y luego avisaría. Basta pensar si no los sacaría del penal a una cama del Hospital Militar, para allí imponerles el tratamiento que le pareciera. Hay que preguntarse si permitiría que al contestatario muerto le organizaran exequias públicas, con asistencia de familiares y de compañeros de causa, cuya libertad — en esa tregua fúnebre — se respetase; hay que preguntarse si se daría publicidad objetiva a la causa de la protesta y se tolerarían expresiones multitudinarias de ese duelo. Parece evidente que el impío gobierno británico ignora métodos expeditivos, al estilo de los del régimen uruguayo, cuando devuelve a los familiares ataúdes tapados, con prohibición expresa de abrirlos, en lugar de seres sanos y vivos, como los que algún día cercano o lejano capturó.

Si todas estas preguntas tienen previsibles respuestas negativas, para las cuales bastaría con remitirse a los antecedentes conocidos, sería cuestión de preguntarse por qué los mili-

tantes católicos de Irlanda del Norte hacen cuestión de vida o muerte del traje carcelario, de los trabajos carcelarios y de las visitas carcelarias; y por qué otros presos que son presos políticos, no pueden siquiera, por un obvio sentido de la realidad, insinuar que podrían ensayarlo, aun al costo exorbitante del riesgo de morir, siempre y cuando la contrapartida de ese riesgo fuese la de que el significado de su protesta y de su muerte se supieran.

IV

Y una última pregunta: en este debilísimo deshielo que Uruguay tiene hoy la ilusión de que haya comenzado, a raíz y como consecuencia de la espléndida victoria popular del 30 de noviembre, ¿cuando aparecerá el primer ciudadano que, sin arriesgar su propia libertad, pueda demandarla, por sentido de pura humanidad, para los presos políticos del país?

No me digan que es algo que, hasta ahora, a nadie se le ha ocurrido. ¿Ni siquiera a un hermano, ni siquiera a una hija, ni siquiera a un padre?

OTRO ACONTECIMIENTO
EDITORIAL DE

ERA 

por primera vez en español

LA EDICIÓN COMPLETA DE

Antonio

Gramsci

Cuadernos
de la cárcel

1



Edición crítica del Instituto Gramsci A cargo de Valentino Gerratana

Ediciones Era
Avena 102, México 13, D. F.
☎ 581-77-44

Agencia Guadalajara
Apartado 32-140
☎ 12 60 37 / Guadalajara, Jal.

La teoría neoconservadora de la democracia

Atilio A. Borón

I

Pocos son los que hoy se resisten a admitir que el capitalismo se encuentra en crisis. Esto por cierto no autoriza a entonar los consabidos himnos fúnebres ni a pregonar que la “crisis final” se ha producido. Con todo, aquella reviste una singular gravedad que conviene no subestimar, puesto que lo específico y novedoso es que se trata de la primera crisis general del capitalismo que acontece en una coyuntura histórica en la cual la correlación mundial de fuerzas entre revolución y contra-revolución, entre socialismo y capitalismo, se ha modificado en favor del primer término de la contradicción. En la gran depresión de los años treinta la revolución mantenía una precaria existencia, era una indisposición pasajera en un mundo despóticamente dominado por el capital. Ya Hitler se encargaría de resolver el entuerto ruso, razonaba flemáticamente Churchill, y si no, sería responsabilidad de las democracias occidentales hallar una adecuada solución al funesto legado de los Romanov. No hace falta ser un erudito para comprobar que la realidad contemporánea, apenas medio siglo después, es bien diferente. El socialismo, aún cuando se pueda discutir la conveniencia de aplicar ese nombre para denominar una abigarrada variedad de experiencias históricas, ha hecho progresos notables en todos los rincones del planeta, y es un dato de nuestra época que el capitalismo se encuentra a la defensiva y perdiendo posiciones en los más diversos frentes.

Es a partir de esta constatación inicial que quisiéramos plantear una reflexión parcial en torno a la crisis del capitalismo y, más particu-

larmente, del liberalismo que durante más de dos siglos le acompañara como su ideología fundamental suministrándole los argumentos éticos necesarios para justificar la existencia de un orden social profundamente injusto y desigual. Diversos aspectos de esta crisis han sido señalados por políticos e intelectuales de las más diversas orientaciones: Ronald Reagan y Margaret Thatcher hablan del colapso del estado benefactor mientras sus amigos —y precursores— conosurinos renuevan sus embates contra los resabios asistencialistas de un estado que se había constituido como resultado de las experiencias populistas. Desde un ángulo crítico y progresista, sociólogos y politólogos como Jurgen Habermas, Claus Offe y Alan Wolfe exploran la crisis de legitimidad que está erosionando la estabilidad política del capitalismo avanzado, y economistas como James O'Connor estudian las contradicciones que subyacen a la crisis fiscal del estado capitalista. Theodore Lowi, por su parte anuncia “el fin del liberalismo”, mientras que los principales teóricos neoconservadores revelan la existencia de una crisis cultural (Daniel Bell) y de las estructuras sociales intermedias (Robert Nisbet). Samuel Huntington y sus colegas trilaterales, por su parte, anudaron todos estos diagnósticos parciales en una concepción integral, y preñada de un pesimismo radical, sobre la crisis de las democracias fundada en el paradigma de la ingobernabilidad. Conservadores, liberales y marxistas coinciden pues en afirmar la existencia de una crisis, aún cuando sus explicaciones y previsiones sean diversas y el papel asignado a los condicionantes económicos no asuma igual importancia en todos los casos.

Sin embargo, pocas dudas caben de que las raíces de la crisis actual se encuentran en las contradicciones que se fueron gestando con el desarrollo reciente del capitalismo y que tuvieron como resultado una alteración profunda de sus patrones de funcionamiento. Es fácil de comprobar que la sociedad burguesa ha sufrido, desde la recomposición keynesiana y más particularmente a partir de la segunda posguerra, una progresiva y peligrosa desarticulación: economía, sociedad, política e ideología se encuentran desfasadas porque sus antiguas relaciones de correspondencia fueron alteradas por el vigoroso desarrollo de las fuerzas productivas y los acelerados procesos de transformación de las relaciones sociales. Esta desarticulación, claro está, no se produjo de la noche a la mañana; sus inicios pueden fijarse, aproximadamente, en el momento histórico en que el capitalismo competitivo es desplazado por los avances del monopolio, inaugurándose así la edad del imperialismo. La reorganización keynesiana, posterior a la gran depresión, y el *boom* sin precedentes de la posguerra precipitaron demasiados cambios, en todos los niveles de las formaciones sociales capitalistas, inclusive las periféricas, como para no afectar la organicidad del bloque histórico del capitalismo maduro. Coincidieron así los resultados de tendencias estructurales profundas (imperialismo, reorganización keynesiana, internacionalización de la producción) con los efectos de un período de auge totalmente inédito en la historia del capitalismo y que produjeron, en corto tiempo, un ciclo de transformaciones que iría a culminar en la crisis contemporánea.

En las páginas que siguen habremos de referirnos, de modo muy sumario por cierto, a los cambios experimentados por la ideología liberal a medida que se alteraba la anatomía de la sociedad burguesa. La primera guerra mundial aceleró extraordinariamente el proceso de concentración monopólica y con ello puso en marcha una serie de mecanismos que, tendencialmente, irían a operar en menoscabo del orden democrático. Lenin se percató tempranamente de esa curvatura autoritaria que se extendía rápidamente por los países industrializados y, ya en vísperas de la revolución de octubre, prevenía en contra de las posibles consecuencias de la degradación burocrática reaccionaria que se cernía, en algunos casos de modo sumamente marcado, sobre las potencias beligerantes. Poco después; en su polémica

con Kautsky, elabora más sus reflexiones al escribir:

"El capitalismo premonopolista cuyo apogeo corresponde precisamente al octavo decenio del siglo XIX en virtud de sus rasgos *económicos* esenciales, que en Inglaterra y en Norteamérica se manifestaban de un modo particularmente mayor a la paz y a la libertad. En cambio, el imperialismo, es decir, el capitalismo monopolista, que sólo ha llegado a una plena madurez en el siglo XX, atendidos sus rasgos *económicos* esenciales, se distingue por un apego máximo a la paz y a la libertad, por un desarrollo máximo del militarismo en todas partes".¹

Concentración monopólica, expansión de la burocracia, militarismo; hitos históricos de un proceso de descomposición del estado burgués que se vería trágicamente confirmado por la generalizada crisis de las democracias europeas en la década del treinta, por el ascenso del fascismo y el estallido de la segunda guerra mundial. Pero confirmado también por la definida trayectoria seguida por el pensamiento burgués que voltea hacia la derecha para buscar en el manantial reaccionario europeo nuevas fórmulas para rearticular su discurso ideológico. Pareto, Mosca y Michels suplantaron a Locke, Montesquieu y los federalistas, y quizás nadie mejor que Benedetto Croce, aquel viejo patriarca del liberalismo italiano, para ilustrar esta arrolladora reorientación del pensamiento social europeo que culminaría en la apología del autoritarismo y el irracionalismo. Le cabría más tarde a Schumpeter, ya emigrado a los Estados Unidos, y a una generación posterior de intelectuales norteamericanos la elaboración más acabada de una teoría neoconservadora de la democracia autoritaria, llamada a expresar inequívocamente la involución despótica del capitalismo maduro.

II

Una de las víctimas más espectaculares de esta crisis ha sido la vieja ideología liberal y, más específicamente, las concepciones sobre la democracia burguesa que de ella se derivaban. Es casi un lugar común el sostener que la relación entre capitalismo y democracia ha sido y es conflictiva, cargada de contradicciones e incongruencias que jamás pasaron desa-

¹ V.I. Lenin, "La revolución proletaria y el renegado Kautsky" en *Obras Escogidas en Tres Tomos* (Mosú, Progreso), III, p. 71. Véase también "La catástrofe que nos amenaza y cómo combatirla" en *op. cit.* II, p. 241-283.

percibidas para los que estudiaron el problema con un mínimo de objetividad. La simplicidad de las opiniones de Milton Friedman sobre el asunto, al postular sin mayores reservas el carácter necesario de las democracias en el capitalismo — como si el fascismo no hubiera sido capitalista — habla elocuentemente de su celo apologetico tanto como de su empecinamiento en ignorar la historia de las democracias burguesas contemporáneas: revela, al mismo tiempo, su desprecio por las normas más elementales de la investigación histórica. Para decirlo en pocas palabras, la democracia burguesa es producto de las luchas populares, no de una presunta vocación democrática de la burguesía. Esta tenía, en su fase ascendente y revolucionaria, metas mucho más modestas y corporativas: su lucha contra el absolutismo y el feudalismo era por la creación de un estado liberal, que precisamente racionalizara en un sentido weberiano las condiciones generales de la acumulación barriendo con los particularismos y privilegios precapitalistas. Por las hendiduras de ese proyecto liberal, que no democrático, irrumpió la voluntad de las clases subalternas, cuyas demandas y reivindicaciones democratizaron a un estado que ya era burgués pero que no quería ni pretendía ser democrático. La democracia burguesa resultante fue entonces impuesta a una burguesía, que jamás se había preocupado seriamente por la cuestión, a medida que se alteraba la correlación de fuerzas imperante en la escena doméstica y en el plano internacional. En todo caso, la burguesía sacó algo a cambio de esta democratización impulsada por las clases dominadas: expropió las banderas de la democracia y las integró, empobreciéndolas y desnaturalizándolas, a su discurso ideológico.

En ninguna otra nación capitalista esta amalgama entre liberalismo y democracia se presentó con tanta fuerza como en los Estados Unidos. Carente de un pasado feudal y de su secuela casi inevitable, el estado absolutista, el liberalismo adquirió en tierras norteamericanas un fuerte matiz democrático y una eficiencia ideológica que fueron desconocidos en el ámbito europeo. En los Estados Unidos, escenario de la última revolución capitalista, por el contrario, el liberalismo "cimentaba" la unidad de la formación social y su eficacia como visión integradora reposaba en su correspondencia real con la situación imperante en la nueva comunidad política. Una nación de *farmers* y de empresarios puritanos, con ilimitados recursos naturales de todo tipo, actuando en un territorio prácticamente

vacío: una tradición de tolerancia religiosa y política que se remontaba a los mismos orígenes nacionales y cuya vigencia quedaba impresa en la misma carta constitucional; y una estructura gubernamental mínima, caracterizada por la ausencia de algo siquiera remotamente comparable a aquellas macizas burocracias europeas heredadas del período absolutista. En una formación social de ese tipo, a pesar de la existencia de una agricultura esclavista en el sur, el liberalismo individualista de Locke encontraba un terreno de inigualada fertilidad para su desarrollo. El buen gobierno era sinónimo de gobierno mínimo, y el diseño de las estructuras gubernamentales trazado por Hamilton, Madison y Jay sorprende, al lector de nuestros días, por la meticulosidad con que se propusieron restringir y limitar las atribuciones y esferas de competencia de los poderes públicos. En contra del estatismo de la vida nacional alemana o francesa, la experiencia estadounidense mostraba la preeminencia absoluta de la sociedad civil sobre el estado, y el liberalismo unificaba, con la solidez de las creencias populares aquella primacía del individuo y de la pluralidad de fuerzas sociales.

III

El liberalismo como matriz ideológica fundamental del capitalismo norteamericano permaneció prácticamente invariable a lo largo de dos siglos; su base material, en cambio, sufrió una extraordinaria transformación. Pese a ello la hegemonía burguesa remitía invariablemente a las postulaciones de los federalistas y a la tradición lockeana, e inclusive el *New Deal* se mantuvo dentro del perímetro marcado por ese discurso, aún cuando su práctica concreta se le distanciaba a pasos agigantados. Este hiato no reflejaba sino la progresiva obsolescencia de una ideología que ya había sido superada por el propio desarrollo del capitalismo y que, en su desfasaje, estaba socavando peligrosamente los "fundamentos éticos" del estado tanto como el consenso en torno a los valores medulares de la propia sociedad civil norteamericana. Hacia la década de los sesenta comienza a surgir una reflexión centrada en el tema de la crisis del liberalismo, gestada por su incapacidad para planificar adecuadamente el funcionamiento de la economía capitalista y para redistribuir por la vía fiscal los frutos del crecimiento económico. Ya en la década de los setenta, en los años marcados por la crisis eco-

nómica, la derrota de Vietnam y el escándalo de Watergate, la literatura sobre el tema es un verdadero torrente. A nadie sorprendió pues que, en 1975, George Cabot Lodge, profesor de la Escuela de Negocios de la Universidad de Harvard y hombre de ilustre linaje en la burguesía norteamericana, anunciara que la vieja ideología liberal se había desplomado y que era cuestión esencial hallar un nuevo sistema de principios ordenadores de la vida social. Los del pasado ya no servían sino para agudizar una crisis de legitimidad que estaba devorando tanto a las grandes corporaciones como al gigantesco aparato estatal del capitalismo maduro.

Este proceso de desmoronamiento de la ideología liberal dominante en los Estados Unidos abrió un espacio por donde penetró toda una nueva corriente de pensamiento que, en pocos años, realizó unos avances extraordinarios en los más diversos campos de la sociedad norteamericana: se trata del neoconservadurismo, probablemente el más serio candidato a sustituir al liberalismo como la ideología dominante en el capitalismo avanzado. El neoconservadurismo procura dar una respuesta totalizante frente a la crisis integral que afecta a la sociedad norteamericana, y sus temas, preocupaciones e "ideas-fuerza" se han impuesto con vigor en los más diversos ámbitos, desde la academia hasta la empresa y desde los medios de comunicación de masas hasta las alturas del aparato estatal. Su misión histórica aspira a ser equivalente a la que el keynesianismo desempeñó en la anterior crisis general del capitalismo: proveer una visión global e integradora, así como una estrategia de recomposición, válidas para un período de crisis del capitalismo a escala mundial. Sus temas predilectos son los relacionados con la igualdad y la participación política, esto es, los parámetros clásicos de la discusión sobre la democracia. Su propósito es asimismo no menos claro: plasmar los nuevos principios ideológicos que restauren la enorme legitimidad histórica que el capitalismo siempre había gozado en los Estados Unidos. Sin embargo, no se escapa a estos agudos intelectuales de la burguesía que dos siglos después de la Declaración de la Independencia y de la publicación de *La Riqueza de las Naciones*, de Adam Smith, el capitalismo norteamericano había cambiado demasiado como para lograr una legitimación verdaderamente sólida exhumando los viejos salmos del liberalismo. Era menester atacar un problema medular, contra el cual se había estrellado toda la inocente retórica liberal que fingía no percatarse de los alcan-

ces de las transformaciones experimentadas por la economía; esto es, se debía fundar una nueva teoría de la democracia que reposara sobre la irreversible realidad de la gigantesca corporación transnacional. Y he aquí como uno de sus más lúcidos voceros, Irving Kristol, se plantea el asunto:

"Pero uno debe también conceder que los Padres Fundadores y Adam Smith se habrían quedado perplejos por el tipo de capitalismo que tenemos en 1976. Ellos no podrían haber interpretado la dominación de la actividad económica por grandes burocracias corporativas como representando, en algún sentido, el funcionamiento de un 'sistema de libertad natural'. El capitalismo empresarial, tal como ellos lo entendieron, era un asunto individual, o a lo máximo familiar... La gran preocupación de nuestros días... los hubiera perturbado y sorprendido, tanto como nos perturba y sorprende a nosotros. Y ellos se hubieran preguntado las mismas cuestiones que nos hemos estado preguntando por casi un siglo: ¿quién 'posee' este nuevo Leviatán? ¿Quién lo gobierna, con qué derecho, y de acuerdo a cuáles principios?"²

Las implicaciones para la teoría y la práctica de la democracia que se derivan de esta propuesta de refundación de una nueva hegemonía burguesa son amplias y significativas, puesto que era imprescindible abordar un par de problemas decisivos y para los cuales la teoría clásica de la democracia liberal simplemente no tiene respuestas. 1º) ¿Cómo conciliar monopolio y libertad en el capitalismo maduro? y 2º) ¿Cómo elaborar un argumento, que justifique con algún grado de plausibilidad, las tendencias antidemocráticas profundas del capitalismo monopolista?

IV

Los teóricos neoconservadores han procurado construir un razonamiento que posibilite compatibilizar el monopolio, o sea, la concentración de los recursos sociales en manos de unos pocos con la libertad, esto es, la dispersión de esos mismos recursos entre el conjunto de la población. Se debía para ésto superar el paradigma clásico, de inspiración que concebía a la propiedad como simple prolongación de la personalidad y producto del entremezclamiento del trabajo humano con el medio natural, una tesis ostensiblemente inservible para legitimar el actual predominio mono-

² Irving Kristol, "On Corporate Capitalism In America", en *The American Commonwealth*, número conmemorativo del décimo aniversario de *The Public Interest* (Nueva York: Basic Books, 1976), p. 125

polista. A partir de estas consideraciones se buscaría entonces restaurar la cuestionable legitimidad de la gran corporación sosteniendo la peregrina idea de que tanto la Exxon como el simpático propietario de la tienda de abarrotes de la esquina son instancias que remiten a una misma institución económico-social, la empresa capitalista, que supuestamente sería gobernada por las mismas fuerzas económicas que inexorablemente premian en ambos casos la competitividad y el sacrificio; que ambos tipos de empresa, simple variaciones de un mismo fenómeno económico-sociológico, estarían igualmente expuestas a las impersonales influencias del mercado; y, por último, que tanto la Exxon como el tendero suburbano jugarían un papel igualmente irrelevante dentro de la vida estatal norteamericana.³

A partir de esta premisa ideológica que afirma la identidad fundamental entre la Exxon y la tiendita suburbana, siendo la transnacional petrolera simplemente un caso extremo de crecimiento de la segunda, los neoconservadores se apresuran en anunciar que estas transformaciones monopolísticas del capitalismo representan hechos consumados e irreversibles, y que no irían a evaporarse con invocaciones románticas de las sombras del capitalismo familiar. Por lo tanto, una teoría realista de la democracia, válida para la época actual, debería partir de esta comprobación y desde ahí recién iniciar la construcción de su nuevo argumento. Desde Locke y los federalistas hallaban al individuo, los neoconservadores encuentran a la gran empresa transnacional: el reto para éstos es pues, demostrar que la libertad y la felicidad del ciudadano, ese átomo indestructible de la ideología burguesa, se halla en completa armonía con la prosperidad corporativa.

A este reconocimiento de las transformaciones monopolísticas acaecidas en la empresa capitalista hay que sumar la constatación neoconservadora de que el estado moderno hizo de leyenda realidad y se ha convertido en un verdadero Leviatán, transformación ésta que por cierto no será revertida con lamentos o añoranzas. Pero esta significativa mutación de empresa y estado, las dos unidades fundamentales de la moderna sociedad burguesa, no podía sino conducir a una revisión de las premisas mismas de la teoría democrática. Sus funda-

mentos ya no podrían ser ni las reivindicaciones igualitarias de Tom Payne, ni el individualismo de Locke y la tradición utilitarista, y menos todavía el democratismo radical de Rousseau. La garantía de la democracia burguesa debía hallarse, por consiguiente, en otro plano.

Llegado a este punto, el neoconservadurismo recurre a las reflexiones del último liberal, y el primero en comprender el desgarramiento del liberalismo en la sociedad moderna: Max Weber. En efecto, éste escribiría a propósito de la relación entre burocratización y democracia que,

"Una vez eliminado el capitalismo privado, la burocracia estatal dominaría ella sola. Las burocracias privada y pública que ahora trabajan una al lado de la otra y, por lo menos posiblemente, una contra la otra, manteniéndose, pues, hasta cierto punto en jaque, se fundirían en una jerarquía única: a la manera, por ejemplo, del Egipto antiguo, sólo que en forma incomparablemente más radical y, por tanto, menos evitable."⁴

La interpretación harto subjetiva que hace Kristol de la observación weberiana lo conduce a concluir con una afirmación que hubiera repugnado la fina sensibilidad de Weber: el garante de la democracia norteamericana es la gran corporación monopólica. El peligro, por lo tanto, no está en el crecimiento del poder empresarial sino precisamente en lo contrario, en la posibilidad de que la corporación, cada vez más asfixiada por la multiplicación de controles y regulaciones establecidos por el estado keynesiano, culmine su trayectoria quedando completamente supeditada al estado, degenerando en la práctica en una empresa pública sometida a los designios de la "nueva clase" de burócratas socializantes incrustados en las alturas del aparato estatal. Esto constituiría un peligro mortal para la democracia norteamericana y para las libertades individuales, el "camino hacia la servidumbre", como diría von Hayek, jalonado por la destrucción paulatina pero sistemática de los necesarios *checks and balances* que resguardan el pluralismo esencial de todo orden democrático. El remate del razonamiento neoconservador lo formula el mismo Kristol en los siguientes términos:

"No es una exageración decir que el futuro de la democracia está íntimamente involucrado con las pers-

³ John K. Galbraith, "The Conservative Onslaught" en *The New York Review of Books* (Nueva York, vol. XXVII, No. 21 y 22, Enero 22 de 1981), p. 32.

⁴ Max Weber, *Economía y Sociedad* (México: Fondo de Cultura Económica, 1964), pp. 1076.

pectivas de sobrevivencia de una institución... a la cual la democracia liberal jamás consideró, cuyo nacimiento y existencia han sido siempre extraordinariamente problemáticas para ella, y cuya legitimidad (la democracia liberal) siempre halló dudosa".

V

La revisión neoconservadora, al aceptar como un *datum* la concentración del poder económico, redefine las mismas premisas del liberalismo y se constituye abiertamente en la ideología política que justifica el predominio de la corporación monopólica, sustituyendo así al anacrónico "individualismo posesivo" del siglo XVII. Para horror de Locke y los federalistas es la gran empresa la que ahora garantiza la posibilidad de la democracia, y desde el bastión del gran mundo de los negocios los neoconservadores enfilan sus cañones contra el estado. Es cierto que los liberales clásicos jamás sintieron mucho afecto por el estado, pero en la hora actual la ofensiva antiestatal de los neoconservadores tiene un sentido bien distinto. Después de una historia más que centenaria de luchas obreras, el estado capitalista sufrió un proceso de democratización que permitió a las clases y capas subalternas hostigar, desde los ampliados aparatos estatales, a la burguesía y atenuar los aspectos más irritantes de la explotación capitalista. No es que el estado en el capitalismo maduro haya visto milagrosamente diluirse su naturaleza de clase, sino que a partir de la revolución rusa y la gran depresión de 1929 las clases dominadas pudieron acceder a algunas de sus instituciones, y por otro lado, aquél ha debido elevar su nivel histórico de responsabilidad ante las masas ciudadanizadas de cuya legitimación depende cada vez más. Esta nueva fase en la historia del estado burgués atestigua entonces un significativo reajuste en la articulación entre estado y sociedad civil y que, a diferencia de la existente en la etapa clásica del capitalismo competitivo, incorpora a las clases populares como apoyos efectivos del estado sin que por ello éstas pierdan su condición de clases explotadas y dominadas. La necesidad de fortalecer y reconstruir un capitalismo profundamente afectado por la crisis de 1929 y por el inicio de un nuevo ciclo histórico, el de las revoluciones socialistas, impulsó al estado burgués a admitir la presencia de las masas en su interior, integradas ahora de manera permanente, y no como antes

de forma episódica e intermitente, por medio de una extraordinaria expansión de los aparatos estatales que no sólo absorbían sino que también mediatizaban y corporativizaban las exigencias y los proyectos de las clases y capas subalternas.

El keynesianismo apareció como la elaboración intelectual más refinada para fundamentar con una verdadera revolución en la ciencia económica esta metamorfosis del estado, convertido ahora en "estado benefactor". Se cumplía así también la superación de la fase "económico-corporativa" del estado liberal para llegar, siempre de acuerdo con las reflexiones gramscianas sobre este tema, a la fase "ético-política" y en la cual la burguesía consolidaba su dominación redefiniendo empero su proyecto histórico, haciendo lugar a ciertas reivindicaciones procedentes del campo popular. La excepcional importancia del papel desempeñado por el estado keynesiano en la reanimación del capitalismo en la década de los treinta y su continuada relevancia para asegurar las condiciones generales de la acumulación y el mínimo de legitimidad necesarios para el funcionamiento normal del sistema, tuvieron como contraparte la creciente dependencia estatal del consenso de las clases explotadas. Y éste se hallaba estrechamente vinculado a su capacidad para producir una redistribución efectiva de bienes y servicios en favor de las masas ciudadanizadas.

Según los teóricos neoconservadores, la sociedad burguesa se enfrenta entonces a un dilema de hierro: si continúan las tendencias actuales propias de la articulación keynesiana entre estado y sociedad civil, el desenlace sería un "capitalismo estatal" que a juicio de aquellos sería equivalente a un socialismo, sólo que revestido por un cascarón formal de tipo capitalista y cuya dirección ejercería sin contrapesos una casta burocrática estatal. Como esta alternativa les resulta poco atractiva, ellos se inclinan por una segunda: dado que la democratización del estado burgués socava aceleradamente a la sociedad capitalista es necesario desmovilizar a las masas, refrenar su impulso democrático, disciplinar sus demandas. La democracia aparece como el verdadero talón de Aquiles de la moderna sociedad burguesa: de ahí que los neoconservadores hayan planteado el "paradigma de la ingobernabilidad" de las democracias como la pieza angular de la nueva racionalidad histórica de la burguesía. Un 'exceso' de democracia, nos recuerda Huntington, produce un

⁵ Irving Kristol, *loc. cit.*, p. 141.

déficit de autoridad y una incapacidad de los gobiernos para hacer lo que deben hacer: gobernar. Se requiere pues fundar un nuevo proyecto hegemónico en el que las masas populares admitan mansamente no sólo su desmovilización sino también que contemplen indiferentes cómo se destruye una legislación social y se desmantelan las instituciones 'intervencionistas' establecidas, en buena parte, a raíz de sus triunfos y con el propósito de oponer resistencia al despotismo del capital.

La racionalidad neoconservadora desemboca entonces en una nueva teoría de la democracia, que es, paradójicamente, un manifiesto autoritario, una tentativa de otorgarle estatuto teórico a esas tendencias despóticas que un autor como Sheldon Wolin detecta en lo más profundo de la sociedad norteamericana. En efecto, en un penetrante análisis sobre la democracia norteamericana, éste concluye que el hecho político más significativo de los últimos tiempos ha sido la persistente transformación de los Estados Unidos en una sociedad antidemocrática. La gravedad de su diagnóstico merece una cita más extensa:

"Cada una de las instituciones primarias del país —la empresa, la burocracia gubernamental, el sindicato, las industrias de investigación y educación, la propaganda de masas y los medios masivos de entretenimiento, los sistemas de salud y bienestar— son antidemocráticas en espíritu, diseño y operación. Cada una es jerárquica en estructura, orientada hacia la autoridad, opuesta por principio a la participación igualitaria, irresponsable ante la ciudadanía, elitista y gerencial, y dispuesta a concentrar cada vez más poder en las manos de unos pocos y a reducir la vida política a simples cuestiones administrativas".⁶

Esta "involución autoritaria" no se verifica tan sólo en los Estados Unidos, pues los análisis de Wolin retienen su validez si son proyectados sobre el telón de fondo de los demás países del capitalismo avanzado. La legislación especial aprobada en Alemania entre 1967 y 1976, las reformas legales introducidas en Inglaterra e Italia desde 1974 y las nuevas disposiciones penales promulgadas en Francia desde principios de la década del setenta no son sino las expresiones más visibles y fenoménicas de la profunda mutación que está experimentando la naturaleza del estado en el capitalismo avanzado. Diversos autores concurren en esta apreciación que, por otra parte, constituye uno de los temas centra-

les en los últimos análisis de Nicos Poulantzas. Allí se sostiene que esta degeneración autoritaria del estado capitalista "representa la nueva forma 'democrática' de la república burguesa en la fase actual", y que no se trata por consiguiente, de una degradación coyuntural o de un desajuste temporal y por lo tanto "excepcional" y susceptible de retornar a la normalidad democrática.⁷

Esta nueva forma es designada por Poulantzas con el nombre de "estatismo autoritario", palabra que resume el "acaparamiento acentuado, por el Estado, del conjunto de las esferas de la vida económico-social articulado con la *decadencia* decisiva de las instituciones de la democracia política y con la restricción draconiana y multiforme de las llamadas libertades 'formales', cuya realidad se descubre ahora que se van, llevadas por la corriente."⁸

La moderna sociedad burguesa es pues compatible con la existencia de un estado "fuerte", intervencionista e invasor de la sociedad civil; pero también en el pasado el naciente capitalismo se conciliaba con el estado absolutista. Lo que si es inadmisible es un estado de este tipo sostenido por una activa y participatoria democracia política. Por ello no sorprende la decadencia de aquellas instituciones asociadas históricamente con la expansión de la democracia. Como oportunamente lo recuerda Wolin, los partidos políticos ya no organizan al electorado ni ligan a los candidatos electos a un programa partidario. Las elecciones se están convirtiendo en rituales desesperanzados de una ciudadanía incrédula y desconfiada, escéptica ante la clase dirigente, el gobierno y el congreso, y recelosa ante la danza de millones que se desencadena durante la campaña electoral. Los medios de comunicación de masas, lejos de estimular un debate serio sobre los temas aceleran la descomposición del proceso político al alentar, gracias a los imperativos del *rating* un nivel de discusión que ni siquiera es mediocre y que contribuye al embrutecimiento generalizado del electorado. Por último, la ciudad, cuna de la realidad y la teoría democráticas en Occidente, ha degenerado en los Estados Unidos más allá de lo

⁶ Sheldon Wolin, "Why Democracy?", en *Democracy*, (Nueva York, Volumen I, Número 1, Enero de 1981), p. 3.

⁷ Nicos Poulantzas, *Estado, poder y socialismo* (Madrid, Siglo XXI, 1979), p. 254 (subrayado en el original).

⁸ *Ibid.*, p. 247-8 (subrayado en el original).

imaginable.⁹ El resultado es un estado sin ciudadanos y sin estructuras políticas capaces de articular y organizar la expresión autónoma de la sociedad civil. Pero la teoría neoconservadora de la democracia hace de necesidad virtud y exhalta esta decadencia del proceso político en el estado capitalista a las alturas de un modelo ejemplar, digno de ser emulado. La democracia queda así reducida a un burdo fetiche, a una mueca desganada que de tanto en tanto realiza un electorado cada vez más apático y despolitizado.

VI

Los intelectuales neoconservadores han logrado así plasmar los elementos fundamentales de un proyecto hegemónico que cuenta con amplio respaldo en el gran capital norteamericano, y al mismo tiempo, han conseguido que una parte significativa de los cuadros dirigentes de la administración Reagan adhieran a su propuesta. Las consecuencias que se derivan de la adopción de un curso de acción como el que aquéllos aconsejan son muy claras; en el terreno doméstico, una intensificación de la lucha de clases desencadenada por las tentativas autoritarias y superexplotadoras de una burguesía que se siente acorralada por enemigos internos (la clase obrera, las minorías, los intelectuales radicalizados, etc.) y externos (las otras burguesías de los países capitalistas avanzados, los movimientos revolucionarios en los países del

tercer mundo, la expansión objetiva del socialismo, etc.). Es innecesario aquí abundar en detalles acerca del modo cómo la aplicación de las políticas concretas recomendadas por los teóricos neoconservadores habrá de ser resistida por las clases populares, aun cuando éstas no posean un proyecto histórico alternativo. Pero, dado que la racionalidad neoconservadora supone un ataque frontal tendiente a reducir el valor de la fuerza de trabajo, la respuesta de las organizaciones obreras, de las minorías, de las capas medias asalariadas será militante, aun dentro del clásico reformismo norteamericano. En el plano internacional la propuesta neoconservadora tiene consecuencias mucho más desastrosas; lleva al mundo al borde de una guerra nuclear al redefinir todas las situaciones nacionales en términos del enfrentamiento con la URSS. La obsesión con los problemas hobbesianos del orden y la gobernabilidad y la histeria anticomunista se conjugan para que la barbarie se reinstaure en el campo de las relaciones internacionales. Y en esta coyuntura, Centroamericana y el Caribe, la "tercera frontera norteamericana", se transforman en piezas claves y posibles escenarios de las tentativas despóticas del capital imperialista para detener la marcha de la historia. En esa región se librarán las primeras batallas y es por ello que la solidaridad con esos pueblos, que ahora contemplan el regocijo de sus tiranos en turno ante el advenimiento de Reagan a la Casa Blanca, es hoy más importante que nunca. Serán sus luchas las que, a la larga, demuestren en la práctica la inviabilidad histórica de las políticas inspiradas en la razón neoconservadora.

⁹ Wolin, *loc. cit.*, p. 4.

América Latina, tiempo y espacio

Lucien Mercier

En la tarde del 10 de mayo, cuando a la plaza de la Bastilla — ese escenario casi mítico de los grandes arrebatos del pueblo de París — convergía sin violencia una multitud feliz en medio de la cual los jóvenes, muy numerosos, alternaban el rock con la consigna de “Hemos triunfado”... cuando a mi lado la sombra anticuada del viejo Aragon vestido con gabán y sombrero Stetson de 1925 — transformado por un instante en Aureliano, ganaba furtivamente la entrada de una cervecería de moda... cuando con las lágrimas en los ojos los viejos obreros del suburbio de Saint-Antoine contemplaban a este joven Frente Popular que había recobrado por fin sus esperanzas; ¿cómo no habría yo de revivir los regocijos que otro continente anteriormente me brindara? Regocijos tales como el de la manifestación de los pueblos libres en Montevideo 1962, en oposición a la América de los Estados sometidos; el regocijo de los fuegos artificiales que el 1º de enero de 1971 festejaron en Valparaíso la victoria de Salvador Allende; el regocijo de la Plaza de Mayo de Buenos Aires en 1973, que en medio de un sordo tronar de los bombos venidos de las “villas miseria” aclamaba a Cámpora, a quien acompañaban Allende y Dor-
ticos.

Esta Bastilla eterna, a la cual es necesario abatir sin pausa, ¿no era acaso aquella prisión de Villa Devoto que en esa misma tarde de 1973 yo había visto coronada por las llamas de la libertad, cuando los presos políticos incendiaron sus jergones para recibir a la inmensa multitud

Para el Doctor Carlos Quijano, con afecto y respeto

que venía a abrirles las puertas? Todo aquello, allá lejos, tuvo un triste final, sin duda. Pero, ¿quién se atrevería a decirnos que esas “primaveras” se perdieron? Rehabilitando a aquél mayo del 68, este mayo de 1981 iba a buscar en un pasado próximo las primaveras sudamericanas cuyo grito

El pueblo unido
jamás será vencido *

resonaba sobre la plaza de la Bastilla en París. No se trataba de nostalgia, sino que era una promesa. Mitterrand invitó a las señoras de Allende y de Neruda, a Carlos Fuentes y a Gabriel García Márquez. Intercambió con Fidel Castro propósitos de amistad. Su esposa militaba a favor de El Salvador. Junto al presidente de la República, Régis Debray estaba encargado de una misión: desafío menor, pero desafío al fin, al mal humor del Departamento de Estado. Gobernada por los socialistas, Francia se convertiría nuevamente en ese campeón de los Derechos del Hombre que por desgracia había dejado de ser, y en que la Norteamérica de Carter no pudo, no supo o no quiso convertirse. La América Latina, la de los pueblos, la de una auténtica cultura era nuevamente un continente hermano.

El análisis socio-económico no se encuentra entre los temas para los cuales me siento capacitado. Invitado en 1960 por el semanario MARCHA para escribir en él sobre

* En español en el original

cine y literatura, pude ver en esa hospitalidad a decir verdad, poco común un gesto de amistad. ¿A quién estaba dirigida esta amistad? Yo no representaba a nadie, excepto quizás a millares de sueños franceses o de otros sueños en los cuales la América Latina desempeñaba un papel a veces extraño, pero jamás extranjero. La amistad no significaba nada si ella no se constituye también en un intercambio de sueños, es decir de deseos, de recuerdos y de imágenes. En lo que a mí respecta, que soy un francés atraído por la América Latina desde la infancia, me era necesario remplazar las imágenes falsas (o convencionales) por imágenes auténticas, me era necesario inventar nuevos recuerdos, desear una realidad. El indio con plumas de los mitos vulgares, el tango de los engominados, el gaucho y su "lazo" debían borrarse para permitir el nacimiento de una cosa distinta. Digo borrarse, no desaparecer, pues los gauchos existen: yo he conocido a algunos; y el tango se baila en Buenos Aires. Y si bien no andan vestidos con plumas, los indios trabajan en las minas de Bolivia y en otros lugares. No deben rechazarse estos mitos y estas fábulas con una sonrisa contrita y desdeñosa —tarea demasiado cómoda— sino descubrir la verdad, es decir su origen; remontarse a las fuentes, buscar sus raíces; descifrar la caricatura y sondear los lugares comunes, que siempre tienen un sentido, aún cuando no sea el que creemos.

Era así, a través de todas estas trivialidades e inexactitudes vastamente dispersas sobre ella, que la América Latina se me aparecía: se trataba no tanto de disipar las ideas preconcebidas, sino más bien de rectificarlas. La imagen de la América Latina al aproximarse se había transformado: bastaba, en suma, con "ponerla a punto". Cuestión de perspectiva. Detrás del tango, y otorgándole su verdadera naturaleza, aparecía la milonga. El folklore encontraba los colores de la tierra.

Ciertamente, este descubrimiento de la América Latina fue al mismo tiempo un descubrimiento de mí mismo, por cuanto la América real que surgía de las brumas de la América fantasmal no era menos, también ella, que *mi* América. Fueron otros los mitos que me inventé y que construí a partir de la realidad, en vez de pre-figurar lo real a partir de ellos. No importa: la América Latina convertida en presente, permanecía imaginaria.

Si digo esto, no es para darle más importancia de la que ella tiene dentro de mi aventura personal. Es simplemente para subrayar —a pro-

pósito de una experiencia que, por supuesto, es la mía propia — el aspecto subjetivo, o sea imaginario, que existe en toda apreciación individual o colectiva, y que puede ser aplicado a un mundo que no es el nuestro. Mayor es mi afán por "comprender" a este otro mundo, más mío lo siento, más lo asimilo a mis sueños.

El Tercer Mundo, ¿Acaso se ha analizado o interpretado suficientemente esta curiosa expresión? ¡Encontramos en ella, al igual que en el amor, el triángulo eterno! Entre mi persona y el "objeto" se interpone un "mediador", ya sea amigo o enemigo. René Girard demostró esto muy bien: Don Quijote, Emma Bovary, Julien Sorel ven el mundo, se consagran a objetos de deseo por referencia a un Modelo —un personaje ideal o un héroe de novela— que define la relación que ellos tienen con el Otro. El europeo ama a la América Latina de la misma manera como Emma Bovary ama a Rodolfo: a través de los recuerdos de novelas. En otro plano, para Europa, la América Latina es el tercer *Otro*: entre ambos está el yankee o el soviético, modelo admirado o adverso y la partida se juega como en *Huis clos* de Sartre: bajo una mirada indiscreta que no hace sino falsear el juego. Pero por otra parte, entre Europa y las potencias dominadoras está la América Latina, ese "tercer mundo" que hace oír su propia voz, la cual puede resonar muy lejos en la imaginación colectiva y puede modificar profundamente el canto de los hombres.

Los mitos son necesarios. Bien sabemos que André Breton recurría a ellos para inventar el mundo por venir. Los mitos creadores deben suceder a los mitos alienantes. Más que cualquier otra tierra, la América Latina estimula el juego de una compleja sed de imágenes, de figuras y de formas nacientes por cuanto ella no está encerrada en una Esencia. Lo que me ha resultado apasionante ha sido vivir en medio de los pueblos, dedicado como se dice, a la búsqueda de su identidad (al igual que he estado dedicado a buscar la mía propia). Se trata —si es que puede decirse así— de países, de continentes que tienen bastante identidad; y de otros que de alguna manera, carecen en cierta medida de ella. Este último caso no constituye un defecto, aún cuando constituya una carencia; o precisamente, por ser una carencia no es un defecto: la América Latina debe ser inventada, es un proyecto y no una fatalidad.

Ese continente casi no tiene un pasado propio ya que su pasado es en gran medida el pasado europeo. Su presente viene del norte, y sólo le queda el futuro: esa es su formidable libertad. Esta libertad que es la de ser todavía Otra, y por tanto de poder marchar al encuentro de sí misma.

De regreso en Francia, es de mi pasado que ahora me llega mi América. Así se organizan las imágenes: en el espacio y en el tiempo. Después de la América de las ilusiones y de la América del descubrimiento, viene la América del recuerdo y la nostalgia. Así se desplazan las figuras: movimientos de las "unas" y de las "otras". ¿Cuáles son las "unas"? ¿Cuáles son las "otras"? Daniel Viglietti tiene razón cuando canta:

No somos los extranjeros
los extranjeros son otros*

Y sin embargo, los juegos conjugados del tiempo y del espacio nos han convertido rápidamente en extranjeros. Después de haber sido extranjero "allá" ¿no seré en adelante, de alguna manera, extranjero en mi propio hogar? Hombre de regreso en su hogar, yo me codeo "aquí" con esos camaradas, los exiliados. ¿Dónde es que queda "aquí"? ¿Dónde queda "allá"?

Imagino pues siempre a la América Latina puesta a la búsqueda de sí misma en el tiempo pero también en el espacio porque de hecho, en esta etapa, el exilio es su reino: es la América Latina íntegra que se halla exiliada fuera de ella misma, que es ella misma otra parte. América Latina o Utopía (es decir ningún lugar). Pero por otro lado bien sabemos la fuente de porvenir, de esperanza, de creación y de acción que la palabra Utopía supone. Si en el sentido pleno y rico del término, la América Latina es un espacio imaginario, es bajo el triple signo de la lucha política, de la amistad, y de la literatura que sus inagotables fuentes de mitos irrigan la realidad. Y me resulta muy grato ver encarnadas en este continente en el dolor pero también en la esperanza a estos tres valores: la poesía, la revolución y el amor, a los cuales el surrealismo proclamó, a veces de manera un tanto teórica, como los únicos creadores de la luz.

Siempre resulta molesto soñar con algo que, para otros, es causa de desvelos o de sufrimientos. Sin embargo, en la medida en que estos sueños o estas ensoñaciones

no excluyan una solidaridad activa, puede ser útil el comunicarlos, tan modestamente como sea posible, pero contribuir a una especie de geo-mitología, término al cual podemos referirnos así como hablamos de geo-política. Es precisamente dentro de los tres siguientes registros

entre los cuales las interferencias son múltiples — que me parece que se juega la vocación latino-americana por el descubrimiento de lo nuevo. Tales registros son: las relaciones humanas, dominio en el cual me parece que la América Latina es particularmente inventiva gracias a su capacidad de acogimiento y de integración; la búsqueda política en sentido amplio, a la cual, a través de muchos errores, fracasos y desventuras ha consagrado y consagra aún desde los Jesuitas del Paraguay hasta Ernesto Guevara, pasando por Artigas o por Emiliano Zapata (por no citar más que unos pocos nombres) — un enorme fervor de imaginación: la literatura, por fin, a través de la cual, más allá de las modas y de las imitaciones, la América Latina manifiesta una creatividad, una fuerza explosiva, un genio poético (aquí también, los nombres a citar serían demasiado numerosos) tales, que las etiquetas de "modernismo", "barroquismo", "realismo fantástico" o "mágico" se quedarían cortas para definirla. Es en esos tres planos que me parece se manifiesta la vocación latinoamericana en procura de lo nuevo.

La América Latina es el propio El dorado de sí misma. Ella está llamada a conquistar su propio territorio físico y mental. Veamos sobre un mapa el dibujo de ese continente. Los dos espacios que delimitan sus contornos se hallan en relación inversa: hasta ahora el espacio interno ha estado atraído, absorbido por el espacio externo. Como dice Eduardo Galeano, "los países latinoamericanos continúan identificándose cada cual con su propio puerto" (1) Los puertos arrastran a la América Latina hacia el exterior, hacia otros puertos, de manera que el continente latinoamericano se fugó hacia Southampton, Lisboa, Vigo, Nueva York, Hamburgo, El Havre; allí donde el espacio pleno se muestra y detrás de las costas latinoamericanas no queda más que un espacio vacío, ausente de sí mismo, continente sumergido, abolido, la Atlántida reducida a su más pura expresión. Ahora bien, el movimiento propio de la América Latina, su impulso vital, es el de invertir el sentido de este movimiento, de regresar a ella misma, de emerger del vacío

* En español en el original

hacia el interior de sus contornos, de tener acceso a su propio ser.

En "La Religión de los Tupinamba", Alfred Métraux escribe: "Los indios de Sudamérica no han permanecido extraños a una especie de mesianismo donde pueden encontrarse las huellas que fueron dejando desde los primeros años de la conquista hasta nuestros días. Estos movimientos místicos tienen una gran importancia en el destino de las tribus donde aparecieron. Se caracterizan, ya sea por los accesos de entusiasmo colectivo provocados por las profecías de los grandes magos al anunciar una transformación radical de los destinos de la humanidad, o bien por la decisión unánime de una tribu, de partir en busca de la "tierra —donde— no —se— muere". Ahora bien, es curioso, esta "tierra sin muerte", todas las gentes competentes, dice Alfred Métraux, están de acuerdo en asegurar que "debe ser buscada hacia el este, más allá del mar". Extraño movimiento centrífugo que impulsaba a los hombres de América hacia ese "más allá", el mundo de sus conquistadores. Porque los europeos que iban al mismo tiempo hacia el oeste, desembarcaban y buscaban allí, en la América convertida en latina, la tierra sin muerte. Pero contrariamente a los del norte y a pesar de una incesante lucha, los sudamericanos no han logrado invertir aún el proceso de fuga hacia el exterior, que es la maldición que pesa sobre el Sur.

El historiador romano Cornelius Nepos nos dice que, durante su proconsulado en las Galias, Quintus Metellus Celer recibió en ofrenda por parte del rey de los Boetes algunos "indios" que, a causa de una tormenta, zozobraron en el litoral de Germania en el año 62. Vale Plinio y el geógrafo Pomponius Mella relatan también esta misma anécdota: primer contacto de la latinidad con el mundo de Ultra-Atlántico. Este concepto de "latinidad", y bastante incierto por lo demás permite en todo caso orientar la imaginación. En el momento en que Francia, retomando la tentativa fracasada de Portugal, asoma como indicadora de la vía hacia una democracia social "a la latina", cabe pensar que la América llamada "latina" podría no sólo sacar provecho propio de una orientación parecida, sino también contribuir a esta experiencia con una parte original.

En la Utopía —tomada en el sentido no peyorativo del término— que a mi juicio la América latina elabora en formas diversas, sugiriendo la imagen de una ciudad "ideal" o "futura" o simplemente virtual, creo ver que se perfilan tres temas, claramente perceptibles tanto a través de la literatura como de la geografía o de la historia y que son: el tema de la fundación, el tema de la fusión y el tema de la fecundación.

La fundación es, quizás, el tema "latino" por excelencia. Fundación de la "Urbs", de la Ciudad. Las grandes ciudades, fundadas todas en los años 1500, renuevan el gesto de Rómulo. La América Latina es el Renacimiento. Cuando los peregrinos y los pioneros de la América del Norte sueñan con levantar una nueva Sión, de lo que se trata más bien es de recrear el mundo antiguo. O lo que es igual, la nueva Edad de Oro. Esas numerosas repúblicas dentro de la república, esas ciudades libres en donde Espartaco sustituye a Rómulo, esos Canudos y esas La Cecilia se juntan con las ciudades fundadas en la literatura, la Macondo de García Márquez o en un registro diferente, la Santa-María de Juan Carlos Onetti. Cuando se erige la capital del futuro, ésta no se halla en los Estados Unidos sino en Brasil. Es que se trata de fundar, y no de fabricar ni de producir. La Ciudad es hija del sueño más que del cálculo. Sea real o imaginaria, ella reivindica un mito de la profundidad, es decir del arraigo. La ciudad se construirá preferentemente en plena Naturaleza; se quiere una nueva Naturaleza. Nacida de la tierra virgen y no de la industria, la Ciudad será también una sede de lo espontáneo y de lo auténtico. La Ciudad latinoamericana no es paternal sino maternal. Aquí más que en ninguna otra parte, la Nación se acuerda de su "raíz" semántica: nación = naturaleza. Esta búsqueda del nacimiento, del re-nacimiento está gravida de consecuencias. En un mundo donde el hombre se condena cada vez más a no ser otra cosa que el producto de sus productos, la América Latina nos puede enseñar (esto es también uno de los grandes temas de su literatura contemporánea) el retorno a los orígenes, la fresca lozanía del surgimiento, el bautismo permanente.

"Fusión" es un término que Sartre ha empleado para significar un movimiento de oposición a lo "práctico-inerte"; "fusión" evoca el crisol y el atañor del alquimista. Fundir y fundar pertenecen a la misma familia.

La fusión es al mismo tiempo el trabajo de la fragua y la obra de la comunión. En Sartre ("Crítica de la Razón Dialéctica"), el "grupo en fusión" es el grupo naciente, aquél que se aleja del anonimato de las relaciones humanas, de la pasividad social. La "fusión" es una "praxis" innovadora de la cual, Sartre pone como ejemplo los días de julio de 1789, que nos remontan a la Bastilla (a fin de ilustrar su propósito, citó también al mes de mayo del '68). Me parece que esta es una de las vocaciones de la América Latina. Su violenta historia siempre ha sido —para mejor o para peor— creadora de comunidad. La resistencia que en la gran ciudad moderna se opone a la masificación y a la angustia de la "muchedumbre solitaria" es un tema latinoamericano constante, incluso y más que nada cuando esa angustia se muestra abrumadora, tal como es el caso por ejemplo, del contexto argentino. En un plan diferente, la América Latina ofrece sin duda una imagen ejemplar de la mezcla de poblaciones diversas. Hoy en día cuando Europa, y especialmente Francia, se ha convertido en una América —en una tierra de inmigración, quiero decir— existe un gran interés por todo en lo que ella se inspira del modelo americano, quizás con el afán de mejorarlo. En fin, la América Latina es un interesante campo de experiencia respecto a los problemas del internacionalismo. Tiene que superar el carácter seriado, la yuxtaposición de las naciones para inventar la Patria grande que le permitirá —seguramente con mayor eficacia que un nacionalismo estrecho y abstracto— liberarse de los Imperialismos. Esto le significaría rencontrar la gran tradición latina de la federación. "Latino" como el tema de la fundación, el tema de la fusión se me aparece metaforizado a mis ojos por el llamado que hizo Rómulo, a fin de probar la nueva Ciudad, a los errantes y a los desterrados sin que importara su origen, y también por este acto femenino: la reconciliación entre los hombres de naciones rivales y hermanas, lograda por las Sabinas.

Latino y americano, es también el tema de la fecundación, asociada, natural y lógicamente, a los precedentes. Cuando imagino a la América Latina como fundadora de ciudad, como creadora de comunidad, lo que sucede es que creo en su capacidad particular para fundar y para crear algo *viviente*, no sólo para fabricar lo institucional. En efecto, es posible que no sea tan importante el crear, como el crear creatividad. Si ubico esta aptitud

bajo el signo de la latinidad, lo hago pensando en los diversos Renacimientos que inspiró el genio latino, a partir de Virgilio ("redeunt Saturnia regna..."). Ahora bien, la América Latina ilustra este tema bastante bien en razón de que, contrariamente a su gran vecino del Norte, ella no se presenta como "modelo" en la medida en que un "modelo" es un "molde" que encierra y que determina. Dicho de otro modo, reconocí en la América Latina a un ejemplo de la virtud del *desorden*. Opuesta tanto al imperio del Orden como al orden del Imperio, la América Latina sería en suma una latinidad opuesta a una Romanidad. Cuando algunas personas juzgaron acertado hablar de una "Suiza de América del Sur", a propósito del Uruguay, contrasentido absoluto (se ha visto después), se comprenderá que yo prefiera, a propósito de la América Latina, evocar a la Italia del Renacimiento y su esplendor. Tierra de artistas, de juristas, de condottieros. Una versión moderna de la latinidad, o una versión latina de la modernidad fue lo que me asombró cuando en San Pablo, en Montevideo o en Buenos Aires vi revivir a Tiberio Graco, a Catalina, a Séneca o a Marco Antonio. Por lo demás, no era cuestión de detenerse ante este pintoresco espejismo, porque el inmenso pueblo de cañeros, de mineros, de obreros textiles o de obreros de plantas automotrices nos recordaban —si es que hacía falta— que la lucha era algo muy distinto de una figura retórica. Está claro que cuando hablo de "desorden", me refiero, pues, a la fractura necesaria que hará añicos a la injusticia y que conducirá a esas masas hacia la mayoría política.

Cuando recuerdo a este continente (¿subcontinente?) y especialmente al Cono Sur, ese gran triángulo dibujado sobre el mapa, ciertamente no pienso como latino. Los temas de la "latinidad" puede haber servido, bastante arbitrariamente, como hitos para mi ensueño. Es América la que me importa, y el hecho de que ella sea "latina" es secundario. Sin embargo, no resulta indiferente que ella pueda así recordar, entre los grandes mitos creadores de realidad, a aquéllos que inspiraron nuestro origen y que guían aún nuestra cultura. Que no se vea ni la menor complacencia hacia las fantasías ridículas y ciertamente peligrosas de una cierta "nueva derecha", fantasías relacionadas con nuestras "tradiciones paganas" que se pretende oponer falazmente a nuestras otras fuentes. La América Latina es mucho más que latina, así como Europa es algo más que

"indo-europea". Asimismo, no es útil aplicar a la sociedad latinoamericana el esquema de las "tres funciones" tan caras a Georges Dumézil, aún cuando resulta sugestivo comprobar que José Artigas, por ejemplo, reunía precisamente esas tres cualidades de legislador —soldado— paisano: Júpiter, Marte, Quirino.

Roma definió el espacio del "mare nostrum". Nosotros nacimos en esas aguas madres. Quizás renaceremos de esta Terra Nostra a la cual tantos de nosotros nos sentimos próximos, por la esperanza y por la amistad. Frecuentemente releo, fascinado, estas frases de Chateaubriand que se hallan en su "Viaje por América": "Descartados por un momento los grandes principios del cristianismo... un espíritu filosófico había podido desear que los pueblos del Nuevo Mundo hubiesen tenido tiempo para desarrollarse fuera del círculo de nuestras instituciones... Una civilización de naturaleza distinta de la nuestra habría podido reproducir a los hombres de la antigüedad o hacer brotar luces desconocidas de una fuente aún ignorada. Quien sabe si nos-

otros no hubiésemos visto llegar un día a nuestras costas a un Colón americano viniendo a descubrir el viejo mundo".

Chateaubriand pensaba en la América del Norte. Yo pienso, más bien, en la América Latina, en la posibilidad que ella tiene de inventar el futuro preservándolo de los vicios de un desarrollo aberrante.

Ahora bien, ocurre que precisamente Francia, que vive un momento histórico, abre el camino a un socialismo fiel y original a la vez. ¿Qué manos más fraternales que las de los hombres y mujeres de América Latina podrían unirse a las nuestras para emprender este camino? Quizás por primera vez recontrándonos de un sólo golpe con Jaurés, con Cárdenas y con Allende escapamos a los grandes modelos dominadores y aplastantes. Por primera vez, la América Latina puede dejar de ser un "tercer mundo" para unirse al nuestro en su marcha, y con nosotros, en el espacio y en el tiempo, hacer surgir el Nuevo Mundo.

Junio 81

CUADERNOS POLITICOS

27



- Massimo Cacciari ► Poder, teoría y deseo ⊕ Tomás Amadeo Vasconi ►
La escuela: ¿microfísica del poder? ⊕ Olga Pellicer de Brody ►
La seguridad nacional en México ⊕ CIDAMO ► Economía y política en
Argentina ⊕ Agustín Cueva ► La nueva encrucijada del Ecuador
⊕ Marlene Dixon ► La izquierda norteamericana y la revolución en
América Latina ⊕ Vanilda Paiva ► Estado y educación en Brasil
⊕ María de la Luz Arriaga ► El magisterio en lucha ⊕ Héctor Manjarrez ►
La indiscreción de Elena Poniatowska

Ediciones Era
Avenida 102. México 13. D. F.
☎ 581-77-44

Agencia Guadalajara
Apartado 32-140
☎ 12 60 37/Guadalajara, Jal.

Atados al mástil

Eduardo Galeano

Calella, Barcelona, junio del 81.

Mi querido don Carlos:

Se viene el cumpleaños de los cuadernos de MARCHA y esto no es un artículo. Quiero sumarme a la fiesta con palabras que nunca le dije. Más bien se trata del reconocimiento de una deuda, que poco o nada importaría a los demás si fuera solamente personal; pero bien sé que no siento a solas las cosas que le voy a decir. Oportunidades no faltaron en estos veinte años largos, desde que empecé a trabajar a su lado, y sin embargo, si mal no recuerdo, jamás le dije: "Gracias". El estilo nacional, ha de ser. El estilo nacional que tanto bien y tanto mal nos hace. Los orientales no somos de decirnos elogios. Desconfiamos de los elogios. Me resulta raro escribir una carta así y la mano está incómoda aunque esté contenta.

Mucho anduve y conocí en estos veinte años. Perdí el pelo, pero no la fuerza ni las mañas; y creo que nunca he traicionado la dignidad del oficio de escribir: esa dignidad y ese sentido de la responsabilidad que usted nos enseñó a través de sus palabras y sus actos.

Infinitas veces he escuchado, de infinitas bocas, testimonios sobre la importancia de MARCHA como instrumento de transformación de la realidad nacional y latinoamericana a lo largo de sus andares y decires. Siempre he pensado que tan asombrosa influencia sobre sucesivas generaciones, en el paisito nuestro y en la patria grande, no hubiera sido posible si MARCHA hubiera escrito sus

verdades en el lenguaje tan habitual en nuestras publicaciones de izquierda, cuya monotonía delata y aquí está lo dramático del asunto: la falta de imaginación creadora de muchos de los proyectos políticos revolucionarios en América Latina. Desde las vísperas de la segunda guerra mundial hasta nuestros días, MARCHA no ha cesado de abrir espacios de fecundidad más allá de las consignas pensadas y recitadas a mimeógrafo.

Y lo ha hecho sin espectacularidades y sin dinero, desde el pago chico y la prensa chica, con esa austeridad que ha quedado simbolizada, para siempre, en la memoria entrañable de Julio Castro y su modo de ser y de opinar. Una de las certidumbres de felicidad que tengo es el recuerdo de nuestras salidas del taller, encastrados de tinta, aquellos jueves de noche, cuando terminaba nuestro trabajo y empezaba el trajinar de la rotativa arrancada del museo. Nunca cedió MARCHA ante la tentación comercial. Somos muchos los protagonistas y testigos de esa aventura imposible, ahora resucitada en México, y somos muchos los que sabemos que usted, don Carlos, pudo haber obtenido el oro y el moro y todo lo que quisiera con sólo callarse la boca o cerrarla un poquito.

Yo fui uno de los que criticamos su eclecticismo más de una vez, y creo que con razón, cuando a usted se le iba la mano en la generosidad y daba espacios de expresión a ciertos enemigos del país y del pueblo, que fuera de MARCHA lo tenían de sobra. Pero lo esencial ha sido, y sigue siendo, la lec-

ción de pluralidad democrática que MARCHA ha dado y sigue dando. No se puede predicar la libertad si no se empieza por practicarla. Siempre resonaron en MARCHA campanas diversas, y así el periodismo, que es una forma posible de literatura, pudo y puede reflejar las contradicciones que dan prueba de la vida en movimiento y pudo y puede contribuir al desarrollo de una alternativa socialista diferente y nuestra, que opere como forja de creadores y no como fábrica de funcionarios dogmáticos.

Yo era un niño, don Carlos, en los años del optimismo facilongo de aquel Uruguay que se sentía a salvo de todas las tormentas, vuelto de espaldas a su condición latinoamericana; y me imagino que habrán sonado fastidiosas para el conformismo general, sus implacables y reiteradas profecías de la crisis. Cuando la crisis llegó, y con furia llegaron los vientos de la verdad, MARCHA nos dió, a todos, claves decisivas para superar la perplejidad y actuar. Semana tras semana, sus páginas mostraban que el naufragio no era el fatal destino del país, aunque fuera el inevitable pero postergado destino de sus amos. Y más, y sobre todo: a través de su mensaje antimperialista, MARCHA nos mostró la lastimada imagen de nuestra verdadera identidad, que no es la de un banco

suizo sino la de una tierra latinoamericana deformada y desgarrada por sus enemigos de adentro y de afuera.

Supongo que todavía recordará, don Carlos, las frecuentes peleas o rabietas de cuando trabajábamos juntos y yo era un chiquilín insolente. Las recordará, supongo, con alguna sonrisa de indulgencia, porque al fin y al cabo usted es ahora un adolescente de ochenta años y sigue tan emperado y caprichoso y arbitrario como siempre: usted nunca tuvo el sol a la espalda, don Carlos, aunque le gustara decirlo, y nunca dejó de irradiar un mensaje de obstinada vida, vida contra viento y marea, por mucho que mencionara a la muerte, quizás para exorcizarla, en sus escritos. Nunca le importó perder, aunque tanto hablara de derrotas, y cada vez que cayó supo volver a levantarse. Y nunca estuvo solo, don Carlos, aunque tantas veces lo sintiera y lo creyera y lo dijera. Muy acompañado anduvo y anda en sus navegaciones, por miles y miles de marineros que usted ni conoce, que se han atado como usted al mástil y que de usted han aprendido, hemos aprendido, que navegar es necesario aunque vivir no lo sea.

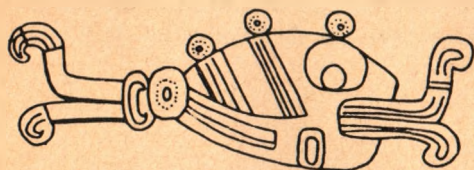
Lo abraza,

EDUARDO GALEANO

Poemas

Cristina Peri Rossi

Todos los poemas pertenecen al libro inédito:
"Europa después de la lluvia".



INFANCIA

Allá, en el principio,
todas las cosas estaban juntas,
infinitas en el número
y en la pequeñez.
Y mientras todo estaba junto
el dolor era imposible
la pequeñez, invisible.

Hay noches como esta
en que la parte más joven de mi cerebro

(ésa que sólo viene del Mesozoico)
entra en contradicción con la primera,

la que se remonta a la época de Neanderthal.

Entonces en mis palabras de amor
hay una oculta destrucción

te acaricio con incertidumbre

olvido quien soy
no sé quien eres

Mi casa es extraña
¿qué hay sobre la mesa?

Evito los espejos
No quiero mirarte

Soy un animal contradictorio
y ni siquiera en eso original.



EL BARCO DE HENO ('T Hooischip)



Fue una noche de abril.
Tomábamos café en el *Barco de heno*
frente al canal de antiguos pescadores
Las redes estaban tendidas quizás hacía muchos años
poetas y amantes pescaron en el Amstel
llegaron de lejos
con su carga de exilios y ambiciones
depositaron la maleta
el agua verde del Amstel se llenó de sueños
- *He visto este puente en otra parte*-
te dije, balbuceante
(la taberna marrón flotaba como las casas
ambulantes del Amstel)
-*No importa*-, me dijo Bert, el marinero
siempre se cree estar en otro lado
Ahora sabía que navegábamos en el *Barco de heno*
sin rumbo fijo
a la deriva en las aguas complacientes
venidos de lo antiguo
con algo de animales antediluvianos
que lentamente
aprenden a reptar.

VANIDAD

Vivimos entre plurales fatuos.
Y tú, pececito,
si pudieras hablar,
dirías acaso "mi pecera",
"¿hemos ascendido a la superficie?"



CIFRAS

En los monasterios medievales
algunos animales que adornan los frisos
o decoran las columnas, en apariencia,
constituyen, en verdad,
las notas de un código musical
olvidado por la fugaz memoria de los hombres.

Quienes contemplaban el águila o el perro
escuchaban, al mismo tiempo,
las notas de una melodía.

Igual que esas piedras
somos la cifra
de una larga historia
que algún investigador futuro
descifrá,
entre la admiración y el horror.

EUROPA

Espulgada de pájaros salvajes
(Ya no cruzarán en invierno los lagos blancos.)

Fenecidas todas las luciérnagas.
(Hijo mío: se parecían a esos puntos de luz
que ves en la montaña e indican el camino.)

Sin rocío.

Arrasados los peces de los mares.

Decrépitos los parques

Contaminadas las aguas y los canales

*¡Oh, inclina entonces tú también la frente
ante el mármol ruinoso de los antepasados!*



CONTEMPLACION

Miro fijamente al pez
que un instante antes
fijamente
me ha mirado



ah, estabas ahí,
pequeño espía



en tu memoria
como una caja



conservas recuerdos que yo he olvidado.
¿Cómo era aquel verde que se instaló brevísimo
en la pecera



lleno de luz



cómo era aquel movimiento de la onda?

Fluyes, fugitivo
dentro de tu cámara de agua:



Para mí no habrá alarma que suene
cuando el oxígeno se haya acabado.

Agenda Fiscal de Agosto 1981

I. IMPUESTO SOBRE LA RENTA.

A.- Sociedades Mercantiles.

Lunes 17.- Declaraciones provisionales. Último día para que las empresas que iniciaron su ejercicio fiscal el 1.º de abril de 1981, 1.º de diciembre y 1.º de septiembre de 1980, efectúen su primer, segundo o tercer pago provisional, respectivamente.

Lunes 31.- Declaración del ejercicio. Último día para que las empresas que cerraron su ejercicio fiscal el 31 de mayo de 1981, presenten esta declaración.

Anexar copia de la declaración del ejercicio del Impuesto al Valor Agregado.

B.- Impuesto sobre Ingresos por Salarios y en General por la Prestación de un Servicio Personal Subordinado e Impuesto sobre las Erogaciones por Remuneración al Trabajo Personal Prestado bajo la Dirección y Dependencia de un Patrón.

Lunes 17.- Declaración provisional. Último día para que los empleadores que no sean personas físicas, o morales con fines no lucrativos, enteren estos impuestos por los pagos efectuados a sus trabajadores durante el mes de julio.

II. IMPUESTO AL VALOR AGREGADO.

Jueves 20.- Declaración provisional.

Último día para presentar esta declaración por los actos o actividades realizados en el mes de julio.

Lunes 31.- Declaración del ejercicio. Último día para que los contribuyentes que cerraron su ejercicio fiscal el 31 de mayo de 1981, presenten esta declaración.

III. CONTRIBUYENTES MENORES.

Lunes 31.- Declaración bimestral. Último día para que los contribuyentes menores bajo el régimen de estimativa de ingresos y de valores (cuota fija), efectúen su cuarto pago bimestral, correspondiente al Impuesto al Valor Agregado, Impuesto sobre la Renta e Impuesto sobre las Erogaciones por Remuneración al Trabajo Personal Prestado bajo la Dirección y Dependencia de un Patrón.

IV. IMPUESTOS ESPECIALES.

A.- Impuesto Especial sobre Producción y Servicios.

Miércoles 5 y Jueves 20.- Declaraciones provisionales. Último día para presentar las declaraciones por las enajenaciones de gasolina realizadas en los periodos del 16 al 31 de julio y del 1.º al 15 de agosto respectivamente, en tanto el precio de la gasolina Nova en el Distrito Federal, incluyendo impuesto, no exceda de \$ 2.80; de lo contrario, las declaraciones serán semanales.

Jueves 20.- Declaración provisional. Último día para presentar esta declaración por los actos o actividades realizados en el mes de julio, excepto enajenación de gasolina.

Lunes 31.- Declaración del ejercicio. Último día para que presenten esta declaración, conjuntamente con la del Impuesto sobre la Renta, los contribuyentes que hayan cerrado su ejercicio fiscal el 31 de mayo, únicamente por los actos o actividades realizados entre el 1.º de enero de este año al cierre de su ejercicio.

B.- Impuesto sobre Automóviles Nuevos.

Jueves 20.- Declaración provisional. Último día para presentar esta declaración por las operaciones realizadas durante el mes de julio.

Lunes 31.- Declaración del ejercicio. Último día para que presenten esta declaración, conjuntamente con la del Impuesto sobre la Renta, los contribuyentes que cerraron su ejercicio fiscal el 31 de mayo.

* Los términos fueron computados considerando los días hábiles que marca la legislación laboral, de lunes a viernes, de manera que si alguna oficina receptora habilita o inhabilita días diferentes, deberán correrse los días de vencimiento según corresponda.

SERVICIOS DE ORIENTACION

Unidades de Asistencia al Contribuyente en las
Administraciones Fiscales Regionales.
Centro Nacional de Consulta
Izazaga 89 mezzanine, México 1, D.F.
Teléfonos: 585-18-22 y 585-62-88 con 50 Líneas
Del interior llame por cobrar.

Pagar impuestos nos beneficia a todos.

HACIENDA

Venía de Australia

Mario Benedetti

Lo conocí en el aeropuerto de ciudad de México, frente a los mostradores de Cubana de Aviación. Yo viajaba a la Habana con tres valijas y debía pagar mi exceso de equipaje. Entonces un señor, que me seguía en la cola, sugirió que, como el viajaba con una sola y pequeña maleta, registráramos juntos nuestros equipajes, que en total llegaban exactamente a los permitidos cuarenta kilos. Acepté, claro, agradeciéndole el favor, y el empleado de Cubana procedió a despachar las cuatro valijas. Pero he aquí que cuando mi espontáneo benefactor mostró su pasaporte, advertí con sorpresa que era un documento uruguayo. No oficial, ni diplomático, sino un pasaporte corriente. El sonrió: "¿Le extraña, verdad?" Admití que sí. "Ya se lo explicaré mientras tomamos un café."

Tomamos el café. El inquirió: "Usted es Benedetti ¿no?" "Claro, pero, ¿de donde me conoce? No recuerdo su cara". "Es lógico. Usted estaba en la tribuna y yo entre el público. Lo escuché muchas veces en actos callejeros durante la campaña electoral del 71. ¿Se acuerda del acto final del Frente Amplio, frente al legislativo y con la Diagonal Agraciada totalmente llena? Esa vez usted no habló, pero estaba en la tribuna. Seregni fue el único orador. Estuvo muy bien el general." Creo que me daba esos datos para inspirarme confianza, pero a esa altura yo no los necesitaba. Su rostro era de tipo honesto, sin dobleces.

Me dijo su nombre. Su apellido es otro, pero aquí lo llamaré Falco. De todos modos, el verdadero es tan uruguayo como ése. "Para empezar, quiero aclararle que desde hace unos cinco años vivo en Australia. Soy obrero. Plomero, o tanero, según los países.". ¿Y a qué viene a

Cuba?" "Como turista. Integro una excursión. Estuve ahorrando durante dos años para darme el gustazo de venir una semana a Cuba." "¿Y cómo se siente allá?" "En el aspecto económico, bien. Pero nada más. Por otra parte, vos sabés (¿puedo tutearte, verdad?), la emigración a Australia no fue precisamente política, sino más bien económica aunque no me digas que eso quiere decir que es indirectamente política. Y es cierto, pero por lo general los emigrados económicos no tienen conciencia de esa relación. En este sentido es un exilio bastante ingrato, muy distinto al de otros sitios. A veces hay un respiro, por ejemplo cuando vienen los Olimareños y la gente va a oírlos porque, a pesar de todo, los temas del terruño siguen conmoviéndola. Y no sólo los temas. También los nombres de árboles, de flores, de cerros, las figuras históricas, las calles, los pueblos, las referencias al cielo, a los atardeceres, a los ríos, a cualquier arroyito de mala muerte. Pero se van los Olima y volvemos todos a nuestra rutina, a nuestro aislamiento. Yo digo que en Australia somos el Archipiélago Oriental, porque en realidad constituímos una suma de islas, de islotes, de tipos o parejas o familias, todos aislados, en soledades más o menos confortables, pero que no dejan de ser soledades. Algunos mandan plata a las porciones de familia que quedaron en Uruguay, y eso da cierto sentido a sus vidas y a su trabajo" "¿Y no intentan por lo menos integrarse en el medio, hacerse de amigos australianos?" "Mirá, no es fácil. Ante todo está la barrera del idioma. Es claro que con el tiempo cualquiera acaba por aprender inglés, pero cuando se llega a ese punto uno ya se ha acostumbrado al aislamiento."

to, y es difícil cambiar la rutina. Además, la sociedad australiana, si bien necesita la mano de obra extranjera, no se abre así no más a los emigrantes. He entrado en muchos hogares australianos, pero solo como plomero. Y si la familia está reunida cuando paso con mi caja de herramientas, automáticamente, dejan de hablar". "¿Y por qué te interesaba tanto venir a Cuba?" "No sé exactamente. Es una de esas fascinaciones, parecida a las que uno tiene en la infancia o en la adolescencia. Vos dirás que un bpludo como yo no está en edad de fascinaciones. Pero es como un meteón ¿sabés? Mirá vos, te dije meteón y ahora me doy cuenta de que debe de hacer como cinco años que no pronuncio esa palabra. Allá no sólo se va perdiendo el vocabulario, sino que insensiblemente vamos incorporando al habla palabras inglesas. Bueno volviendo a Cuba. La verdad es que nos ilusionamos demasiado en Uruguay, allá por el 69, el 70, y ya un poco menos en el 71. Creímos que también en nuestro país era posible un cambio radical. Y no fue posible, al menos por un largo ahora. Entonces me entró una impaciencia por conocer un país, como Cuba, que sí pudo llevar a cabo su cambio, su transformación radical. Decime un poco, ¿vos creés que habría alguna posibilidad de que me quedara en Cuba? Trabajando, claro." "Esperá a ver como te sentís ahí. Pensá que por ejemplo te puede gustar la gente, podés estar de acuerdo con el sistema político, y sin embargo te puede aplastar el clima. Nada de cuatro estaciones sino un solo verano, con una temporada seca y otra lluviosa. A mí personalmente no me afecta, pero sé de otros rioplatenses que se sienten agobiados con tanto calor y tanta humedad. De todos modos, siete días son poco tiempo para las necesarias gestiones. Tené en cuenta que justo en el medio hay un fin de semana." "Sí, claro, ¿pero los cubanos ven con buenos ojos la incorporación de extranjeros?" "Vos allí no serías extranjero. Sos latinoamericano ¿no? El problema es más complejo. ¿Te imaginás por un momento qué pasaría si Cuba (que ahora ha abierto sus puertas para que se vaya todo el que no esté conforme) abriera esas mismas puertas para que viniera a radicarse todo el que quisiera? ¿Las colas que se formarían en Montevideo, Buenos Aires, Santiago, La Paz, Puerto Príncipe! Además, sigue habiendo serios problemas de vivienda." "¿Pero vos creés que podría intentarlo?" "Por supuesto, intentalo. Nada se pierde."

Esa voz, suave y anónima, que en todos los aeropuertos del mundo convoca para el embar-

que y que siempre parece la misma, nos recordó que debíamos arrimarnos a la puerta ocho. Durante el vuelo seguimos conversando y cuando la azafata (en Cubana de Aviación se llaman aeromozas) nos dejó el correspondiente refrigerio, Falco comentó: "Qué increíble. Estas no son muñecas, como las de otras compañías de aviación. Son mujeres ¿viste?"

Lo perdí en el aeropuerto José Martí, después de haber recogido nuestras cuatro valijas (una suya, tres mías). El tuvo que incorporarse al resto de la excursión, y yo me reuní con varios amigos que habían ido a esperarme.

Dos días después tuvo lugar la marcha frente a la Oficina de Intereses norteamericana. Ya había concluido la invasión de los diez mil en la embajada peruana. Ahora el tema era otro: el anuncio de maniobras navales en la base de Guantánamo y las diarias amenazas de Carter.

También yo desfilé por el Malecón, con mis compañeros de la Casa de las Américas. En mis varios años de residencia en Cuba, jamás había asistido a un acto de masas tan impresionante. Estábamos esperando, a la altura de la Rampa, que el desfile se iniciara, cuando de pronto vi a Falco, apenas a unos diez metros de distancia.

La muchedumbre era compacta, así que era difícil avanzar. De modo que le grité: "¡Falco! ¡Falco!" Desde el comienzo escuchó mi grito, pero indudablemente no podía creer que a las cuarenta y ocho horas de haber llegado a La Habana, alguien lo reconociera y lo llamara. Pero así es el azar. Yo era seguramente la única persona en Cuba que podía reconocerlo, y allí estaba, a pocos pasos.

Por fin me vió solo entonces puso cara de asombro y levantó alegremente sus largos brazos. Trancurrieron diez minutos antes de que pudieramos aproximarnos. Me abrazó. "¡Que cosa bárbara, ché! ¡Un millón de gente y vos que me encontrás!" Estaba eufórico. "Esto es tonificante. No te trae el recuerdo del acto final del Frente?" "Bueno, aquí somos más." "Por supuesto. Pero yo me refiero al fervor, a la alegría."

Por fin empezamos a desfilar, primero lentamente, luego un poco más rápido. De pronto sentí que me daba un codazo de complicidad. "¿Sabés que hoy di el primer paso?" "¿Que primer paso?" "Para quedarme aquí." "Ah." "Fui a la oficina que me indicaron y era justo donde había una cantidad de esa gente que quiere irse. Cuando llegué a la puerta de vidrio, en ese preciso instante la cerraron. Enton-

ces empecé a hacerle señas al empleado que había cerrado la puerta. Y él a hacerme señas que no. Y yo a insistirle que me escuchara un momentito. Entonces se me ocurrió algo. En el bolsillo tenía un papel. Escribí la palabra *compañero* y puse luego el papel contra el vidrio. Quizá la picó la curiosidad, porque abrió la puerta unos cinco centímetros, lo suficiente para escucharnos mutuamente. 'Hoy no se atienden más solicitudes de salida ¿entiende?' 'Ya sé, pero es que yo no vengo a eso'. '¿Y a que viene entonces?' 'Estoy con una excursión. Turistas. Y yo quiero quedarme'. '¿Que quiere que?' 'Que-dar-me'. El muchacho (porque era un muchacho) no podía creerlo. Entonces abrió un poco más la puerta, para que yo pudiera entrar, provocando con ello las explicables protestas de los candidatos a exilados en Miami. '¿Dijo que usted quiere quedarse?' 'Sí, eso dije'. El muchacho me miró, como caeteándose en

profundidad. Después tomo una libreta, le arrancó una hoja, escribió el nombre y me lo dió. 'Mira chico, ven mañana, pero que sea bien temprano, y pregunta por este compañero. El te va a atender. Y buena suerte.' Así que mañana voy. ¿Que te parece? O como dicen aquí: ¿qué tú opinas?" "Ya veo que te adaptás mejor a los modismos cubanos que a los australianos."

La marcha aceleró su ritmo. De a poco nos fuimos separando y por un rato lo perdí de vista. Estábamos pasando exactamente frente al edificio de la Oficina de Intereses norteamericana (no se veía a nadie en las ventanas) cuando volví a verlo, ahora un poco más atrás. Con voz estentórea y crudo acento montevideano, hacía vibrar una de las consignas que aquella jocunda multitud coreaba: "¡Pin, pon, fuera, abajo la gusanera!".

textual

REVISTA DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

NUMERO 5-6

OCTUBRE 1980 - MARZO 1981

- ENSAYO SOBRE EL VALOR Y LA RENTA DE LA TIERRA. (Alberto Flores).
- LA MODERNIZACION DE LA ECONOMIA CAMPESINA. (Mario Rechy).
- LAS TRANSNACIONALES EN LA INDUSTRIA ALIMENTARIA. (Manuel Angel Gómez).
- EL IMPACTO DE LOS MOVIMIENTOS CAMPESINOS EN LA TRANSFORMACION DE LAS COMUNIDADES. (Beatriz Canabal).
- TECNOLOGIA TRADICIONAL Y DESARROLLO RURAL. (Gerardo Gómez Gonzalez).
- MULTINACIONALES Y EDUCACION AGROPECUARIA. (Francisco Gomezjara y Nicolás Pérez Ramírez).

Análisis

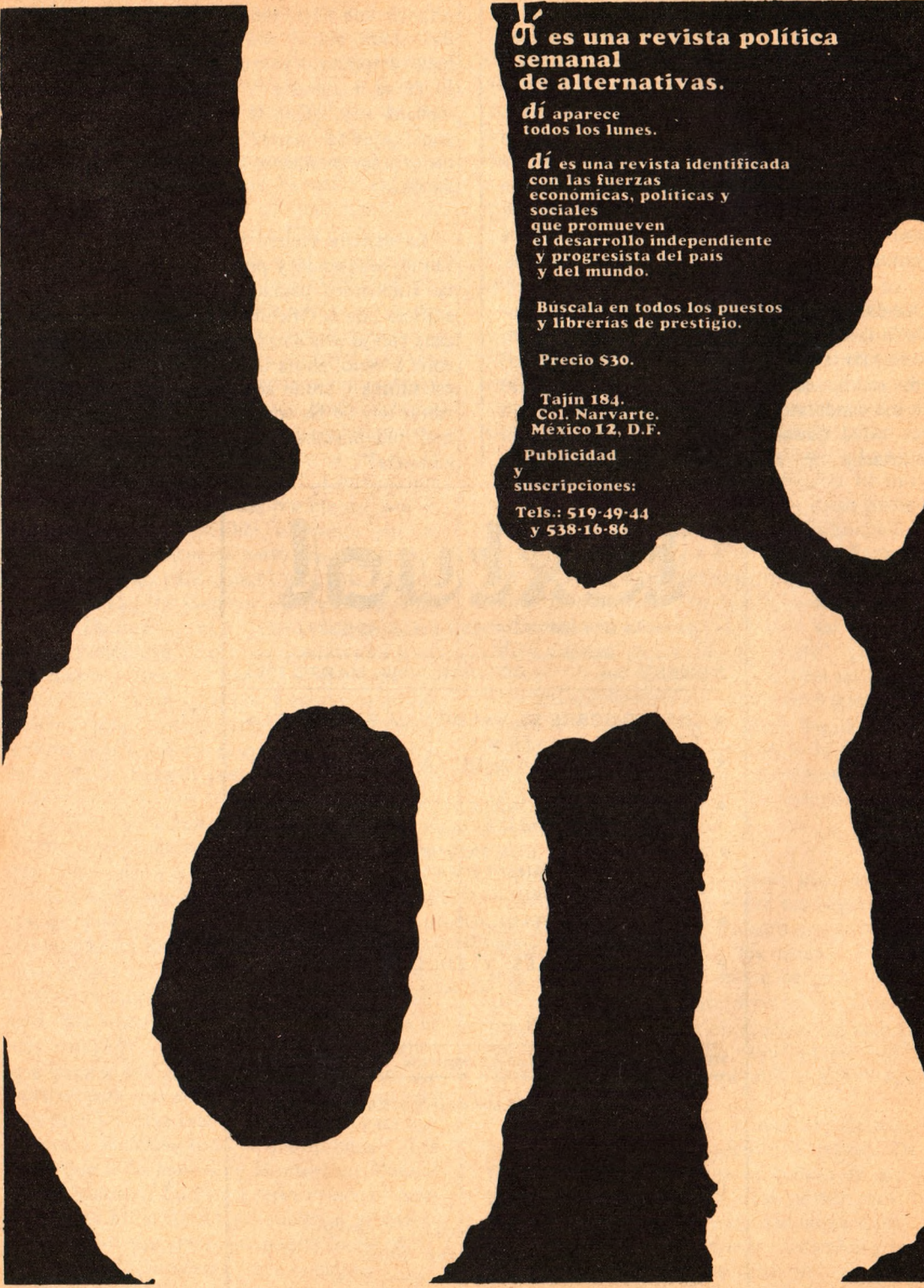
Educación Agrícola

Cultura

Suscripción: (4 números) \$ 175.00

Correspondencia a:

UNIVERSIDAD AUTONOMA CHAPINGO
Dirección de Difusión Cultural
Apartado postal 65, Chapingo, Méx.



di es una revista política
semanal
de alternativas.

di aparece
todos los lunes.

di es una revista identificada
con las fuerzas
económicas, políticas y
sociales
que promueven
el desarrollo independiente
y progresista del país
y del mundo.

Búscala en todos los puestos
y librerías de prestigio.

Precio \$30.

Tajín 184.
Col. Narvarte.
México 12, D.F.

Publicidad
y
suscripciones:

Tels.: 519-49-44
y 538-16-86

Mariano Azuela: ambición y fracaso de las clases medias

Angel Rama

Constituirse en un "narrador parcial y apasionado" implica afirmar que tras el autor hay un ciudadano que está enjuiciando la realidad circundante con base en una moral, una filosofía, una doctrina política. A partir de *Andrés Pérez, maderista* la tendencia crítica de la narrativa de Azuela —ya presente en sus primeras obras naturalistas— se agudiza, transformándose su obra en un análisis partidista de la sociedad de su tiempo.

Si bien los "caciques" y la élite política del huertismo son objeto de una severa denuncia que, debido al régimen sarcástico de la requisitoria adopta frecuentemente formas caricaturescas y si bien las demasías de las masas campesinas y sus caudillos serán motivo de tesonera censura, los sectores más acremente enjuiciados son los más cercanos y mejor conocidos por el escritor, aquellos de su misma extracción pequeño burguesa. Se trata de los exponentes de la baja clase media pueblerina (a los que dedica una buena parte de su novela *Los caciques*), los representantes de la alta clase media pueblerina vinculada al huertismo primero y al carrancismo después (cuyas vicisitudes son pintadas en *Las tribulaciones de una familia decente*), los funcionarios estatales cuyas extracción social y cosmovisión también los sitúan en la clase media (que pretextan el desenfreno de una novela, *Las moscas*, que puede emparentarse con algunas formas pre-expresionistas) y en particular los intelectuales para los que reserva las invectivas mayores y de los que trata en todas las novelas del período que examinamos, desde *Andrés Pérez, maderista*, que en los hechos está consagrada totalmente a ellos, hasta *Los de abajo*, donde reserva una principalía al intelectual

que se integra a la lucha armada campesina: el curro Cervantes.

De todos estos sectores, ninguno le causa reacción más apasionada que el de los intelectuales. Cuando se refiere a ellos pasa bruscamente al libelo, acumula sin mesura las injurias hasta excederse en el efecto buscado rompiendo así con los andadores narrativos que orientaban la obra. El apasionamiento postula la cancelación de los órdenes literarios adoptados, dando paso al panfleto insultante.

Esta virulencia tiene que ver con la división que se había producido entre los intelectuales del país al organizarse las tres fuerzas que en la inminencia de 1910 aspiran al poder: el porfirismo reeleccionista, el reyismo que se presenta como alternativa y a la vez como continuación y el maderismo disidente. Vasconcelos estima así la distribución de los intelectuales entre esas tres corrientes político-ideológicas: "Con los reyesistas se afiliaron casi todos los intelectuales de nota y jóvenes que se iniciaban en la política, pero más o menos contaminados por los favores del régimen. Jesús Urueta, Luis Cabrera, Zubaran, futuros ministros de Carranza, fueron reyesistas y contemplaban la actividad de Madero como la aventura de un loco. Los que seguíamos a Madero éramos desconocidos como las multitudes que iba levantando a su paso. La inteligencia culta, lenta para decidirse, seguía con el viejo régimen, ya con el disfraz reyesista ya con el científico o limanturista. Nuestra generación escolar se había dividido. Los más brillantes, José María Lozano, Nemesio García Naranjo, se subordinaron a Pineda y los científicos. El gru-

po del Ateneo se mantenía ajeno a la política, pero su mayor parte simpatizaba con el maderismo".²⁵ Este balance puede aproximarse a la conclusión a que llega Jesús Silva Herzog, confirmando una interpretación de Federico González Garza: "Efectivamente, puede afirmarse que en los años de 1910 y 1911, la inmensa mayoría de los intelectuales mexicanos estaban de alguna forma ligados al régimen porfirista. Los pocos de auténtica valía y que estuvieron con la Revolución desde sus comienzos, tal vez no pasaban de algo más de una docena".²⁶

En la primera década del siglo se vivía en México un proceso de crisis acelerada, provocada por la falta de adecuación de la estructura política dominante a la ordenación socio-económica real del país. Es habitual que en tales procesos, el resquebrajamiento de los valores establecidos genere, antes que otra cosa, un estado de confusión generalizada; se destruye la aparente homogeneidad reinante, se exagera el fragmentarismo de las distintas tendencias y obligadamente se produce una revitalización de la vida intelectual ya que a este plano se traslada la intensa polémica social, para su dilucidación e interpretación. La necesidad de comprender la nueva situación y por ende de asumir doctrinas urgentemente reclamadas por la imprevista confusión e inseguridad que se vive, da lugar entonces a una demanda intensificada de productos intelectuales.

Es oportuna la evocación que del período hace Alfredo Maillefert en sus recuerdos: "El primer fenómeno que ocurrió entonces —dice— es la importancia que de un momento a otro tomaron los periódicos. Nosotros no leíamos periódicos —sino los *ilustrados* de los domingos—, pero entonces comenzamos a leer los diarios. Nosotros —y este plural envuelve ahora no sólo ya a mi persona, sino a mi ambiente todo— no hablábamos de política, y entonces comenzamos a interesarnos en ella. Se hablaba de política en toda la ciudad".²⁷

Conviene recordar que fue un libro el que abrió la polémica: el estudio de Madero sobre la sucesión presidencial. Buen índice del reclamo de planteos intelectuales esclarecedores que ha-

cía la hora. Era lógico que esa polémica se desarrollara luego en los únicos instrumentos de intercambio intelectual que existían entonces: los periódicos. En ellos escribían no sólo los *reporteros* —recientemente aparecidos como exigencia del nuevo instrumento de comunicación que iba forjando sus cuadros de trabajo— sino los escritores y poetas del modernismo que, desde el ejemplo paradigmático de Gutiérrez Nájera, habían encontrado en el periodismo sustento económico y posibilidades de acción intelectual que le estaban vedadas en otros campos. Pero esos periódicos, por su peculiar estructura económica que los hacía dependientes de los intereses que se movían en torno al gobierno, se alistaron en un porfirismo que deviene beligerante y coaccionaron a sus cuadros intelectuales para que se encargaran de la violenta campaña antimaderista que no había de reparar en insultos y calumnias. El enfeudamiento de los intelectuales a los intereses del régimen y en especial de las clases altas quedó así patentizado. Si no había sido tan notorio hasta el momento se debía, como en esta crisis se reconoció, a que la anterior seguridad del régimen no los necesitaba para una lucha frontal. Pero no bien se produjo la ruptura de la paz porfiriana, revelándose que ella no representaba, como pretendía, los intereses globales de la nación, los intelectuales pasaron a mostrarse como la parte servicial y frecuentemente venal del régimen, comisionados por su especialidad para recubrir los propósitos políticos y económicos tanto del porfirismo como del huertismo, con justificaciones teóricas o con cantos de alabanza, en una típica tarea de ideologización.

En los hechos quien torna evidente esta situación de dependencia y fuerza a los intelectuales porfiristas a que, por fatal deslizamiento, lleguen a extremos de abdicación mental y es el pequeño sector intelectual del maderismo. Su sola existencia, su actitud resistente, su militancia crítica, desenmascara la pretendida unanimidad nacional y la pretendida apoliticidad de los intelectuales oficiales (o de los integrantes de la oposición de Su Majestad que forman el reyismo), mostrando que están al servicio de un determinado sector social que, para mayor certificación de su poder, los financia.

Entra así en quiebra la característica actitud del intelectual de la época modernista quien, habiendo aceptado la división científica del trabajo que acarrearba el positivismo, se había recluido en su zona de exclusiva dedicación literaria, rehusando los cometidos patrióticos, mora-

²⁵ José Vasconcelos. *Ulises criollo*, cap. "El nuevo embajador", p. 400.

²⁶ Jesús Silva Herzog. *Breve historia de la revolución mexicana*, t. I, pp. 187-8.

²⁷ Alfredo Maillefert. *Los libros que leí*, México, Universidad Nacional de México, 1942, p. 110.

les, sociales, que su antecesor romántico entendía como específicos de la función poética. La actitud de prescindencia, con la cual el poeta modernista conseguía cohonestar su conciencia moral y la exigencia de dedicación artística superior que le planteaba la época, y que había sido aceptada mayoritariamente por su tiempo, es ahora motivo de vilipendio. En *Las moscas*, Mariano Azuela utiliza un texto de Díaz Mirón, quien en esos momentos había adherido al huertismo, para desnudar sarcásticamente una prescindencia que entiende, en verdad, falsa. "Hay plumajes que cruzan el pantano y no se manchan. . . Mi plumaje es de esos" decía Díaz Mirón, definiendo no sólo la calidad intocable del poeta sino también, más hipócritamente, la posibilidad de convivir con el pantano de la realidad sin quedar contaminado. Puesto en boca de la Matilde de la novela, dispuesta a cualquier abyección para sobrevivir en tiempos revueltos, el texto adquiere un marcado matiz sarcástico.²⁸

En la misma novela, Neftalí le sirve a Azuela para denunciar el "escapismo" del intelectual modernista. Para ridiculizarlo coloca al joven "nefelibata" en una agobiada dependencia de la realidad que transforma sus tendencias a lo sublime en gestos vanos y grotescos: "Neftalí, que en estado de agotamiento se ha hecho tres dobles al pie de la barraca y contempla inconsolable la desolación de us botines, esboza un gesto que significa: "¡Señor director, bien sabe usted que vivo encerrado en mi torre de marfil, que mi espíritu vuela por las cumbres de las nieves eternas de la serenidad y que es ajeno a todas estas miserias que llaman revolución!"²⁹ Y en *Las tribulaciones de una familia decente* el mismo tema se centra en el poeta Francisco José, presunto autor de libros titulados "Agonías de mármol" o "Elogio de la serenidad", donde no sólo se hace la caricatura del prototipo de lírico modernista que a partir de 1910 se transforma en un mero sobreviviente, sino también de los "colonialistas" que, aparecidos en plena época de convulsión,

prolongan con su actitud arcaizante —reconstructores de una sociedad extinta— algunos rasgos de la posición prescindente de los modernistas.

La técnica crítica de Azuela es muy simple y se basa en el uso del contraste brusco. En el capítulo VI, "Al otro día de nuestro arribo", Francisco José acaba de recitar "con voz cortada por la emoción y con los ojos húmedos" su poema "Busco ya las alturas de la serenidad" cuando irrumpe Archibaldo diciendo: "Están llegando los federales en desbandada. Han sufrido tremendas derrotas en Zacatecas y en Guadalajara"³⁰, con lo cual no sólo se burla del esteticismo, sino que se establece su secreta vinculación con un orden social rígidamente establecido, el que corresponde a esos federales que ahora están derrotados. De la exasperación que en Azuela provoca este tipo de intelectual, ser humano que a Dante sólo merecía el dictamen "guarda e passa", dan testimonio algunos exabruptos como éste: "Francisco José, cuyo temperamento estético repugna a toda manifestación de violencia, se refugió en el water-closet".³¹

Azuela, aunque perteneciendo a una generación anterior, está marcando y adelantándose a la nueva orientación que singularizará a los escritores del 10 y que se encontrará mejor representada en Vasconcelos que en Luis Martín Guzmán, aunque sirve de denominador común a la generación del Ateneo de la Juventud, más allá de sus diversos matices políticos: inserción en la realidad social de su tiempo, vinculación estrecha con los intereses de la nacionalidad, voluntarismo espiritualista, responsabilidad educativa frente a un grupo social emergente, el de los sectores medios.

Por lo mismo es a él a quien corresponde el primer esfuerzo coherente para volver a conceder dignidad a la profesión de escritor en el México del siglo XX, tarea que sólo puede intentar en esa peculiar circunstancia histórico-cultural que vive a través de una drástica militancia. Lo consigue adaptándose de modo inconsciente a una de las direcciones del esquema que diseñara Karl Mannheim respecto a las posiciones de los intelectuales en la época de la interpretación sociológica del mundo que se abre a mediados

²⁸ Más francamente dice Azuela en *Las tribulaciones de una familia decente*: "Victoriano Huerta es de la escuela del pelado, por más que el eminente poeta Díaz Mirón haya dicho, cuando visitó las oficinas de *El Imparcial* el troglodita asesino de Madero: 'El general Huerta visitó ayer nuestra redacción, dejando a su paso un perfume de gloria'." (*Obras Completas*, t. I, p. 509).

²⁹ *Las moscas*, *Obras Completas*, t. II, p. 914.

³⁰ *Las tribulaciones. . . Obras Completas*, t. I, p. 564.

³¹ *Idem*. 461.

del XIX³² o sea tratando de insertarse en un grupo social, buscando hacerse uno con él para poder así expresarlo, darle voz y sentido a sus intereses tanto en el plano de la racionalización intelectual (ideologías) como en el de la sensibilidad artística (obras literarias), y de este modo conquistar él una situación estable y justificada dentro de la general inestabilidad e injustificación de una época convulsa.

Ya dijimos que Azuela expresa el orbe de la pequeña clase media que había encontrado su jefe en Madero; traduce su visión del mundo y por ende sus intereses, en cuanto integra por sus orígenes y formación esa clase, pero eso no hubiera bastado para hacerlo su cabal intérprete. Era necesario el descubrimiento de su mancomunidad con los demás hombres de su estrato social a través de una conciencia lúcida de esa integración. Habida cuenta de la situación combatiente en que ese sector se encuentra, él se transforma también en un combatiente (un "narrador parcial y apasionado") y es por el sesgo de una acción beligerante que se encuentra con su clase y la asume polémicamente. La hace suya en cuanto comunidad de intereses en lucha con un enemigo, por la existencia misma del enemigo que lo aglutina en una zona de la sociedad con otros hombres afines.

Dado el campo específico de su actividad, su combate se inicia contra los intelectuales del porfiriato, particularmente los que cumplían una tarea pública notoria en la prensa. Cuando a ellos se opone, quizás Azuela no percibe en qué alta medida también él pasa a ser un intelectual en servicio, cosa que lo será hasta la derrota de 1915 que todavía se prolonga psicológicamente algunos años, aunque su servidumbre tendrá las notas contradictorias de la especial situación del sector social al que pertenece, en esos años. El uso militante de la literatura y la transposición de balas en palabras puede comprobarse fácilmente, si él no lo hubiera afirmado programáticamente, en algunos textos de sus novelas consagradas a los intelectuales: "Te creí uno de los tantos literatoides de tu México, piara de ilotas de la pluma hinchados de ruindad, eunucos llorones de la paz, incapaces de dar ni una gota de sangre por el hermano, ni por la patria, ni por su propia especie; mandrias que se pasan la vida incensando eternamente al que les llena la tripa y se quedan sa-

tisfechos con que su nombre figure como una cifra más entre los siervos miserables y corrompidos, buenos apenas para cantar a las mesalinas de sus amos"³³. Más allá del concepto de servidumbre intelectual, Azuela ataca las concepciones positivistas oponiéndoles la generosidad idealista que los sectores medios ofrecen como nueva filosofía al abrirse el siglo; tal idealismo responde a la reinstauración del criterio de sacrificio social colectivo que los sectores medios generan como arma de lucha, ya que ese sacrificio de tipo nacional y patriótico está destinado a quebrar el puro subjetivismo egoísta (económico y filosófico) sobre el cual funda su poder la clase burguesa alta. Por la vanalidad y por la defecación de la causa nacional, ambas formas de subjetivismo egoísta, Azuela asocia el intelectual-periodista con el escritor: "¡Escritor! No cabe duda: los hombres de pluma somos unos tipos insoportablemente simpáticos. Juro por Dios vivo no haber tropezado en mi vida con un ejemplar de esta fauna sin sentir el deseo más sano y santo de verlo reventando como un sapo"³⁴.

El lazo que vincula al periodista y al escritor con el poder, transformando a uno y a otro en portavoces de una clase, se le hace ahora evidente a Azuela. Su ataque se fundará en razones morales, combatiendo el principio mismo de la "servidumbre" del intelectual, con lo cual va definiendo su concepción del mismo. En un pasaje de *Los caciques*, el intelectual se emparenta con el político y ambos son definidos como servidores de la clase alta: "Hay que leer esta prensa de oposición de hoy para conocer en cueros a los intelectuales y políticos, trasuntos fieles de las clases cultas y acomodadas. ¡Qué asco de gente! huelen a fango, porque en él nacieron, lo respiran, se nutren de él y en él procrean. Ora en los periódicos, ora en la tribuna, antojan sapos escapados de sus charcas levantando sus cabezas repugnantes y sus ojos míopes a un sol que los ciega"³⁵.

Otro pasaje de la misma novela establece un curioso cotejo entre dos tipos sociales, el intelectual y el proletario, asociados por su calidad de serviles. El pasaje permite medir la distancia en que Azuela se coloca del último al que objetiva en un nivel inferior de la escala, pero a la

³² Karl Mannheim. *Ensayos de sociología de la cultura*. Madrid, Aguilar, 1957.

³³ Andrés Pérez, *maderista*. *Obras Completas*, t. II, pp. 786-7.

³⁴ Idem, p. 780.

³⁵ *Los caciques*, *Obras Completas*, t. II, p. 836.

vez apunta confusamente a una oposición que en éste período histórico sólo avizoró Flores Magón. Dice: "la vergüenza más ignominiosa que la revolución de 1910 ha desnudado es una intelectualidad abyecta que arrastra su panza por el cieno, lamiendo eternamente las botas de el que ocupa un lugar alto. Sabemos que hay dos clases de siervos en México: los proletarios y los intelectuales; pero mientras los proletarios derraman su sangre a torrentes para dejar de ser siervos, los intelectuales empapan la prensa con su baba asquerosa de rufianes; que los pobres ignorantes arrancan nuestro grito de admiración, mientras que los sabios nos hacen llevar el pañuelo a la nariz..."³⁶. Que éstas palabras estén puestas en boca de Rodríguez, quien representa el ideario azueliano con una desviación —que el autor entiende como debilidad de irrealdad— hacia el socialismo utópico define la distancia con que Azuela considera a esos otros siervos, que son los proletarios. No se le ocurriría, como se propusieron los intelectuales pequeñoburgueses ante la aparición de la poderosa conciencia de clase proletaria, transformarse en su siervo, visto que ese es otro sector al que pertenece, pero tampoco de esa clase media está dispuesto a constituirse en servidor, y aún renegaría éticamente del concepto, no porque integralmente deje de ser uno de sus exponentes, sino por el notorio fracaso de sus miembros para enfrentar la dictadura huertista y dar sentido propio al movimiento revolucionario, que lleva al novelista a una situación de aislamiento y a un ejercicio de crítica.

El fracaso de estos nuevos sectores sociales en el campo de la política y en el de las armas, fue demasiado visible para que Azuela lo descuidara, máxime cuando fue testigo cercano de sus indecisiones y debilidades. Su literatura de la época abunda en referencias críticas al problema, sobre todo en su novela *Los caciques*, y transcurridos veinte años de los sucesos, así va en perspectiva el asunto: "La participación activa que la clase media tuvo en el movimiento revolucionario acaudillado por don Francisco Madero dio muchos episodios de altura y de heroísmo como el de la familia Serdán en Puebla, pero más fueron los humorísticos y los grotescos de la gente que pisaba en terreno falso, desconocedora en absoluto de la técnica política, en que y eran maestros los derrocados y causa fundamental de la caída del gobierno maderis-

ta cuando apenas comenzaba a funcionar"³⁷. Las mejores virtudes de esta clase, su emocionalismo, su capacidad de trabajo y aún el lirismo recoleto de las tiendas de abarrotes donde se desarrolla, son expuestas através del personaje Juan Viñas y su familia en *Los Caciques*, pero justamente de las clases altas, su ignorancia de dependencia de las clases altas, su ignorancia de la realidad política y sobre todo su trágica ineficiencia en la acción urgente que planteaba la circunstancia nacional. Esas carencias, y los sucesivos fracasos que imponen, son los gérmenes de la visión crítica que el novelista ofrece de sus congéneres pequeñoburgueses, y aunque siempre deambulan por sus libros dentro del cálido círculo que le presta la complicidad de quien ha vivido en común con ellos, la acidez de su requisitoria no disminuye. En una anotación de su serie "El novelista y su ambiente" explica que "Las clases más humildes de la sociedad me han atraído en proporción inversa a la clase media de la que siempre he formado parte. Quizá por estar tan cerca de ésta su visión me ofusca con la infinidad de turbios matices que la envuelven. De mis observaciones tengo necesariamente que dar un trasunto apasionado y tal vez injusto"³⁸.

El fracaso de la clase media es la experiencia vital, próxima y desgarrante, que alimenta el ciclo de Mariano Azuela que va de 1911 a 1918. En la primera obra de este período, *Andrés Pérez, maderista*, el tema queda claramente planteado y es perceptible en el deslinde resolutorio de la obra: el fraude queda entronizado con Andrés Pérez, el intelectual cobarde y acomodaticio, transformado en portavoz del maderismo; Antonio Reyes, el auténtico maderista representante de los sectores ilustrados, es muerto, la rebeldía popular, que acaudilla Vicente, es destruida mediante la participación de sus propios compañeros, ciegos obedientes del poder constituido. Si así se abre el ciclo narrativo, su conclusión se encontrará en *Las tribulaciones de una familia decente*. Entre dramatismos, errores y rebeldías frustradas, la mostración narrativa tiende a atestiguar el escepticismo creciente de Procopio y desemboca en la resignación. Un poco a la manera en que Voltaire conduce a sus marionetas entre mil aventuras para que al fin reconozcan que "il

³⁶ Idem, p. 844.

³⁷ "El novelista y su ambiente", *Obras Completas*, t. III, p. 1075.

³⁸ Idem, pp. 1063-4.

faut cultiver son jardin”, Azuela fuerza a sus personajes para que al fin recuperen una filosofía de clase media rendida. Procopio y su familia se pondrán a trabajar como asalariados, crearán un ambiente acogedor, íntimo y privado, en esa casa, volverán a ahorrar cuidadosamente, con el criterio aquel del Juan Viñas de *Los caciques* de que todo consiste en “paciencia, tenacidad y honradez”³⁹ pero ya sin la ambición de competir algún día con las gentes ricas sino con la voluntad de acortar el radio de su ambición para que coincida con sus posibilidades reales, generando la ilusión de felicidad. Así explica Procopio agonizante su filosofía a su mujer a quien ha reconquistado para tal empresa: “Mira, la verdadera dicha es ésta, la de las pequeñas alegrías diarias, porque la otra la Dicha que se escribe con mayúscula, esa no existe, es miraje, mentira funesta. Los elementos de la felicidad los llevamos adentro con absoluta equidad. Todo depende de poner en armonía nuestro mundo interior con el de afuera...”⁴⁰ La vieja clase media emprendedora, que avizora el poder, ha perdido sus esperanzas, a las que concidera

La vieja clase media emprendedora, que avizoraba el poder, ha perdido sus esperanzas, a las que considera “locas”, y se pone de nuevo a la construcción de sus bases económicas, partiendo de cero. Todavía tendrá grandes oportunidades de participación en el poder pero por el momento ha abandonado definitivamente el empeño revolucionario. Buscará otros caminos, para su avance, ahora desde la ciudad a la que ha sido arrojada por la tempestad social.

Del mismo modo, el ciclo narrativo 1911-1918 se abre con las imágenes de confusión de las primeras páginas de *Andrés Pérez, maderista*, donde se simboliza el estado caótico general del país, la subversión de los valores, la agitación violenta que se posesiona de la sociedad y la sensación expectante de que grandes suce-

sos se preparan: “Luego toda la confusión; el gentío que se precipitó, ávido de curiosidad, hacia la Profesa; formáronse valladares en las bocacalles y a lo largo de los banquetas. Detuviéronse los vehículos de lenta y solemne marcha, los automóviles dejaron de resoplar se formó triple fila, luego otra y otra más, al último todo fue confusión y desorden y el tráfico se interrumpió. Menestrales revueltos con elegantes perfumados, humildes costureras como ofuscantes muñecas barnizadas. Pero en aquel disimbolismo de gentes predominaba la misma expresión en ojos y en el gesto: la angustia de la indecisión, el presentimiento de lo que iba a ocurrir”⁴¹. Son también imágenes turbias del mundo urbano las que cierran el ciclo de *Las Tribulaciones...* pero lo que ahora se nos ofrece es el apocamiento de los personajes protagónicos dentro de la incipiente macrocefalia capitalina, su entrega a la urbe moderna, perdida para siempre la idealización provinciana y las jerarquías semiaristocráticas que los propietarios allí alcanzaban. ¿Quiénes son, pues, ahora —pensé— los Vázquez Prados de Zacatecas? ¿En dónde está la fina mano enguantada que se alza para saludarnos cariñosamente a nuestro paso? ¿En dónde una sola cabeza se descubre respetuosa o se inclina humildemente a nuestra vista? Rostros glaciales, desdeñosos, apáticos, insolentes. Nada. ¡La odiodísima metrópoli! Si, aquí no somos más que una pequeñísima gota de agua perdida en la inmensidad de los océanos...”⁴².

Esta derrota, que ácidamente Azuela va contando a lo largo de estos ocho años de trabajo encarnizado, condiciona su visión como él lo reconoce al explicar retrospectivamente sus obras y al decir que en ellas “puse toda mi pasión, amargura y resentimiento de derrotado”⁴³ o cuando indicó que a partir de *Las Tribulaciones...* “me sentí totalmente curado de mi resentimiento personal de la hipertesia en que me dejó aquel desastre”⁴⁴. A esta derrota le debe su aislamiento y su actitud de francotirador, desde la cual contempla la

³⁹ En *Los caciques* dice ingenuamente Juan Viñas: “Se ahorra un centavo, porque con un centavo se completa la pila de a veinticinco; se cuida la peseta, porque con cuatro pesetas está hecho un peso, y ese peso sirve para completar el primer billete de a cien. Este se cuida como la niña de sus ojos para llegar a convertirlo en uno de a mil. Y así sucesivamente. Paciencia, tenacidad y honradez. Ese es todo el secreto de las gentes ricas” (O.C., t. II, pp. 820-1).

⁴⁰ *Las tribulaciones...* Obras Completas, t. I, p. 564.

⁴¹ *Andrés Pérez, maderista. Obras Completas*, t. II, p. 765.

⁴² *Las tribulaciones...* Obras Completas, t. I, p. 433.

⁴³ “El novelista y su ambiente”. *Obras Completas*, t. III, p. 1093.

⁴⁴ *Idem*, p. 1099.

realidad, por cuanto queda marginado del grupo social en que por origen y concepciones buscaba integrarse y no encuentra ningún otro al que adherir, o acaso ya no podía, en el filo de sus cuarenta años, resolver otra integración.

El fracaso de los sectores medios para destruir las clases altas, abre paso a la acción de las clases bajas, campesinos y ocasionalmente proletarios, y son ellos quienes desde 1913 ocupan el escenario histórico, es con ellos que luchará Azuela y de ellos ofrecerá su visión pesimista en su obra mayor, *Los de abajo*. Pero es en *Las Tribulaciones de una familia decente* donde se encuentra el enjuiciamiento de los sectores bajos de la sociedad que el novelista hace en su estilo crítico y beligerante. Dice: "Caras terrosas y demacradas escondiendo su dolor como se esconde una vergüenza; cabelleras revueltas, rostros airados, miradas angustiosas, bocas maldicientes. Proletarios reventando de dinero carrancista, medio muertos de hambre; humildes empleados, modistas, pequeños rentistas, huérfanos, valentudinarios; la clase media condenada a una doble tortura, en contacto con la plebe vil y canalla, a quien nunca le fue mejor ni peor, y que ahora, ensorbecida, le escupía en la cara su insolente baba"⁴⁵. El resentimiento de que habla Azuela, y que se origina en el fracaso de la clase media, se acrecentará ante el repentino y desordenado ascenso al poder de la clase baja. La admiración que en él causa el coraje guerrero de sus integrantes (el capítulo III de *Los de abajo* que describe el primer ensobre el filo de heroísmo transformado en inconciencia; el capítulo XVIII de *Las tribulaciones...* donde el narrador no puede contener una inexplicable admiración por las desarrapadas huestes de villistas y zapatistas que entran a la ciudad de México) no anulará la repulsión ante este avance de sectores carentes de preparación, sectores casi bárbaros, que toman el poder por el ascendiente de su fuerza.

La situación de Azuela revierte, con apreciables variaciones, a uno de los "tipos de *intelligentsia* formada por personas desplazadas y detenidas", o sea "aquellos intelectuales cuyas as-

piraciones sociales son contrariadas" tal como los dibuja Karl Mannheim. En el corto lapso que va desde 1910 a 1915 presencia la mayor posibilidad ascensional de su grupo, su rotundo fracaso y su remplazo por un sector social inferior que homologa de facto a la clase media con la alta al atacarlas frontalmente en la misma forma. "Una capa social que es derribada bruscamente de su posición original —dice Mannheim— no imita a las clases superiores, sino que adopta una actitud de desafío y desarrolla modelos opuestos de pensamiento y de conducta. La situación, por sí sola, hace posibles estas actitudes; hasta qué punto se agudicen, ya depende de factores secundarios, como por ejemplo, la capacidad para articular y desarrollar un ideología contraria. Donde no se dan las condiciones para que cristalice una oposición articulada, el resentimiento es secreto y su expresión se limita al individuo o a su grupo primario inmediato"⁴⁶. A no ser que el "resentido" sea un escritor; él es capaz de expresar una oposición articulada, en cuanto configura un cuerpo ideológico nítido y coherente y una sensibilidad artística acorde, pero no es capaz, por tratarse de un elemento aislado, desligado de su grupo originario al que la nueva situación le permite ver críticamente sin por eso romper los vínculos que a él lo atán, de que su acción intelectual encarne en un movimiento social. Recién a partir de 1925, ese grupo que ha vuelto a consolidarse en las ciudades y que comienza a desarrollarse sobre nuevas líneas de lucha, lo recupera: es la republicación exitosa de *Los de abajo*. El escritor ha encontrado su medio social adecuado: su obra comienza a abastecer la ideología de los sectores medios proporcionándole una interpretación de la historia reciente. Se cierra entonces el ciclo de idealización del pasado que no sólo había dado la retrospectiva nostálgica de los colonialistas —que se prolongará epigonalmente— sino de la propia época de Porfirio Díaz, añorada a veces tanto por Vasconcelos como por Azuela, como el período de paz y orden, para dar lugar al ciclo de la novela de la revolución, largo capítulo testimonial destinado a integrar ese proceso violento dentro de la cosmovisión de una clase que comienza a tener el poder.

Con esta entrega concluye el trabajo de Rama que hemos venido publicando a partir del número 10.

⁴⁵ *Las tribulaciones... Obras Completas*, t. I, p. 492.

⁴⁶ Karl Mannheim. Op. cit., p. 207.

ECONOMIA DE AMERICA LATINA 6

revista de información y análisis de la región

Primer Semestre 1981

DESAFIOS AL PENSAMIENTO ECONOMICO

I. ENFOQUES

- La Periferia Latinoamericana en el Sistema Global del Capitalismo. *Raúl Prebisch*
- Problemas de Industrialización Avanzada en Capitalismos Tardíos y Periféricos. *María Conceicao Tavares*
- Notas sobre la Heterogeneidad Estructural y el Empleo. *Octavio Rodríguez y Benito Roitman*
- El Enfoque de la Dependencia en el Pensamiento Económico Latinoamericano. *Pedro Paz*
- Corrientes Críticas de la Sociología Latinoamericana Contemporánea. *Pablo Gonzalez Casanova*
- América Latina: La Mirada desde la Sociedad. *Juan Carlos Portantiero*

II. ANALISIS NACIONALES:

- República Dominicana, Uruguay y Venezuela

III. DIFUSION E INFORMACION:

- Pensamiento Empresarial

SUSCRIPCION

	Anual	Número Suelto
México:	\$ 240.00	\$ 120.00
América Latina y el Caribe:	US. \$ 15.00	US. \$ 8.00
EE. UU. y Canadá:	US. \$ 20.00	US. \$ 12.00
Europa y resto del mundo:	US. \$ 25.00	US. \$ 15.00

Para solicitar suscripciones o números sueltos dirigirse a:

Centro de Investigación y Docencia Económicas, A.C.

Departamento de Publicaciones

Apartado Postal 10-883

México 10, D.F.

Tel. 570-20-22, ext. 135 y 140

Los cheques o giros postales por el material solicitado deberán hacerse a nombre del:

Centro de Investigación y Docencia Económicas, A.C.

DE VENTA EN PRINCIPALES LIBRERIAS DEL D.F.

Régis Debray y el socialismo

Ernesto González Bermejo

Régis Debray no quiere ni puede dar entrevistas. Para este subversivo impenitente llegó la hora de las responsabilidades oficiales. Siendo "encargado de misión" con despacho en el Eliseo y las correspondientes secretarías —asesor presidencial de política exterior— le está vedado dar opiniones que podrían tomarse por posiciones de gobierno francés. Pero las opiniones que tenía antes del nombramiento servirían inevitablemente de base a los consejos que dará el presidente Mitterrand en una materia que, como América Latina, Debray conoce en carne propia.

Encontré a Régis en Chile y, unos meses después de la caída de Allende, volví a verlo en su casa de campo de Vert, a una hora de París. Hablamos largo y tendido y esa charla, que en gran parte quedó encerrada en unos cassettes (sólo apareció parcialmente en una revista española; es inédita en América Latina) toma hoy un interés y actualidad inesperados. En aquel verano (europeo) de 1974, Mitterrand acababa de ser derrotado por Giscard d'Estaing; hoy es, abrumadoramente, a la inversa pero las cuestiones de fondo no son muy diferentes: ¿qué socialismo para Francia?, ¿qué similitudes y diferencias entre el intento francés y el chileno?, ¿cómo pasar del reformismo a la revolución?, ¿quién es Mitterrand?. Quizás valga la pena volver a escuchar aquellos cassettes y recordar quién es el personaje que habla.

Un aventurero romántico para algunos; un revolucionario sincero, para otros; un precoz genio teórico o un simple y brillante prestidigitador de fórmulas marxistas; un latinoamericana-

no por vocación o un francés dilettante metido a opinar de lo que no sabe, Régis Debray, desde hace años, es un foco polémico al parecer inagotable.

De colaborador del Che, en la cruzada armada de Bolivia, a consejero del muy legalista François Mitterrand; de graduado de la Escuela Superior Normal de París, a prisionero en una remota celda de Camiri; de furibundo propulsor teórico —y, en alguna medida, práctico— de la guerrilla, a cauto admirador de la experiencia pacífica de Allende, los agitados cuarenta años de este hombre componen, para muchos, un enigma.

¿Cabriolas de un intelectual pequeño burgués o búsqueda desgarradora de la verdad revolucionaria, en selvas y despachos presidenciales, en viejos textos grises y en el árbol verde de la vida? Si el camino de la revolución no es una línea recta, mal se le puede reprochar a un hombre que no pierda de vista el objetivo, y que avance en zigzag. Están los que por seguir derecho caen al precipicio, y están los que se sientan a esperar que el camino se enderece.

Debray escribió un librito en 1967, *¿Revolución en la Revolución?* que hizo mucho ruido, y cuyas tesis fundamentales fueron reprobadas por la práctica. Después, en *La guerrilla del Che* y en *La crítica de las armas* respondió por lo que había creído antes y hecho creer a los demás: una responsabilidad elemental para él y para los movimientos revolucionarios latinoamericanos: "Enfrentar el fracaso guerrillero, sintetizar experiencias, extraer enseñanzas".

Porque además de esta honestidad intelectual, en su momento, supo encarar a los verdugos del Che, ratificarse en sus convicciones revolucionarias en una desamparada cárcel boliviana no importa sus detractores, no importa que se esté o no de acuerdo en todo con él, tiene sobrado derecho a la palabra.

Hay algo, a esta altura, que parece claro, aun para él mismo: a caballo de dos culturas que tienen muy poco en común, Régis Debray vivió por mucho tiempo la angustia de ser un francés en Santiago o en La Paz y un latinoamericano en París. Hoy optó definitivamente: "Estoy en mi país y con mi pueblo; por fin: ya no soy un extranjero". No parece ser una mala decisión. Aunque ahora se le reproche, por no pocos que antes le acusaron de ser un ultraizquierdista incurable, de haberse sumado mansamente al reformismo.

Escuchemos al grabador:

Voy a leerle el titular de un diario de Buenos Aires: "Después de pasar revista a los motivos que lo llevaron a unirse al Che; Régis Debrey, ahora leal a Mitterrand, estima buena para Francia la vía socialista que fracasó en Chile". En ese mismo diario —y en otros— se dice frecuentemente que eres un oportunista. Defiéndete.

Aterradora, es sencillamente aterradora la esquematización que se hace de Europa en algunos sitios de América Latina. Existe un París de pesados socialdemócratas y frívolos intelectuales de café que bien vale esa América Latina de bandoleros y generales de opereta que a veces se pinta aquí. Podemos ser un poco más serios. La lucha de clases es una sola en el mundo, pero no se lleva a cabo con las mismas recetas en Ginebra y en Montevideo, en Inglaterra y en Brasil. Es obvio decirlo, pero cada país se atiene a sus condiciones específicas, y aquí no se trata del Che, como figura en abstracto; ni de Mitterrand, como vedette. Se trata de ver las condiciones históricas que se encarnan en esos líderes, sus líneas políticas y las fuerzas de clase en presencia. Es al enemigo al que le conviene hablar del Che como abstracción y hacer de él un romántico iluso, un personaje de novela o de película fácil y no el militante comunista y responsable que fué.

Ser revolucionario en serio es apuntar a la conquista del poder político burgués para rom-

perlo y ponerlo al servicio de las clases trabajadoras. En las condiciones de Bolivia: el Che encarnó esa responsabilidad revolucionaria, de acuerdo con sus condiciones reales. Lo que mide si uno es revolucionario o no, si una línea política es revolucionaria o no, es saber si adelanta o retrasa la conquista del poder político. Yo no conozco más definición.

Preparar guerrillas en los Alpes, en la Francia actual, sería tan contrarrevolucionario como lo hubiera sido, en la Bolivia de mil novecientos sesenta y siete, preparar elecciones parlamentarias. Verdades de un niño de siete años.

Personalmente, nunca he cambiado de posición; he cambiado de colocación, lo que es distinto. Todo el mundo sabe que sigo apoyando los principios rectores de la lucha armada y popular en América Latina, ahí donde no hay más salida. Y también sabe que cuando yo estaba en América Latina nunca soñé ni proyecté apoyar, luchas armadas en Francia, y que siempre fui partidario de la reunificación de las izquierdas dentro de una democracia liberal, desarrollada, industrializada y masivamente politizada. Donde está el cambio, insisto, es en mi colocación. Ahora si estoy en mi país y con mi pueblo; ya no soy un extranjero.

¿Qué te decide volver a Francia?

Una serie de experiencia amargas. Ningún extranjero —al menos aisladamente de una estructura, tipo Kommintern, que se acabó en el cuarenta y tres— puede influir en forma positiva o decisiva sobre la lucha de clases de un país ajeno. Tal vez pueda desarrollarse a sí mismo como aventurero, pero desarrollar una acción militante al servicio del pueblo donde se encuentra, no.

Tendrás que precisar lo que entiendes por extranjero, porque no será seguramente ni el Che en Cuba o en Bolivia, ni...

... por supuesto; cuando digo extranjero me refiero a alguien de otra educación, de otro idioma, de otro continente. No me refiero a un uruguayo que esté en Argentina, ni a un argentino que esté en Cuba, como el Che; ni a un peruano que muera en Bolivia, como mi camarada Chang. Me refiero a las enormes diferencias

—diría yo, antropológicas, casi biológicas, en la medida en que la cultura es algo innato, que está en el cuerpo y que uno ni lo sabe, una especie de memoria fatal, que no se conoce, pero que actúa a través del individuo—, esas enormes diferencias entre un europeo y un latinoamericano.

Hoy trato de reflejar las condiciones históricas reales de mi país, como antes había tratado, al menos a un nivel de reflexión y de estudio teóricos, de reflejar las condiciones reales de América Latina.

Dices que siempre te registre por los principios rectores de la revolución, y yo te pregunto si el trabajar en la unión de las izquierdas francesas, apoyar a Mitterrand, pertenecer o no —no sé—, al Partido Socialista Francés, supone darle continuidad a esa línea de conducta revolucionaria tuya o apartarse de ella.

Se trata de dar continuidad a la lucha antiimperialista y anticapitalista, aunque haya, evidentemente, ruptura en las formas y cambio de personajes. Pero no se trata de líder tal o de la vedette política cual: no son los héroes los que hacen la historia, son las masas. Yo soy miembro del Partido Socialista Francés. Me inscribí, como muchos otros jóvenes de la llamada ultrazquierda, después de la derrota electoral de este año. Precisamente: oportunismo habría sido hacerlo antes, cuando había buena posibilidad de conseguir puestos.

¿Qué opinión tienes de Mitterrand?

Tengo un gran respeto y una gran simpatía por Mitterrand. No porque considere que es un revolucionario y un marxista, sino porque él es el primero en no hacerse pasar por lo que no es.

Mitterrand es un socialista liberal, no es un revolucionario leninista, por eso no puede ser puesto en el mismo plano que el Che. El Che no solamente es un héroe de la historia, era un revolucionario marxista-leninista.

Mitterrand ha nacido de la historia francesa de los últimos cuarenta años; es el producto de una democracia parlamentaria que se desarrolló en condiciones relativamente pacíficas. Para inventar su camino, el de la izquierda unida, Mitterrand no se guía por las estrellas de las grandes fechas del proletariado mundial: Octubre, la

Larga Marcha o el Asalto al Moncada; se guía por las fechas de la historia francesa: mil setecientos ochenta y nueve, mil ochocientos cuarenta y ocho, la Comuna de París, el Frente Popular y la Resistencia. Y es en la medida en que Mitterrand encarna esa tradición que puede tener el papel fundamental que tiene. Pero me pregunto, además, si Marx pudo casarse con Don Quijote, con Confucio o con Iván el Terrible, ¿por qué no podría casarse con Michelet?; puede ser que haya más aproximación natural entre estos personajes que entre los otros.

Muchos llamados internacionalistas me dan la impresión de que nutren su internacionalismo con el nacionalismo de los demás. Cada cultura, cada historia, cada país, tiene que fundirse con la causa universal del proletariado y es solamente cuando hay una fusión total de lo nacional y lo social, que la chispa puede prender. Creo que Mitterrand es un ejemplo de esa fusión.

¿Qué importancia puede tener para el conjunto del movimiento revolucionario mundial, un socialismo francés?

Para nosotros se trata de abrir un nuevo capítulo, inédito en la historia de la humanidad: la transición al socialismo en un país industrial avanzado, con democracia parlamentaria, y le tocará a Francia, creo, abrir ese capítulo, como abrió otros: la Comuna de París, el capítulo de Octubre; mil setecientos ochenta y nueve, el capítulo de las libertades burguesas.

¿Cuál viene a ser tu papel en este proceso?

Quiero hablar en términos pragmáticos: el mejor servicio que un revolucionario le puede hacer a la causa del internacionalismo es hacer la revolución en su país y con su pueblo; poner a su pueblo en condición de ayudar a los demás, eso quiere decir, en condición de tomar el poder político.

Una Francia democrática y popular, apuntando al socialismo, puede rendir servicios a la emancipación latinoamericana en el terreno político, económico, diplomático, mucho mayores que cualquier intervención individual e indebida de tal o cual francés en asuntos ajenos.

En América Latina se desarrolló también un

proceso insólito, el de la Unidad Popular en Chile, cuyo fracaso se manejó tal vez algo mecánicamente, como una demostración de la imposibilidad de esa vía en Francia. ¿Cuáles son, en tu opinión, las razones del fracaso de la Unidad Popular chilena, y en qué medida, las peculiaridades francesas, ponen a salvo o disminuyen el riesgo de un proceso similar aquí?

El camino francés al socialismo no está a salvo de ningún fracaso. Cualquiera que emprende una tarea tan colosal se expone al fracaso, por definición; más en este caso, cuando los riesgos son enormes, y Chile lo ha demostrado.

¿Cuál fue la lección de Chile?, una lección muy simple que se encuentra en todos los abecés leninistas, en cualquier manual: la revolución es la destrucción del aparato de estado burgués, y ocurre que Allende quiso hacer una revolución dentro de un aparato de estado burgués, hasta quedar aprisionado en un molde que no era el suyo.

La cuestión esencial planteada por Chile es la misma cuestión que se plantea en Europa Occidental, por eso no podemos decir que Chile está muy lejos y no nos concierne: Chile nos concierne y está muy cerca. Porque plantea la cuestión de cómo pasar del reformismo a la revolución, cómo dar ese salto cualitativo de una política de reformas gestada dentro del sistema, a la revolución. No hay otra posibilidad de iniciar un proceso revolucionario, que cumplir ese proceso reformista, especialmente cuando no hay guerras internacionales, ni crisis económica profunda. Guerras internacionales no se ven en el horizonte, y las crisis apocalípticas del capitalismo pertenecen a una mitología técnicamente obsoleta.

La vía institucional y legal aparece en todas las democracias políticas burguesas como la única posible. El problema es como, en un momento determinado, se puede cambiar de velocidad y pasar a un nivel distinto. En Chile se fracasó. La pregunta chilena le tocará contestarla a Francia, bien o no. Pero la pregunta sigue siendo la misma en lo fundamental.

...en lo fundamental, porque Francia tiene peculiaridades que diferenciarán ese proceso, ¿cómo las resumirías?

Tiene, claro, esas peculiaridades que si no la ponen a salvo dan mayor verosimilitud, mayor credibilidad a una posibilidad de respuesta a esa pregunta.

Te diría que esas particularidades son:

En primer lugar: el equilibrio de fuerzas, aunque sea al nivel más superficial, el aritmético-electoral será distinto. Aquí no se llega al poder con el treinta y seis por ciento de los votos, sino como mínimo, con un cincuenta y un por ciento. El equilibrio de fuerzas, desde el principio, será distinto.

Dos: La pequeña burguesía chilena, volcada al campo del enemigo, en mil novecientos setenta y dos motivó un cambio en la correlación de fuerzas. Hay elementos ideológicos y económicos en Francia que permiten asegurar que la pequeña burguesía ocupará una posición muy distinta. Por razones ideológicas, por el desarrollo mismo de las fuerzas productivas francesas, por su complejidad y por la participación mucho mayor de los intelectuales en la producción, esa pequeña burguesía tiene posiciones avanzadas. Lo demostró mayo del sesenta y ocho, y el resultado de las últimas elecciones presidenciales.

“En tercer lugar, hay un aspecto que creo esencial: la comparación de Chile y Francia venía de una ilusión, era una comparación de superestructuras, comparación engañosa porque enmascara infraestructuras completamente distintas. Visto desde arriba a vuelo de pájaro, Chile ofrecía, efectivamente, el aspecto de una democracia parlamentaria, legalista con una constitución en funcionamiento, con sufragio universal, regularidad de la vía política, soluciones pacíficas a las crisis, etcétera. Pero a esta superestructura, digamos, de un país desarrollado correspondía una infraestructura económica totalmente subdesarrollada. Y creo que los mismos chilenos se dejaron engañar por su superestructura política, sin darse cuenta de que eso era un lujo, un espejismo.

La diferencia es que Francia tiene una superestructura política, jurídica e ideológica, pero con la infraestructura económica, técnica y financiera, correspondiente. Que Francia goza de un margen de autonomía y maniobra en el terreno económico y financiero que la pone a salvo de cualquier intento de estrangulamiento

internacional. Que Francia no es un país mono-productor, no es un país que importe alimentos, los exporta; no es un país que carezca de tecnología, la exporta. Que Francia, finalmente es una gran potencia industrial.

Otra diferencia con Chile, en cuarto lugar: el vecindario geográfico e histórico es totalmente distinto. Chile estaba aislado en un continente que es una esfera del imperialismo, mientras que Mitterrand es vicepresidente de la Internacional Socialista que gobierna en Alemania Federal, en Austria, en Suecia...

En fin: el contorno diplomático, económico y político es totalmente otro.

Por último, quinto: como desprendimiento, como consecuencia lógica de un desarrollo de las fuerzas productivas mucho más avanzado en Francia que en Chile, la coherencia y consistencia social y organizativa de las fuerzas proletarias es, en Francia, infinitamente superior. El poder sindical, el poder de las organizaciones políticas, de las colectividades regionales democráticas (asambleas, municipios, etc.), colegios profesionales en manos de la izquierda, y, además tradiciones revolucionarias mucho más desarrolladas (no olvidar que Engels, ya en su época lo consideraba el país de más tradición revolucionaria en el mundo) hace que un 11 de septiembre en París, repetido en las mismas condiciones, sea literalmente impensable. Que se bombardee el Elíseo, puede ser, pero que no haya una huelga general inmediata en todo el territorio francés, no solamente del proletariado industrial, sino de todos los servicios públicos, es algo aún más impensable.

Estos factores objetivos pueden favorecer la respuesta, pero mantienen en pie, como decías antes, la pregunta fundamental: ¿cómo pasar del reformismo a la revolución?; ¿cómo, a partir de un proceso de reformas dentro del estado burgués, se puede asaltar y romper ese aparato de estado para establecer un estado proletario (ese principio leninista que encontrabas incuestionable)?

Te pregunto ahora: ¿qué respuesta teórica tienen preparada los socialistas franceses para enfrentar el problema?; en una palabra: ¿cómo piensan hacer la revolución en Francia?

En su momento, la práctica social encontrará

su respuesta. Creo que tenemos que ser conscientes del problema, pero no podemos predecir la forma de solución.

La historia no es un escaparate donde un pueblo, un partido o un individuo puede venir a escoger el artículo que le conviene más: la insurrección, la vía parlamentaria, la guerra del pueblo, la guerrilla campesina... las cosas no son tan fáciles. En Francia en las condiciones actuales, no sería haciendo manifestaciones, llamando a las armas o poniendo bombas en los ministerios, que nos acercaríamos a la destrucción del aparato de estado burgués. Serían actos contrarrevolucionarios. Lo mismo que crear ilusiones electorales en tal o cual país latinoamericano hoy. Nosotros estamos obligados, estamos condenados, si quieres, por todas las condiciones del pasado y del presente, a seguir este camino como el único posible.

En la actualidad no hay grupos revolucionarios significativos en Francia que estén al margen de la táctica electoral, aun teniendo cada uno su propia estrategia. Los llamados grupos de ultraizquierda, hoy en día, o se han adherido a esta posición, entrando directamente al partido socialista, o, sencillamente han desaparecido. Las pocas capillas que rinden culto al programa de transición de Trotsky del treinta y siete, o al Mao Tse-Tung de la guerra campesina del veintisiete, en China, forman parte del folklore parisino, pero no de la realidad política francesa. Para hablar en forma gráfica: no hay alternativa entre Mitterrand y el Che en Francia; todas las alternativas están, por así decirlo dentro de Mitterrand.

Por menos de un uno por ciento, Mitterrand y la izquierda unida perdieron este año una oportunidad histórica de llegar al gobierno. Giscard d'Estaing puso en juego toda la enorme experiencia de la burguesía francesa: y en sus primeros cien días de gobierno, tomó una serie de medidas espectaculares, tratando de arrebatar banderas a Mitterrand. Algo como si dijera "la izquierda, después de todo, no lo hará mejor". ¿Qué peligro representó esta táctica de la derecha francesa para las expectativas de un triunfo de la izquierda, de la instalación de un gobierno democrático y popular en Francia?

Contrariamente a lo que dijo una vez Guy

Mollet, símbolo-cadáver de todo lo más negativo de la tradición socialista francesa, tenemos la burguesía más inteligente del mundo. Además, no le queda otro remedio que serlo, frente al desafío que se le viene encima. Ella sabe que está en minoría en el país real. ¿Hay que saberlo de una vez por todas: como mayoría en Francia hasta los sesenta y cinco años de edad, mujeres incluídas! Si no hubieran dragado hasta lo último de los hospitales, de los asilos para ancianos, de los paralíticos, de los enajenados mentales, no hubieran reunido los doscientos cincuenta mil votos de ventaja. Ellos saben además, que se aproxima una nueva generación que por ser nueva, por ser joven y por vivir en este mundo, va a votar más por la izquierda que por ellos.

No les quedaba otra alternativa, entonces, que ser muy liberales, muy progresistas, muy dinámicos, y hacer todo lo posible por captar a esta nueva generación. Es para ellos cuestión de vida o muerte.

Hay que reconocer que en ese período, Giscard d'Estaing respondió al reto con mucha audacia, soltura e inteligencia. Eso de cumplir, por fin, con la vieja promesa degaullista del voto a los dieciocho años y hacerlo de inmediato es, de verdad, un desafío hecho a sí mismo y a la gente que lo apoya.

Pero él no podía ir, a largo plazo, en contra de su base de clase y de las fuerzas reales que lo apoyan. Hubo mucha demagogia, mucha magia televisiva en las medidas efectistas, publicitarias que tomó.

En menos tiempo del que podía preverse la combatividad del movimiento obrero, de los empleados públicos, con una avalancha de huelgas le ha quitado el maquillaje a esa política.

En efecto: las huelgas son de magnitud, tienden a ampliarse y pueden conducir a la paralización del país. La única respuesta real que podría dar el gobierno en este estado de cosas sería un llamado a nuevas elecciones.

¿Porqué no las convoca Giscard d'Estaing?

Porque sabe que las pierde, irremisiblemente; las encuestas previas lo anticipan, sin duda

alguna. Y la derecha sabe que si pierde el poder en Francia le será muy difícil recuperarlo.

Pero ¿hasta cuándo puede sostenerse Giscard d'Estaing en esa cuerda floja, si a la situación que vive Francia agregamos las contradicciones de la mayoría parlamentaria que lo respalda?

La mayoría que respalda a Giscard d'Estaing no es viable y eso se ve cada vez con mayor nitidez: por una parte, la fracción modernista, europea, atlantista, que puede estar representada por un Servan Schreiber, y por otra, la que podríamos llamar nacionalista, que gana terreno entre los gaullistas. El único factor que a Giscard d'Estaing le permite aún mantener soldada a esa mayoría es el miedo común a las elecciones.

Acabas de estar en Cuba con Mitterand. ¿Cómo fué recibido?

A nivel de jefe de estado.

¿Qué impresiones trajo?

Inmejorables. Creo que recibió una fuerte y agradable sorpresa al tratar a Fidel Castro, al que no conocía. Los puntos de vista políticos comunes aparecen en el comunicado conjunto: una lucha antiimperialista sincronizada, el apoyo a las posiciones cubanas en el tema del petróleo, sobre la necesidad de una mejor repartición de sus beneficios dentro del Tercer Mundo, ... etcétera.

Ya que hemos vuelto a América Latina, tu libro ¿Revolución en la Revolución?, en su momento fué muy polémico y bastante determinante para la toma de posición de movimientos revolucionarios en América Latina y en otras partes del mundo; ahora en La guerrilla del Che y en La crítica de las armas haces un balance analítico de la experiencia revolucionaria en su forma guerrillera, en América Latina, en los últimos diez años. En estos libros, ¿puede considerarse que revisas tus concepciones de Revolución en la Revolución?, ¿las profundizas?, ¿cuáles tendrías por sus conclusiones fundamentales?

La teoría marxista no es la libre elección o un juego entre tesis; consiste en recoger lo que queda de una posición teórica después de que ésta haya pasado por la práctica social. *¿Revolución en la Revolución?* lo que encarnaba, fue puesto a la prueba de los hechos, durante años. Había que registrar esta confrontación; era una cuestión de honestidad elemental, no se puede hacer como si no hubiera existido la época de las guerrillas en América Latina, porque tener una línea política, creo es tener una continuidad en el actuar.

Un movimiento o un país o un partido que no tiene dominio de su pasado, no puede tener dominio de su presente. Y recoger experiencias, sintetizarlas, es una labor revolucionaria imprescindible. En mi caso era, además una cuestión de responsabilidad elemental: cuando uno ha emitido ciertas tesis y estas tesis no han sido verificadas por la práctica, no puede hacerse el distraído y hacer como si nada hubiera ocurrido; tiene que responder por lo que creyó antes e hizo creer a los demás. Y hubiera sido un error político grave no enfrentar la experiencia de los fracasos guerrilleros del último decenio, del cómo de esos fracasos —y esa es la parte descriptiva del libro, sobre Venezuela, Uruguay, Guatemala y Bolivia— y del porqué de esos fracasos, tema de un volumen aparte de *La crítica de las armas*.

Resumir las tesis de un libro que en total hace novecientas páginas, se me hace difícil. Te diría, en síntesis, que hemos sido obligados a volver a las enseñanzas fundamentales de la teoría marxista-leninista; no se ha podido encontrar un camino más corto; no se ha podido evitar el penoso trabajo de aplicar los principios fundamentales del leninismo; no se podía saltar por encima de ellos.

De modo que mi libro es, un poco, el regreso al clasicismo o a cierta ortodoxia pero no porque, sea la ortodoxia, sino porque, después de todo, parece ser que todavía es la forma más económica de hacer la revolución. Y no porque así lo dice el dogma, sino porque ha sido verificado en la práctica. Por ejemplo: el carácter no viable de formas no marxistas de vanguardismo, de formas no leninistas de militarismo en el actuar político; de, en el plano de organización, el centralismo democrático como forma más efec-

tiva de construir una verdadera vanguardia proletaria.

Pero lo importante no es anunciar estos lugares ya comunes, lo importante es asistir y registrar su generación concreta a través de la práctica, como se les va verificando, creando de nuevo, por así decir, en todos estos últimos años.

La muerte del Che y la muerte de Allende han sido simplificadas y presentadas, una como la clausura de la vía armada, otra como el fin de la vía pacífica; no quedaría nada: la revolución es imposible: una conclusión que no le viene nada mal al imperialismo. ¿Cómo ves la situación actual de América Latina y el recurrido problema de las vías revolucionarias?

Sí, esa es la conclusión que algunos cínicos sacan: ¡maldito sea el continente que tiene una revolución en sus entrañas pero no la puede dar a luz, ni por los votos, ni por las armas!: el resultado sólo puede ser un aborto.

¿Cuál es tu conclusión, en cambio?

En términos racionales, la revolución es siempre algo imposible —es el eterno argumento reformista—, pero sucede que, a veces, ocurre. La revolución era imposible en la Rusia atrasada y semiasiática, sin proletariado industrial, en mil novecientos diecisiete; como en la revolución proletaria era imposible en un país campesino como China, y, sin embargo fueron. “La historia avanza por el ‘mal lado’” —decía Marx—; irrumpe por la espalda. ¿Quién podía prever hace quince años la victoria cubana?

El dasafío teórico es predecir lo imposible, ya que ninguna revolución se repite dos veces. Y eso se logra sólo mediante una fusión total de un pueblo con un olfato siempre alerta para aprovechar el constante brotar de coyunturas propicias. Tarea para latinoamericanos, en América Latina.

Volvamos a ti: ¿qué haces actualmente?

En el plano político me interesa el esclarecimiento de las vías y del contenido de un socialismo europeo, es decir democrático. Para cual-

quier analista, es evidente que Europa es el punto del mundo donde el actual *statu quo* internacional puede romperse, donde la correlación de fuerzas mundiales puede cambiar. Cuando digo Europa me refiero a los tres pilares: Francia, Italia y España, dotados de un movimiento obrero autónomo, con tradiciones revolucionarias los tres.

Es claro que no sólo en Europa es donde se juega la suerte del socialismo, pero sí creo que es en Europa donde se juega la suerte del socialismo en tanto que modelo de civilización. No fué algo gratuito que los fundadores del socialismo científico lo concibieran en estos países. Ellos sabían que la misma dialéctica histórica no puede generar una síntesis que no haya pasado por el movimiento de lo que Hegel llama lo "universal-concreto", o sea, una síntesis que incorpore el momento de la antítesis. Un modelo de sociedad socialista que puede competir y ser cualitativamente superior a las democracias

burguesas existentes, que resista ese enfrentamiento, solamente se puede crear ahí donde hubo democracias burguesas para que el socialismo aparezca como su auténtica superación y no como su omisión.

En la perspectiva de esta aproximación a un modelo todavía inexistente, de una democracia socialista, he iniciado una investigación con las principales personalidades de las dos grandes corrientes de la izquierda de Europa —particularmente de España, Italia y Francia—, para conocer sus respectivas posiciones.¹

Estas investigaciones las recogeré en forma de entrevistas con dimensión de libros, para acelerar la toma de conciencia en lo que hay de singular, de nuevo, en el socialismo que queremos acá.

¹ Se trata del libro *Demain l'Espagne*, entrevista a Santiago Carrillo escrita en colaboración con Max Gallo

La "Corriente", espacio a construir

Federico Fasano Mertens

En los últimos meses, en el marco de un lento y desordenado proceso en el cual las fuerzas antidictatoriales uruguayas pugnaban por dejar atrás la etapa de la acumulación pasiva de fuerzas, un nuevo llamado de reorganización de sectores de la izquierda, marginados hasta el momento de los espacios presentes, llamó la atención por su poder de convocatoria, de cierta entidad por tratarse de un intento forjado en los estrechos límites del exilio. Nos referimos al llamado a la reorganización de la Corriente, coalición formada en 1972 en el seno del Frente Amplio, al unir las voluntades políticas del Movimiento Patria Grande, Movimiento Por el Gobierno del Pueblo, Agrupación Pre-gón, Movimiento 26 de marzo, Grupos de Acción Unificadora y Movimiento Revolucionario Oriental entre otros. La Corriente pasó así a integrar formalmente el tríptico político sobre el que se asentaba el Frente Amplio: 1) el marxismo ortodoxo representado por la alianza entre los partidos comunista y socialista; 2) la democracia cristiana; 3) la denominada izquierda nacional representada en buena medida por la Corriente.

Los primeros pasos del intento reorganizador, nacido en el exilio europeo, podrían calificarse de torpes y balbucantes y por momentos destinados a ubicar en el escenario, la presencia de un sello más, sin incidencia real en el proceso general en el primer frente de batalla, ubicado en el interior del país prisionero.

Sin embargo, contaba con un as de triunfo de indudable valor: proporcionar espacio, voz y presencia en la inmensa falange de exiliados, militantes, intelectuales, orgánicos e independientes que desde 1973 a la fecha no se sentían representados por nada ni por nadie, constituyendo empero, la mayoría de la izquierda uruguaya.

Y fue así como tuvo lugar en Rotterdam, del 19 al 21 de diciembre del año pasado, el primer encuentro de la Corriente en el cual participaron delegados de Agrupaciones y núcleos de trabajo procedentes de 15 capitales americanas y europeas que albergan al exilio uruguayo en el mundo.

En la oportunidad quedó constituida una mesa provisoria de dirección, con sede en Europa, resolviéndose editar un órgano de expresión con la misma denominación que en el pasado representaba a la Co-

rriente, —*Respuesta*— y finalmente convocar a un congreso constitutivo y representativo que tendría lugar a fines de 1981 en América Latina, probablemente en México.

En el "Encuentro" no participaron sectores cuya identidad con la izquierda nacional nadie pone en duda. Tales como el Movimiento Patria Grande, liderado por el senador Enrique Erro, fundador y protagonista principal de la Corriente histórica, o el Partido por la Victoria del Pueblo, cuya actuación en estos años de exilio le otorgan credenciales más que suficientes como para ser invitados a participar en este proceso de organización, reflexión y acción colectiva. Más allá de estas ausencias significativas, producto de cierta desprolijidad en el manejo político de un terreno —triste es reconocerlo— minado por la discordia, la convocatoria encontró un campo fértil para el reverdecimiento del sector marginado o automarginal.

El polémico y espinoso tema en torno a las políticas de alianzas, fundamentalmente centrado en la adhesión o no al Frente Amplio en el exterior y a la Convergencia Democrática, quedó postergado formalmente hasta la realización del Congreso constitutivo, que decidirá en definitiva. El encuentro en Rotterdam, si bien instó a asumir responsabilidades de trabajo en el Frente Amplio en el exterior, dejó en libertad de acción a todos los grupos pro Corriente. Estos discuten hoy lo que significa el Frente Amplio en el exterior, sus posiciones, su estructura organizativa y sus alianzas, como la que privilegió con la Convergencia Democrática.

Primo en definitiva la posición de quienes —como el grupo México— sustentaban que la Corriente debe en una primera etapa, constituirse y renovar su identidad, desarrollando su propia acción política, demostrando que tiene un perfil y un aporte propio a la lucha uruguaya y que puede trabajar con otras fuerzas antidictatoriales y en consecuencia toda desición en torno a la política de alianzas deberá ser abordada en una etapa posterior".

A nuestro entender este proceso no debe orientarse a señalar como tema central y excluyente la formulación de una correcta política de alianzas. Adherir o no al Frente Amplio en el exterior y a sus alianzas

con la burguesía antidictatorial, tema que divide a la Corriente y corre el peligro de congelar el rico proceso abierto, no constituye el nudo a desatar. El tema central gira en torno a la formulación del nuevo proyecto social y político, que la Corriente deberá construir, con capacidad real para comunicar, convencer y persuadir a la nueva sociedad uruguaya, que está surgiendo en medio de profundas mutaciones y convulsiones, producto de la acción autocrática.

De esta manera quedó abierto un proceso de riqueza insospechada que podría culminar en la virtual siembra de los embriones de una nueva izquierda nacional, que busque construirse a partir de nuestra propia realidad, de nuestro ser y deber ser, sin extrapolaciones mecanicistas, poniendo el acento en la especificidad nacional, tratando no sólo de ser una fuerza nacional sino también de parecerlo.

Para que ello sea posible, es menester previamente, ponerse de acuerdo sobre múltiples tópicos, teóricos, y organizativos, sin los cuales la Corriente volverá a convertirse en el cuculio que nunca dejó de ser: de gran fuste y de escasa raíz.

Temas y cuestiones que consideramos son las llaves maestras del proceso y que nos llevan a formular las siguientes reflexiones:

La existencia de lo que en el pasado constituyó la Corriente es necesaria hoy más que nunca. Ello implica reafirmar la vigencia histórica y política de la mediación orgánica nacida en 1972. Caso contrario, estamos hablando de nuevos lazos orgánicos sin anclaje alguno en el pasado. Y al reafirmar la vigencia histórica del fenómeno Corriente postulamos que la representatividad de ciertas organizaciones pueden perdurar en el tiempo aún cuando sus estructuras orgánicas dejen de funcionar en la etapa.

Pese a la actual debilidad de sus lazos orgánicos la importante mediación política que significó la Corriente puede resurgir con fuerza insospechada si logra ampliar sus fronteras partidarias intentando una lectura actualizada de la realidad sin ningún tipo de condicionamientos rígidos.

Advertimos en este inmenso desierto de iniciativas con poder real de convocatoria, cuánta necesidad tiene nuestra izquierda, de las fuerzas sociales que en el pasado se identificaron con la "Corriente frenteamplista" y que hoy marginados de los espacios superestructurales antidictatoriales buscan recuperar su voz y su presencia perdida.

La Corriente, embrión de un socialismo con los colores uruguayos, hoy más que nunca debe de abandonar su cómoda butaca de espectadora para desempeñar su papel de actora y protagonista en la lucha contra las estructuras de la desigualdad y del despotismo.

Los intereses de esa izquierda hoy no están representados orgánicamente. Y si durante estos años de ignominia perdió el tiempo en concentrarse en la lectura de sus propias viscosidades, hoy parece estar de acuerdo en privilegiar la construcción de un referente orgánico que exprese sus intereses desatendidos.

Convencida además que no es imposible superar la actual dispersión, la balcanización y el inmovilismo de la izquierda uruguaya.

El intento de reorganizar la Corriente implica desbloquear y abrirle paso a la izquierda de raíces uruguayas con la cual nos identificamos. Implica también que las consignas hacia un socialismo a la uruguaya, y una democracia participativa y una lucha

antidictatorial sin exclusiones dejen de ser meras abstracciones sin canales orgánicos para su ejercicio.

La presentación en sociedad de la Corriente —aunque limitada al ámbito nada decisivo del exilio donde no se juega la batalla definitiva— está vinculada al vacío notorio y al silencio que ensordece en torno a los temas y a las prácticas que dieron nacimiento a la coalición liberada por Zelmar Michelini, Enrique Erro, Alba, Roballo, Héctor Rodríguez, Mario Benedetti, y Ariel Collazo entre otros.

La Corriente nació oponiéndose a los lenguajes gastados, las rigideces doctrinales, las recetas, las tentaciones cupulistas, el hábito de la concentración de las responsabilidades, el monolitismo y las falsas unanimidades, la robotización, el espíritu de rutina, la tendencia a momificarse, el sectarismo y el cuoteo; males que aún hoy continúan parcelando a nuestra izquierda y excluyendo a muchos que desean aportar lo mejor de sus vidas en el frente contra la dictadura.

Después de tantos años la razón que le dio vida en 1972, pervive sin que sus consignas se hayan fosilizado, como tantas otras que no resisten el paso del tiempo y la contundencia de la realidad. Y si analizamos la fuerza sin consenso del adversario, producto de la coerción pero también de nuestra debilidad y de una izquierda a la deriva, ¿cómo no reclamar en el escenario la presencia de la Corriente y su significado?

Como si la compleja tarea de tumbar la dictadura fuera tarea de otros. Como si la Corriente no fuera en la izquierda, en virtud de su pasado y de sus méritos uno de los destacamentos de la democracia uruguaya con más posibilidades de hacer cierta la consigna convocante de "triunfa quien lucha, no quien gime".

La consigna de lucha y resistencia enfrentada a la línea del conciliábulo y la conciliación es tan necesaria hoy como lo fue la Corriente que infundió vida al pasado.

La izquierda en retirada a sabido en el exterior ocupar espacios superestructurales pero no ha sabido, corrigiendo la política de cúpulas, descubrir e impulsar las nuevas formas de lucha que la coyuntura exige. Muchos encuentros y actos y poca lucha real parece ser la consigna de la hora. Al pueblo uruguayo no le interesan las "camisetas políticas" si éstas no sirven para organizar tareas concretas con audacia e imaginación.

Clausurado el espacio agitativo tradicional debemos crear un nuevo espacio moral y político, donde el reclamo y la protesta sirva para acumular algo en el interior del país capturado.

Hasta la más insignificante protesta reivindicativa, así se trate de reclamar por los ruidos molestos o la contaminación ambiental, afecta al conjunto del férreo aparato estatal, cuya cimentación no admite fisuras.

Y en este plano, eminentemente participativo, vinculado a las preocupaciones cotidianas del pueblo que no se exilió, el estilo particular de lucha vinculado a las bases, que caracterizó antaño a los "correntistas" unidos en 1972, debe de ser rescatado como aporte significativo para el conjunto de la izquierda.

La Corriente es necesaria porque sus raíces la habilitan para responder a la pregunta que se formulan tantos analistas: "porqué en un país que exhibió un grado importante de combatividad y organización, la izquierda no logra articularse en forma activa y levantar un tipo de lucha, que en cambio presentan frontalmente

otros países del Continente con menor tradición política”.

Y necesaria es además una nueva forma y un nuevo estilo —y la Corriente puede expresarlo— para encarar la lucha ideológica contra los valores y concepciones que busca imponer la autocracia, exaltando por otra parte los elementos que constituyen la reserva histórica de nuestro pueblo: “su solidaridad, su civilismo su voluntad nacional, su capacidad de organización.”

Como también es necesario revitalizar la línea de masas antinominalista que la Corriente practicó durante el breve y difícil período histórico que le tocó actuar. Su línea de masas aceptando que el pueblo es el único y gran protagonista del cambio histórico, e impulsado los Comités de Base de Frente Amplio y polemizando contra los temores del “doble poder” que impedían el desarrollo de una línea de masas real, hoy también confirman la vigencia de la Corriente histórica y la necesidad de su presencia.

Y finalmente, es necesario el proceso reorganizador de la Corriente, porque las múltiples razones, quizá sea la única fuerza en potencia capaz de quitarse su propia “camiseta”, capaz de comprender que no están los días para la pequeña política sino para el diseño de una alternativa frente al modelo autoritario, capaz de unir en medio de la desunión y capaz en fin de formular a la izquierda toda una oferta moral, ideológica y política que permita saldar a favor del pueblo organizado esta confrontación desigual.

En este tema de la unidad, hoy más que nunca, es necesario vitalizar las concepciones convergentes de la Corriente histórica que siempre concibió a la unidad más como un proceso que como un resultado o un principio sacrosanto, descartando como inservible la unidad sin lucha ideológica. Siempre supo la Corriente que no habría unidad sin un alto precio de debates, discusiones, desgarramientos fecundos y creadores. Y esta vieja posición también hoy tiene vigencia.

En el necesario y aún abierto proceso de unidad de la izquierda, la Corriente puede constituirse en la única forma capaz de superar el límite de la “unidad entre las organizaciones”, —límite, por otra parte, aún muy lejos de ser alcanzado— comprendiendo que la unidad de las fuerzas del cambio no se mueve sólo a través de los aparatos políticos sino transitando por toda la compleja trama del tejido social.

La Corriente nunca temió debatir sus divergencias con organizaciones fraternas, de cara a las masas, y siempre entendió que las fuerzas del cambio se dinamizan a medida que se incrementa la lucha ideológica. Rescatar este estilo y estas concepciones de su pasado, con la mira puesta en un acuerdo en toda la izquierda, en cuestiones esenciales, puede constituir otro aporte singular en el marco del proceso abierto en Rotterdam.

Por otra parte, la Corriente constituye una de las fuerzas políticas, con mayor peso moral y capacidad necesaria para apoyar una amplia, representativa y legítima convergencia de todos los sectores democráticos, garantizando que este proceso, no se realice a costa del retroceso de una imprescindible convergencia socialista.

Sin embargo, tan o más importante que la necesidad descrita, es dirigir este proceso hacia una virtual refundación de la Corriente. Más que hablar de la reorganización de la Corriente deberíamos hablar de la

Nueva Corriente, porque injertarle raíces sólidas implica replantarla.

Lo cierto es que el tiempo no ha pasado en vano y en el Uruguay que encontremos al retorno no quedarán ni las pavesas del que dejamos hace casi una década. ¿Cómo entonces extrañarse de hablar de Nueva Corriente?

Nuestra sociedad civil ha sido transformada de maneras tan profundas por el impulso combinado de la fuerza y la concentración de capital, que si no combatiéramos el apogeo conservador a las viejas formas y ritos de organización, no serviríamos para nada.

Prolongar, sí, la tradición y la historia de la izquierda, pero al mismo tiempo eliminar la pesadez y la inercia en la forma de concebir la acción y la renovación.

Algunos de los grupos pro-Corriente que iniciaron este proceso, entre los que se cuenta el de México, ya afirmaron —y en buena hora— la necesidad de una Nueva Corriente.

El aditamento “nueva”, que defendemos, ha provocado no escasas críticas y confusiones que nos obligan a precisar conceptos declinando ambigüedades.

Algunos militantes de la Corriente interpretaron el vocablo “nueva” como cuestionador de la Corriente histórica y por la ley de la acción y la reacción salieron lanza en ristre a defender las viejas raíces presuntamente cuestionadas, apelando a lealtades, afectos y declaraciones de queridos, prestigiados y entrañables luchadores prisioneros. Una vez más bajo la consigna de “hacerle el juego al enemigo”, apelando a análisis, pretendieron dejar sin libreto, a los partidarios de una renovación profunda. Como si la dictadura a la que hay que poner fin, sufriera de algún modo con propuestas que se apoyan en lecturas recortadas de la realidad. Como si todos hubiéramos nacido en la placenta sagrada de una organización de por vida y para siempre sólo las piedras no cambian. Y eso, si no tomamos en cuenta la erosión y su proceso de mutación.

En circunstancias como las que vivimos, hijos de la derrota como somos, nada aconsejable es al excesiva complacencia para mirar el pasado. No es bueno privilegiar las disidencias ni los matices, pero tampoco es positivo dejarse convencer con los sofismas de las falsas lealtades, las emboscadas afectivas, los oráculos inhibitorios, que en definitiva estrangulan el análisis y la reflexión.

¿Cuándo aprenderemos a abandonar el pensamiento digestivo y perezoso que tanto contribuyó a la consolidación y auge del autoritarismo.

Hoy ya no podemos eludir la confrontación de diferencias. Estamos obligados a expresarlas mediante una discusión franca, fraternal y creadora. La verdad no puede ser otra cosa, en política, que el resultado que surge de la oposición de las ideas. No es precisamente la lucha ideológica, honesta y fraterna la que paraliza la unidad socialista, sino la persistente “política de avestruz” basada en el monolitismo y las falsas unanimidades.

Sin embargo, cuando reivindicamos el concepto de “nueva” no partimos de cero, ni adherimos a la política de “borrón y cuenta nueva” contracara del triunfalismo que reivindica el pasado en bloque como si aquí no hubiera pasado nada. No creemos en la tesis del “nada sirve” que hoy seduce a ciertos sectores del

exilio. Ni tampoco pretendemos negar la fuerza que nos viene de un pasado preñado de avances históricos.

Pero "nueva" sí, porque también la Corriente fue derrotada. Y porque también fue protagonista de los errores cometidos. Y porque tampoco supo imponer no ya el detente al ascenso de los dictadores, posibilidad que no existía en la coyuntura final, pero sí objetivos políticos posibles implícitos en la estrategia a largo plazo. Y porque aún no ha concentrado ni política ni científicamente la tarea autocrática que permita entender el hilo conductor que impidió evitar o atenuar el colapso.

Y "nueva" también porque el tiempo no pasa en vano y la tarea de restituírle sus fuertes raíces — nacidas mucho antes de su fundación — su vieja sabiduría libertaria, su certidumbre científica, su fe en la superación de los errores cometidos, es de tal entidad, que no vemos como puede encararse si no hablamos de una virtual refundación de la Corriente.

Nueva también porque la derrota ha profundizado en la izquierda un proceso de fosilización que pugna por pulir las ortodoxias, retrotraer los discursos, retornar a las viejas tesis, callando los antiguos errores única manera de volver a reproducirlos. Proceso que indirectamente corremos el peligro de reproducir contaminando nuestras posibilidades de maduración.

Nueva porque a partir del golpe de estado la actuación de la Corriente o de sus fuerzas originales no ha podido organizar a ninguno de los niveles posibles la lucha antidictatorial. La Corriente surgió de una coyuntura determinada y adhirió a un proyecto político, adecuado a la etapa. Hoy proyecto y coyuntura han quedado atrás. De ahí la necesidad de un proyecto nuevo capaz de responder a los desafíos de la cambiante realidad y readecuar orgánicamente a nuestra izquierda derrotada.

Nueva porque hoy debe proponerse con ambición la formulación de un proyecto nacional que promueva la unidad moral y política de los demás, en torno a sus propuestas y expectativas.

Nueva porque el maremoto regresivo a tenido la virtud de ubicar en el primer lugar del orden del día la lucha por la democracia política, lucha que hoy adquiere una jerarquía y prioridad de una entidad diferente a la vivida hace una década. Y priorizar la lucha por la democracia, como recurso superior de la desajenación implica redefinir y cuestionar viejas verdades. Entre otras la de suponer a la democracia socialista como absolutamente opuesta a la democracia burguesa, sin percibir y diferenciar en ésta, sus elementos de democracia real y sus elementos de dominación política. Sin admitir que aunque en estado primitivo existen en la democracia burguesa mecanismos de apropiación social del producto que disminuyen el desencuentro alieneante entre productor y producto, respondiendo así a la socialización creciente de la producción.

Nueva además, en este tema, porque sólo a través del ejercicio de la democracia, la clase obrera se educa en el capitalismo como clase hegemónica y ello nos debe llevar a redefinir el viejo tacticismo en la materia otorgando a la lucha por la democracia un definido carácter estratégico.

Todo ello teniendo en cuenta la contradicción entre democracia y dominación de la burguesía, y concibiendo nuestro democratismo como parte de una estrategia de poder socialista, sin reducirlo a los límites tolerados por la dominación de la burguesía, y defen-

diendo en todo momento los elementos de democracia real insertos en la democracia burguesa y vulnerados por la propia burguesía. So pena de convertirnos más que en portadores de una sociedad libre e igualitaria, en co-gestores de la actual.

Nueva porque también debemos redefinir la concepción que teníamos de hegemonía y supremacía. Equivocada concepción que poniendo el acento más en la dominación y coerción que en la dirección y el consenso, en buena medida contribuyó a aislarnos de las mayorías que no supimos convencer ni ganar para nuestro proyecto histórico, acelerando el avance autoritario que no encontró resistencia adecuada.

Nueva porque también es necesario redefinir el concepto de internacionalismo solidario, enturbado por las tesis de los "partidos guías", buscando rescatar su profundo y noble sentido original basado en la fraternidad universal de los oprimidos.

Nueva, una vez más, porque también es necesario repensar el papel de la clase obrera en nuestra formación social, ampliando sus fronteras, revisando el concepto de dictadura del proletariado y aun el más rico de hegemonía de la clase obrera.

Nueva, también, porque debe modificarse nuestra conducta frente a la pequeña burguesía, clase social ante la cual la izquierda jamás tuvo propuestas ni proyectos, y que siete años de dictadura del capital monopolístico financiero intentando su pauperización y exterminio han probado que puede y debe ser ganada para nuestro proyecto estratégico.

Más allá de discutir, además, en el marco de una Nueva Corriente el postulado, que admita que el socialismo es el único sistema capaz de garantizar a la pequeña burguesía su realización como clase social.

Incluir a la pequeña burguesía en las fuerzas motrices del cambio, modificando el tradicional carácter táctico de esta alianza para convertirlo en acuerdo estratégico implica obviamente una redefinición de fondo sobre bases necesariamente nuevas.

Nueva asimismo, porque debemos redefinir también nuestra relaciones con la burguesía nacional de origen industrial volcada al mercado interno y la integrada por pequeños y medianos productores rurales y la gran masa de arrendatarios que en su mayoría se confunden con aquellos y que pueden ser conquistados por nuestro proyecto de vida y sociedad.

Estos sectores mayoritarios de la burguesía nacional, al cual poca importancia le ha asignado la izquierda en su conjunto, desangrados por la dictadura en el marco de una política de exterminio y desalojo en el reparto del excedente, han sido también fuertemente explotados por su propio sector minoritario y por la totalidad de la burguesía compradora volcada al mercado externo, a la intermediación y al aparato financiero y bancario. Redefinir el carácter de esta alianza táctica es otra de las necesidades que nos obligan a hablar de nuevas bases sobre las que asentaremos la Nueva Corriente.

Nueva, por cierto, porque los combates que hoy enfrenta el pueblo uruguayo se desenvuelven en un marco muy diferente al de hace diez años. El marco constitucional cuyas garantías democráticas fueron obtenidas por el pueblo mismo a través de décadas de confrontación hoy ha sido hecho añicos por gobernantes de facto cuyo único lenguaje es la violencia. Y ello implica redefinir también las viejas posturas sobre la violencia y sus peligros. El legítimo derecho a la vio-

lencia democrática, que debe ser opuesta a la violencia del autocratismo, para terminar con él en sus frondas y en sus raíces, no puede quedar en una mera expresión de deseos, sino ser objetos de firmes prioridades orgánicas que en el pasado no figuraban en el orden del día real de la "Corriente histórica". La violencia, en el Uruguay del despotismo, inevitablemente, debe estar presente en el enfrentamiento cotidiano en contra de un régimen que sólo se sustenta en ella. El movimiento popular debe capacitarse para la defensa armada de la democracia.

Nueva, por último porque también es necesario resolver con nuevos criterios la vieja opción de lucha nacional o lucha de clases o dicho de otra forma, lucha eminentemente antiimperialista y democrática o lucha exclusivamente anticapitalista y socialista. Redefinición cuya resolución incorrecta puede desgastarnos tras objetivos estratégicos inviables, regalando al enemigo aliados preciosos.

Y nueva de toda novedad porque la Corriente histórica debe proponerse el ensanchamiento de sus fronteras partidarias de antaño, invitando a participar en sus marcos a aquellas organizaciones de izquierda, con probados anclajes en la lucha antidictatorial, que en el pasado no adhirieron al programa del Frente Amplio y que hoy estarían dispuestas a fortalecer el fragmentado polo de la izquierda nacional.

El proceso abierto en buena hora, nos afirma en nuestra convicción de que será Nueva o no será. Pero "nueva" sin renegar del "paisaje" ideológico que le permitió ser y hacer. Más bien con el sentido de la afirmación proustiana: "La travesía real del descubrimiento no consiste en buscar paisajes nuevos sino en poseer nuevos ojos".

Y será necesario "Nueva" porque al fin y al cabo la derrota nos enseñó, entre partos y dolores, que ha llegado la hora de no pedirle permiso al pasado para inventar el futuro.

apareció

**volumen 8
(tomo III)
EL CAPITAL**
Karl Marx

**MÉXICO: LA
DISPUTA POR LA
NACIÓN.**

**Perspectivas y
opciones del
desarrollo**

R. Cordera y C. Tello
"2a. edición"

novedades

**LA NUEVA DIVISIÓN
INTERNACIONAL DEL
TRABAJO**

F. Fröbel/J. Heinrichs/O. Kreye
Max Planck Institut

**LA INSTRUCCIÓN
ESCOLAR EN LA
AMÉRICA CAPITALISTA**

S. Bowles y H. Gintis

**COMUNISMO EN LA
BIBLIA**

José Porfirio Miranda

**NARRATIVA
HISPANOAMERICANA**

1816-1981

**HISTORIA Y
ANTOLOGÍA**

Ángel Flores
volúmenes 1 y 2



SIGLO XXI EDITORES:
Av. Cerro del Agua 248,
México 20, D.F.
Distribuidora en
Guadalajara: Federalismo
Sur 958, Guadalajara, Jal.

renueva tu suscripción



cuadernos de marcha

México
América Latina
Otros países

\$ 300 (estudiantes: \$ 250)
15 dólares
18 dólares

Envíe por correo el cheque a nombre de CEUAL, AC, indicando con claridad, su nombre y dirección. (Indicar si se trata de renovación o nueva suscripción).

Haga su envío a:

CEUAL, AC
Apartado postal 19-131
México 19, DF
México

Compañero: haga un nuevo suscriptor.

CUADERNOS DE MARCHA

El peronismo entre la resistencia y la renovación

Jorge Luis Bernetti

Después de los primeros diez días de ejercicio del poder, el general Roberto Viola, titular de la segunda etapa de la dictadura militar vigente en la Argentina desde marzo de 1976, parecía haber ejercido el poder durante 10 años. El desgaste, las críticas, el rechazo a las formulaciones enarboladas entre ambigüedades y tartamudeos liquidaron el supuesto capital político que el relevo en los mandos traería aparejado. La crisis en la cúpula gobernante (el enfrentamiento enretelones del presidente y su colega el teniente general Galtieri, comandante en jefe del ejército), la renovada serie de escarceos prebélicos con Chile, los incessantes reclamos por la vigencia de los derechos humanos, fueron coronados por el alud de una crisis económica colosal. En lo que va del año la moneda argentina ha sido devaluada en un ciento diez y seis por ciento, en tanto la fuga de divisas y el mercado negro hacían su agosto y la desocupación llegaba a límites de desastre. Hasta el nuevo titular del equipo económico, Lorenzo Sigaut, declaraba que "una enormidad de trabajadores industriales han dejado de estar en el sector industrial".

El cuadro económico catastrófico, que llevó a los analistas moderados, a considerarlo peor que el vigente en momentos del golpe militar, volvió a renovar las expectativas acerca de una posible salida electoral, condicionada por cierto como el medio *honorable* de una retirada castrense.

Empero, aunque el aparato militar alienta los juegos y rejuegos en este sentido, el propio general Viola declaraba, a comienzos de junio que su sucesor en 1984 será otro uniformado. El supuesto tira y afloja oculta un problema que sigue siendo el capital cuando se analiza la crisis política argentina desde la perspectiva del bloque dominante oligárquico-transnacional: ¿cómo hacer para que el peronismo no ocupe el po-

der político por vía de una consulta electoral?

El problema quiso resolverse con las proscripciones desde 1955 a 1973. Se sabe su culminación: terminó con el retorno de Perón, la victoria electoral de Cámpora en marzo de 1973 por el 50% y de Perón en septiembre del mismo año por cifras más concluyentes aún: el 62%. Cualquier especulación electoral que se haga hoy en la Argentina, por más devaluado que encuentre al justicialismo, no deja de reconocer su carácter de primera fuerza comicial.

El poder militar, con plena conciencia de esta realidad, trata de jugar la otra vieja carta utilizada, alternativamente también en los años del 55 al 73: la constitución de un peronismo amigable y respetuoso del juego impuesto por la dictadura de más de un lustro. La táctica del general Jorge Videla y su ministro del Interior, el también general Albano Harguindeguy (hoy asesor del presidente Viola), se dirigió a embestir la conducción justicialista encabezada por Deolindo Felipe Bittel. El escribano Bittel, un veterano político provinciano —caudillo indiscutido de la provincia del Chaco en el noroeste argentino— desempeña el cargo de vice-presidente primero del Consejo Nacional del Partido Justicialista (la denominación partidaria-electoral del peronismo). Titular de dicho organismo es, precisamente, Isabel Martínez de Perón sometida a prisión en una aparentemente interminable serie de chicanas judiciales, prolongadas abiertamente por el poder castrense.

Bittel es un hombre que proviene de los sectores moderados del peronismo. Más aún, en la década del 60 era calificado de "neo-peronista" porque no acató las consignas del voto en blanco dictadas por Perón para combatir la proscripción. Bittel empero, llegó a ganar la gobernación chaqueña con un partido provincial.

Ahora, desafiando cualquier hipótesis sobre

sus antecedentes, Bittel y el grupo de dirigentes del Consejo pasaron a encarnar, progresivamente, la oposición a la dictadura. Episodio culminante en este enfrentamiento fue el documento aparecido en septiembre de 1979, cuando la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) de la OEA realizó una visita a Buenos Aires para investigar las violaciones a esos derechos. Entonces, Bittel hizo una declaración que conmocionó a la Argentina, en medio del hasta entonces opresivo silencio vigente bajo la ley del terror. "Nosotros —decía el máximo responsable partidario del peronismo— no hemos de permanecer impasibles, no haremos de nuestro silencio una conducta. Sentimos un imperativo, producto de nuestras convicciones y de nuestra larga y dura militancia en la causa de la Patria. En consecuencia, el dolor de una madre es nuestro dolor: el dolor de un hijo es también nuestro; el obrero al que le falta pan y no le permiten decir lo que le falta, se hará voz en nuestras voces. Todos se harán voz en nuestras voces. Y esto nos compromete a asumir el dolor de aquellos que padecen la cárcel, a través de *actas*, decretos o bandos, en las prisiones, embajadas, domicilios y confinamientos y de los que padecen —y son millones— este exilio interior de la represión, el silencio y el hambre".

Contra la posición de Bittel y su conducción aparecieron diversos proyectos de "convergencia cívico-militar". El más notorio fue —y sigue siendo— el del ex diputado Luis Sobrino Aranda, hoy titular del CEDES (Centro de Estudios Económicos y Sociales). Un par de años atrás, Sobrino promovía la operación política del almirante Eduardo Masera, ex-comandante en jefe de la armada e integrante de la junta militar. La responsabilidad de Masera en el proceso dictatorial desprestigió rápidamente este gambito que, por otra parte, no contaba con la simpatía del ejército, en tensa rivalidad con la armada por las críticas que ésta hiciera a la política de José Alfredo Martínez de Hoz.

Cuando el poder real, o sea el ejército, jugó sus propias cartas dió paso al llamado diálogo político. Era una convocatoria formulada en medio de la supresión de la legalidad de los partidos políticos, cuya actividad está —por acta de la junta militar golpista— suspendida. Banqueros, integrantes de Academias de Ciencias Políticas y Morales, políticos sin votos y la conducción de la Unión Cívica Radical (UCR), encabezada por su veterano líder Ricardo Balbín, concurren a la cita.

En cambio, el ministerio político se negó a convocar a la dirección oficial del justicialismo. En su lugar llamó a dirigentes que habían expresado su confianza en "el Proceso de Reorganización Nacional", como se autodenomina la dictadura: Raúl Matera, ex delegado de Perón en la

Argentina en la década del 60, Alberto Iturbe y Delia Parodi, éstos últimos desprestigiados por su responsabilidad en el fracaso del Operativo Retorno de Perón en 1964.

La gran mayoría de los dirigentes y cuadros medios partidarios cerró filas en torno a Bittel, convertido en símbolo y portavoz de la ortodoxia del movimiento. La acción fue tan vigorosa que inclusive el doctor Angel Robledo, ex-titular de varias carteras ministeriales en el último gobierno peronista y portavoz del llamado sector antiverticalista, apoyó el rechazo del diálogo con el videlismo. Pero si la operación fracasó en el rubro político, obtuvo algún mejor rédito en el aparato sindical. El líder de los trabajadores de la industria plástica, Jorge Triaca aceptó la invitación. Triaca ocupa el lugar más destacado en la conducción del conjunto de gremios agrupados en la Comisión Nacional del Trabajo (CNT). Este agrupamiento de sindicatos, la mayoría de gremios no intervenidos por el gobierno militar, en alianza con otro sector de menor dimensión, conocido como "Los 20", se ha negado a reconstituir la Confederación General del Trabajo (CGT), disuelta por decreto militar.

La CGT, encabezada por Saúl Ubaldini, secretario general de los trabajadores cerveceros ha sumado la mayor parte de sus efectivos al agrupamiento llamado "Los 25". Estos fueron los protagonistas de la huelga general —que no apoyó la CNT— del 27 de abril de 1979, acción que marcó una nueva etapa en la acción sindical de resistencia. "Los 25", a su vez, se constituyeron en torno al Movimiento Sindical Peronista (MSP), que inspira el taxista Roberto García.

La CGT se pronunció el pasado 1º de mayo señalando que "el restablecimiento de la democracia es el único y definitivo remedio para superar esta crisis (. . .) El pueblo todo de la República tiene hoy cercenados sus inalienables derechos políticos que lo marginan de participar en la definición del destino de la Nación". El comunicado firmado por Ubaldini y Fernando Donaires (secretario adjunto de la Central, líder del gremio papelerero), declaró también que "la gran mayoría de los sectores ha sufrido los efectos de una política tan irracional como soberbia que dilapidó todos los esfuerzos productivos a favor de la inmoralidad especulativa y con la finalidad última de dejar la tierra arrasada".

Existe una vinculación profunda entre la posición del Consejo Nacional del PJ, encabezado en la emergencia por Bittel y la CGT, en tanto que también la hay entre los negociadores políticos y la conciliación sindical representada por la CNT-20.

La pugna entre ambas concepciones se volvió a presentar de manera abierta cuando la CNT-20

aceptó concurrir a una reunión convocada por el ministro de trabajo, el brigadier Julio César Porcile, para designar la delegación sindical a la conferencia de la OIT en Ginebra en el mes de mayo. La CGT rechazó la llamada oficial y designó sus propios representantes. La CIOSL respaldó esta posición cegetista. Las regionales del interior del país de la CGT, que conforman su sector más combativo, señalaron que "no avallan ni otorgan representatividad a ninguna delegación obrera surgida de una convocatoria oficial del gobierno". Y al juzgar la situación global del país, la CGT señaló en esa oportunidad: "El país está sumergido; economías regionales devastadas, el aparato productivo destruido, sin posibilidades de rehabilitación, empresas quebradas, importación desenfrenada, devaluaciones y una deuda externa de 30 000 millones de dólares (...) Al cercenamiento de sus derechos laborales, se ha sumado una sistemática persecución de sus dirigentes, modificación de las convenciones colectivas de trabajo, Ley de Asociaciones Profesionales, Obras Sociales, intervención de los sindicatos e intento de disolución de la CGT, así como la imposición de leyes represivas (...) Vastos sectores sociales viven en la extrema pobreza con ingresos inferiores a los de su subsistencia. Sobre las espaldas de los trabajadores se han descargado las peores consecuencias de este proceso". Y la CGT también denunció "salarios indignos, viviendas inaccesibles, desintegración del grupo familiar, emigración buscando nuevos horizontes, que no se encuentran en ningún lugar del país, deserción escolar, desocupación, e inseguridad en la continuidad de las fuentes de trabajo".

En este auténtico duelo sindical se dirime, además de la batalla por la conducción del movimiento obrero, gran parte de la lucha por la orientación global del peronismo.

En el plano político, el cuadro de las fuerzas internas se vió modificado, por la decisión de la ex presidenta Isabel Perón de nombrar nuevos abogados para la prosecución de sus causas judiciales, ahora pendientes, dos de ellas, de nuevos fallos. La resolución político militar, que guió la mano de los jueces, Isabel replicó con el nombramiento de Robledo, Italo Lúder y Manuel Araúz Castex, como sus nuevos abogados. Es significativo que tanto Robledo como Lúder sean las cabezas visibles del "antiverticalismo". Este sector desde antes de la caída del gobierno peronista, cuestionó la "verticalidad", es decir, la subordinación a Isabel. En realidad bajo sus críticas de discurso democratizador liberal, Lúder y Robledo jugaron sus cartas militares, las que seguirían conservando en la actualidad. Isabel, obviamente, intentó replicar a la acción militar judicial con una medida unificadora del movimiento.

Como la decisión penal está aún lejana, tam-

bién lo está el momento de la libertad de la efectiva titular del Consejo Nacional del PJ. En esta circunstancia se definiría el complejo tema de la redefinición de su papel al frente del justicialismo: si como jefa del movimiento —es lo que proponen los "ultra-verticalistas", minoritarios en el justicialismo— o como "reina de Inglaterra" según lo señalan en privado la mayoría de los dirigentes. En todo caso, es un problema interno del peronismo que rechaza los juicios del poder dictatorial sobre la persona de la ex mandataria como otra de sus imposiciones arbitrarias.

La lucha por la vigencia de los derechos humanos es una de las banderas sostenidas por los sectores intransigentes del peronismo. No sólo se reclama la libertad de Isabel sino también la de Jorge Taiana, ex ministro de Educación, la de Julio Guillán, prestigiado líder del sindicato telefónico, seriamente enfermo en la prisión, la de Ernesto Villanueva, ex rector de la Universidad de Buenos Aires y la de Eduardo Jozami, del gremio de prensa, para mencionar algunos de los más significativos de los presos, así como la de Juan Manuel Abal Medina, refugiado en la embajada mexicana en Buenos Aires, cuyo salvo conducto se niega a entregar tercamente el ex secretario de prensa en el gobierno de Cámpora.

Pero, ¿qué hay más allá de la resistencia defensiva del peronismo punto de partida de cualquier proyecto democratizador en la Argentina? El pensamiento justicialista crítico sobre el pasado y sugerente para el futuro comienza a asomar lenta pero firmemente. En marzo pasado se realizó una celebración —en Buenos Aires— de las victorias del 18 de marzo de 1962 y el 11 del mismo mes de 1973. Un documento suscrito por el general (retirado) Raúl Embrioni; el ex-secretario de prensa en el gobierno de Cámpora, José María Castineira de Dios; el antiguo líder sindical Andrés Framini y los ex legisladores Nilda Garré de Abal Medina —activa defensora de los derechos humanos— y Julio Bárbano, apuntaba en este sentido. Así dijeron: "En el afán de justificar la inadmisibles presencia del gobierno la oligarquía golpista se ha empeñado en esa tarea: la de confundirlo todo para que no se entienda nada y desprestigiar así el Movimiento Nacional. Para la machacona propaganda oficial es lo mismo la multitudinaria juventud de aquellas jornadas (N. de A. : en el texto se refiere al 17 de noviembre de 1972, día del regreso de Perón al país y al 11 de marzo de 1973, victoria electoral de Cámpora), que abraza legítimos deseos de transformación políticas económicas y sociales, que la soberbia elitista que medró con su desencanto; lo mismo que los trabajadores que día a día construyeron la victoria con sus dirigentes a la cabeza, que el aventurerismo traidor de algunos; lo mismo la política económica dictada por el conjunto de los

factores de la producción poniendo el capital al servicio de la economía nacional y teniendo como principal objeto el bienestar social que los descalabros posteriores; lo mismo la lealtad de los auténticos dirigentes populares que las bajezas de la macabra etapa lopezrreguista”.

Luego refiriéndose al intenso momento de lucha interna del 73-76, planteaba: “Requiere un análisis detenido del proceso de enfrentamientos en el seno del Movimiento. Nos referimos a los reales, no a las querellas provocadas por la infiltración reaccionaria. *Las diferencias entre el sindicalismo y la juventud o entre éstos y los sectores políticos —mucho más los meramente personales— carecían de entidad para exceder el ámbito paridario*”. Y anotaba que “el otro tema de analizar es la formulación para estos tiempos de *la política revolucionaria que el pueblo quiere* (...) El peronismo si quiere seguir siendo lo que fue, si quiere seguir expresando al pueblo —único heredero de las banderas enarboladas por su líder— debe de estar presente con ideas y palabras adecuadas a estas circunstancias (...) Debemos repensar en unidad al peronismo adecuándolo a los tiempos, pero

siempre uno fiel a sus banderas históricas. El peronismo victorioso, el de 1945-46, el de 1972-73, supo hacerlo (...) la opción sigue siendo Liberación o Dependencia”.

¿Y el peronismo del exilio? Se puede afirmar que hoy se alinea paulatinamente de cara al país. En el encuentro celebrado en la ciudad de Barcelona el 1 y 2 de mayo pasados, militantes residentes en más de seis países europeos y americanos coincidieron en la necesidad de realizar un encuentro internacional de peronistas exiliados sobre la base de ratificar “la vigencia del peronismo como expresión de la lucha contra la dictadura militar oligárquica; la necesidad de una acción exterior, coherente con la conducción política del justicialismo, *rechazándose todo planteo alternativista*; y proseguir la lucha por la liberación de los presos políticos, la aparición de los desaparecidos y la reconquista del estado de derecho en Argentina”.

La dictadura militar sufre hoy graves aprietos. Sin embargo, no pasará a una situación de derrota hasta tanto no afronte un proyecto alternativo. La construcción del mismo es el desafío al que debe responder el peronismo.

Las redes financieras: máscaras y realidades

Pablo Calvo

Una de las formas de dominación más sutiles y determinantes en la vida económica, social y política de los países dependientes ha sido la financiera. Tras la victoria estadounidense en la segunda guerra mundial se creó todo un aparato monetario y financiero altamente perfeccionado que entroncó al dólar como indiscutible soberano en el plano mundial. El Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (BIRF) fueron los engranes principales de ese mecanismo de relojería que se vió complementado con el GATT en el plano comercial, con la AID y con Bancos Regionales, que en el caso de América Latina fue el BID.

En breve, este sistema funcionó en términos del financiamiento de los desequilibrios de las balanzas de pagos, al menos para eso fue creado el FMI en el sentido de evitar cualquier traba a la libre circulación de las mercancías y los capitales. La forma clásica de actuar fue que ante la persistencia de un déficit de un país, deficitario por definición, originado básicamente por un desequilibrio comercial, la comunidad financiera internacional, entonces constituida principalmente por las agencias gubernamentales, regionales o internacionales, se encargaría de reunirlo mediante préstamos. Estos préstamos permitieron la expansión del capital del centro hegemónico. En última instancia se trataba de financiar, por una parte, las compras que esos países hicieran a Estados Unidos y, por la otra, exportar capital que iría a controlar empresas y recursos, siendo esta última tal vez su función principal. Estados Unidos emitiendo dólares,

podía darse este lujo y además, pagar a sus ejércitos en Europa.

Si el déficit de estos países persistía y la comunidad financiera mostraba reticencias a seguir prestando, ya fuera por riesgos políticos, por peligros de insolvencia, por malestar social interno o sencillamente porque había descendido la tasa de ganancia, entonces intervenía el FMI. Después de todo este organismo estaba legalmente investido para ello como centro del sistema monetario internacional y como guardián del sistema internacional de pagos.

Así, el FMI se ha ganado la fama de ser el agente monetario del imperio, el agente del capital financiero. No es el villano, que es la comunidad financiera internacional, pero sí es agente de los villanos, como acertó en señalar Cheryl Payer. De esta forma se ha entrometido en la vida de los países deficitarios, modificando las pautas de su desarrollo y a veces sus destinos.

A lo largo de sus casi 35 años de existencia el FMI, frecuentemente en compañía del Banco Mundial, ha intercedido directamente en contra de los países deficitarios que por su corte progresista o simplemente populista se han salido de la vía fijada por los Estados Unidos. Los famosos programas de estabilización han marcado a la mayor parte de los países latinoamericanos a lo largo de esos años. Así se recuerda las experiencias del draconiano Plan Frondizi en la Argentina de 1959 que significó una caída vertical de los salarios, la injerencia del FMI en el derrocamiento de Goulart en el Brasil de 1964, las intervenciones en Chile, en Bolivia, en Uruguay, en la Argentina de 1976,

y más reciente en México, en Perú, en Jamaica y ahora en Costa Rica.

Resulta sutil este mecanismo de dominación monetaria y financiera justamente porque tras una apariencia de frialdad técnica y con estrictos fines de ajuste de balance de pagos, el personal técnico del FMI y del BIRF hacen una serie de recomendaciones de carácter económico que insospechadamente entrañan profundas connotaciones políticas. Por regla general, para corregir los déficit externos el FMI ha presionado para que disminuya el gasto público y el crédito y con ello la actividad económica, aumentando así el desempleo; de esta forma, al deprimir la demanda interna, se reducen las importaciones y se genera un excedente exportable. Así, se resarcen las reservas monetarias internacionales pero se reducen los salarios reales: la inflación es combatida antes que nada mediante políticas salariales restrictivas. Y para ello se requieren gobiernos autoritarios.

En suma, el FMI ha intervenido cuando la tasa de ganancia ha disminuido y por ello no solo ha beneficiado a la comunidad financiera internacional, incluidos los inversionistas extranjeros, sino también las burguesías locales, las burguesías asociadas.

Sin embargo, se han dado cambios cualitativos de importancia —que no esenciales— en los últimos años en el capitalismo mundial, promovidos básicamente por la creciente internacionalización de la producción, que se intensificó en los años 50 y 60, con la expansión de las empresas transnacionales, y con la internacionalización del capital, fenómeno más reciente que entrañó el espectacular desarrollo del mercado de eurodólares y de los centros financieros internacionales. Dentro de estos cambios cualitativos tal vez el más importante ha sido la pérdida de hegemonía de Estados Unidos y la multipolaridad actual de los centros de decisión que comparten los países avanzados de Europa y el Japón.

La pérdida de importancia del dólar en el sistema monetario internacional y la falta de otro signo que lo remplace (pues el DEG no ha logrado hacerlo) son muestras de lo mismo. De hecho, el abandono de la paridad oro-dólar y las devaluaciones consiguientes del dólar significaron el derrumbe del sistema emanado de Bretton Woods, que se fincó justamente en el oro, en el dólar y en el régimen de tipos de cambio fijos.

El sistema, desde luego, no quedó liquidado. Subsiste un sistema internacional de pagos que ha hecho posible un volumen creciente de co-

mercio internacional y de flujo de capitales. Más aún, un sistema que resistió el embate que significó la absorción del efecto del aumento del precio del petróleo. Sin embargo, fue un sistema que ha funcionado fuera de la legalidad al aceptarse prácticas como los tipos de cambios flexibles antes de efectuar la reforma correspondiente en el Convenio Constitutivo del FMI. Se trata de reformas tardías e incompletas que no han significado sino paliativos en un orden económico en crisis. Se espera la Reforma del Sistema Monetario Internacional en función del Nuevo Orden Económico Internacional, y ni una cosa ni la otra se proclaman de un día para otro. Sencillamente no se proclaman. El sistema es injusto, e imperfecto y seguirá siéndolo porque el desarrollo capitalista así lo es. “El decadente e individualista capitalismo internacional —señaló Keynes en su momento— en cuyas manos nos encontramos después de la guerra no es un éxito. No es inteligente, no es hermoso, no es justo, no es virtuoso y no distribuye los bienes. En resumen no nos gusta y lo estamos empezando a detestar...”

Dentro del desordenado sistema de relaciones económicas internacionales, las instituciones creadas en la posguerra se ven ahora en cierta forma alteradas en su papel y en sus funciones. Por una parte, el GATT parece perder efectividad con las prácticas proteccionistas adoptadas por los países industrializados, si bien se obliga a los socios menores a observar cabalmente las reglas. Por otra parte, el BIRF y sus filiales parecen centrarse en un objetivo más concreto que para el que fue creado, consistente en asegurar el suministro de recursos básicos —minerales y energéticos— a Estados Unidos. En cuanto al FMI, éste ha adquirido un poder mayor a la vez que recibe ataques de los “ultras” monetaristas —Friedman en particular— por su excesiva burocracia y por representar todavía un obstáculo a las libres fuerzas del mercado en la medida en que regula, vigila e interfiere en los flujos internacionales de fondos y en las políticas económicas internas de los países, y por ello recomienda su desaparición.

Nuevas fuerzas han venido surgiendo en el escenario de la economía internacional de una forma más manifiesta. Ellas se derivan de la creciente internacionalización de la producción y particularmente, en estos últimos años, de la internacionalización del capital. La expansión de vastos mercados financieros fuera del control nacional, el crecimiento espectacular de la banca privada y de los centros financieros interna-

cionales son la expresión de ello. Los intereses de los distintos bancos no necesariamente corresponden a los de las empresas transnacionales, como tampoco coinciden entre sí. A ello habría que añadir los vestigios nacionalistas que restan en cada caso y que frecuentemente se contraponen.

La llamada "comunidad" financiera internacional no es un ente homogéneo. Si bien existe el predominio del capital financiero, éste no representa un bloque uniforme ni coincide siempre con los intereses del capital industrial de las muchas empresas transnacionales. Existe este aparente acuerdo entre los bancos de los países industrializados y de los países en desarrollo en el otorgamiento de los llamados "créditos sindicados", en los que participan conjuntamente decenas de ellos; sin embargo no por ello dejan de estar expuestos a una feroz competencia entre sí. La creación de la Comisión Trilateral fue un intento de armonizar las estrategias nacionales de los países hegemónicos, de sus empresas y de sus bancos.

La internacionalización del capital y sus múltiples consecuencias es un fenómeno de gran trascendencia y actualidad por las formas que adquiere que no ha sido lo debidamente estudiado. De hecho, en los valiosos aportes para su comprensión (Guillermo Labarca y Xabier Gorostiaga, entre los latinoamericanos) se intenta establecer un marco teórico para su comprensión a partir de la teoría clásica del imperialismo y con particular referencia a Hilferding. Con todo, admiten que resultan limitados sus alcances y que está todavía por hacerse una teoría que explique cabalmente fenómenos tan complejos como éstos.

En el ámbito latinoamericano se dieron en el decenio de los setenta cambios significativos en el perfil de las relaciones económicas externas. Es de llamar la atención, en un primer plano, el acusado aumento del endeudamiento público externo del área —de cerca de 15 mil millones de dólares en 1970 ascendió a una cifra superior a 150 mil millones en 1980. En segundo lugar destaca el hecho de que una participación creciente de ella se contrate con fuentes privadas de financiamiento, al grado de que Brasil y México se han convertido los deudores principales del mercado de euromonedas.

El peso de la deuda externa es tan importante para los países de América Latina que su servicio ha llegado a comprometer una proporción muy elevada de sus ingresos de exportación de bienes y servicios —70% en México en 1979 y

cerca de 40% en Brasil— con lo que los factores financieros, en vez de los comerciales, resultan determinantes como causantes del déficit externo de estos países; se endeudan más para pagar la deuda.

La evolución de la deuda privada ha sido todavía más dinámica en los últimos dos o tres años. Si las empresas transnacionales tradicionalmente se nutrían de créditos en los mercados locales, actualmente se orientan mayormente al exterior. Este fenómeno resultó particularmente manifiesto en el caso de la economía mexicana en 1980. En efecto, los intereses pagados por el sector privado al exterior (básicamente se trata de empresas transnacionales) se duplicaron en un año, con lo que llegaron a representar la quinta parte del déficit externo del país y, en ese mismo año, los pasivos a largo plazo con el exterior de las empresas transnacionales se sextuplicaron. En el caso del capital a corto plazo su incremento también fue considerable.

Tanto en el caso del Brasil como en el de México —los tradicionales clientes más importantes de organismos internacionales como el BIRF, y actualmente de los mercados financieros privados— sus relaciones con la banca privada internacional resultan particularmente interesantes. En el Brasil, tal es su deuda que la banca internacional tiende a cobrarse con activos de las empresas; pero no le interesa cualquier activo, sino los de ciertas empresas mineras (suministros estratégicos) y particularmente los de los bancos. De esta suerte los banqueros brasileños apelan actualmente a sentimientos nacionalistas y democráticos para salvar el pellejo.

En el caso de México se advierte, por el petróleo, una situación muy distinta a la que sufrió en los momentos de su crisis devaluatoria de 1976 que le orilló a embarcarse en un programa de estabilización a tres años con el FMI. En ese entonces el país, con su moneda devaluada, debía hacerse de divisas ofreciendo mercancías baratas al exterior, entre ellas su fuerza de trabajo, y el petróleo, que fue la verdadera garantía para la comunidad financiera internacional. En la actualidad se ha desmantelado buena parte del antiguo proteccionismo y han entrado ríos de bibelots, además de maquinaria para extraer más petróleo y para modernizar el país. Con ello, a pesar de tanto petróleo, el déficit externo se agravó, lejos de la "autodeterminación financiera" esperada por las autoridades. Pese a ello, por una decisión deliberada de política se ha ido pasando de una moneda subvaluada a una sobrevaluada, y el trabajo, barato

internamente, ya lo es un poco menos para los patrones del exterior. Aun así las reservas monetarias internacionales crecieron como nunca, dados justamente los ingresos de capital por las elevadas tasas nominales de interés y por la seguridad tácita de una relativa estabilidad cambiaria. Esta misma seguridad hizo que el sector privado —nacional y transnacional— se endeudara en el exterior a tasas muy inferiores a las internas.

Con arreglo a este cuadro de la economía mexicana en 1980 surgen algunas interrogantes en cuanto a la inserción del país en la economía internacional y en cuanto a las prioridades de la comunidad financiera internacional.

Por una parte, con los envíos de petróleo se cumple el expediente de los suministros básicos actualmente considerado como punto neurálgico. Por otra parte, con la moneda sobrevaluada parece no importar el afectar aquellas empresas transnacionales que operan en México buscando sus bajos salarios e insumos que si bien deprimidos internamente en términos de dólares se encarecen. Tal parece que tienen mayor peso aquellas empresas que aprovechan el dinamismo de un mercado interno más bien de cúpula que las orientadas a la reexportación. Por último se advierte la prioridad acordada a la banca internacional con las políticas combinadas de tasas de interés y de sobrevaluación, en el marco de la libertad cambiaria, que ha significado una mayor penetración de la banca internacional, en detrimento de la nacional.

La comunidad financiera internacional no es homogénea, pues, a partir de ciertos requisitos mínimos de intereses comunes que forman par-

te de la expansión del capitalismo internacional. Así, se advierte un predominio de la banca sobre la industria y los demás servicios, a la vez que el internacionalismo va ganando terreno al nacionalismo.

El desarrollo del capitalismo se rige por sus propias leyes, que son inexorables y que, a la vez, cobran formas particulares dada la rápida evolución del sistema. En el caso de las relaciones económicas internacionales y de los mecanismos imperiales de dominación de las economías dependientes, se presentan nuevas formas y nuevos fenómenos, como los aquí descritos. Se llega incluso a situaciones como la señalada de que monetaristas como Friedman recomienden la desaparición del Fondo Monetario. Todo ello, sin embargo, no son sino variantes. No porque desaparezca el Fondo las economías periféricas quedarán exentas de la dependencia monetaria, ahora ya no de los gobiernos imperiales, sino de la banca internacional, como desearía Friedman. Se trata en última instancia de cambios de forma, cierto que frecuentemente importantes, incluso cualitativos, pero no de cambios esenciales. Se habla incluso de una inversión en los términos de dependencia, en la medida en que son tales los volúmenes de deuda de ciertos países —Brasil, México— que es ahora la banca internacional la que depende de ellos. El ser un cliente importante otorga un mayor poder de negociación, pero ello no invierte las relaciones asimétricas internacionales. En todo caso lo que sí parece más trascendente y subyacer en todo lo anterior es el carácter declinante del imperio.

Brasil, abrir para cerrar

Héctor Borrat

Desde 1979, la iglesia se ve en la necesidad de considerar, en sus relaciones con el gobierno brasileño, una reformulación de las reglas del juego político que modifican su posición impar. Para los hombres del régimen, liquidar la ficción bipartidista que ellos mismos habían implantado —Arena/MDB— es la manera de romper ese frente amplio opositor que había llegado a ser el MDB, fragmentar la oposición, espolpear sus conflictos internos, debilitarla para ganar sobre ella un control tanto más eficaz cuanto que podía enmascararse presentándose como nueva ideología legitimadora: ¿qué mejor prueba, en efecto, de la anunciada apertura democrática que este florecimiento de partidos bajo la presidencia Figueiredo? Aunque siga excluido el Partido Comunista, aunque continúe vedada al voto popular la elección del presidente, ahora sí Brasil presenta alternativas partidistas múltiples y claramente diferenciadas, que van desde el polo oficialista, el Partido Demócrata Social (*PDS*) hasta el polo de la oposición más radical, el Partido de los Trabajadores (*PT*), pasando por el mayoritario Partido del Movimiento Democrático Brasileño (*PMDB*), el *PTV* de Ivette Vargas, el *PDT* de Leonel Brizola, el Partido Popular (*PP*) de los conservadores disidentes. En un primer momento reticentes, las vanguardias católicas no tardan en enrolarse con entusiasmo en el *PT*, donde templea su carrera política el líder sindical Lula, y en la corriente popular del *PMDB*, colocado en las intenciones de voto por encima incluso del oficialista *PDS*, según encuestas recientes realizadas en vista de las elecciones del 82. Ante estas nuevas condiciones, algunos clérigos llegaron a pensar que había llegado por fin la hora para

que la iglesia dejara de desempeñar aquellas funciones de suplencia —que tantos conflictos le había deparado con el gobierno— para concentrarse en sus específicas tareas religiosas. Al fin y al cabo, ahora que cada brasileño puede encontrar “su” partido, “su” sindicato, “su” movimiento, “su” grupo de presión, “la voz de los sin voz” no es ya la voz única sino una entre varias voces que, al igual que ella, hablan o pueden hablar por los pobres y oprimidos contra los opresores (gobierno, modelo de desarrollo, régimen, sistema); sin incurrir en ninguna omisión culpable, la iglesia podría dejar de funcionar como lugar privilegiado del encuentro de todos los opositores para acentuar su identidad como asamblea de creyentes. Era lo previsible. Y sin embargo, lo previsible no se ha realizado. Como reconocía en noviembre último el ministro de Justicia, la iglesia sigue siendo la obsesión número uno del régimen. Tres grandes fases conflictivas lo comprueban, estos últimos tiempos. La primera sella el encuentro de la iglesia con la clase obrera durante la huelga de los metalúrgicos en San Pablo. La segunda pone a todos los sectores del pueblo en situación de interlocutores —y no sólo de oyentes— de Juan Pablo II a lo largo de su viaje por Brasil. La tercera desemboca en abierta polémica sobre los papeles de los obispos, el clero, los laicos y sus organizaciones —desde la conferencia Nacional de Obispos del Brasil (*CNBB*) hasta las comunidades eclesiales de base (*CEBs*)— ante el nuevo elenco de partidos políticos y, por tanto, ante esta apertura limitada, pero apertura al fin. Puesto que ya nos hemos referido a las fases primera y segunda (en los CUADERNOS DE MARCHA de mayo-junio de 1980 y de julio-

agosto de 1980, respectivamente), pasamos a concentrarnos en la tercera fase, ciertamente muy relacionada con las precedentes.

Agitados verdes mares

El nudo de esta nueva secuencia de conflictos ata a la cúspide episcopal con las bases del pueblo católico organizado, pasando por los partidos políticos, los movimientos sociales y el propio modelo de apertura controlada que ahora postula el régimen. Ante las cámaras de la TV Verdes Mares de Fortaleza, su sede episcopal, el Cardenal Aloisio Lorscheider, ex presidente de la CNBB (por dos períodos) y del CELAM (durante la agitada fase que culminó en Puebla) y distinguido miembro del Consejo Permanente del Sínodo Mundial de Obispos, pronuncia frases de un tono insólito en él. Ataques al régimen "pecador". Ataques a la mayoría de los nuevos partidos: el PDS reúne lo que había de más reaccionario en Arena; el PP es portavoz de la gran burguesía asociada al imperialismo; el PTB está "manejado" desde el palacio de gobierno; el PDT se ha asociado a la socialdemocracia alemana. Como "única oposición consecuente" reconoce el cardenal al PT y a la tendencia popular del PMDB, precisamente las dos fuerzas que hoy por hoy convocan a los católicos de izquierda. Las declaraciones del Cardenal rematan con un apercibimiento al gobierno: ha de modificar "su comportamiento, sus posiciones y sus políticas si no quiere perder las elecciones en los municipios donde florecen las comunidades eclesiales de base".

La cadena de reacciones inmediatas provocadas por esta incursión de Lorscheider en la TV Verdes Mares comprueba, desde diversos ámbitos del territorio nacional, hasta qué punto la CNBB y las CEBs se implican mutuamente, colocando a las CEBs en el centro de la discusión. Antonio Carlos, diputado y secretario general del PT, aclara de inmediato que su partido y la iglesia no tienen ninguna acción concertada sino que simplemente coinciden o convergen en sus posiciones, aunque algunos núcleos de la Pastoral de la Tierra se definieron u optaron por el PT. El arzobispo de Río de Janeiro Cardenal Eugénio Sales denuncia la existencia de infiltrados en las CEBs. El arzobispo de San Pablo Cardenal Arns hace notar que las tentativas de infiltración no sólo proceden de la izquierda o de los partidos de la oposición sino de todos los

partidos, indistintamente. El secretario general de la CNBB monseñor Luciano Mendes de Almeida —después de entrevistarse con el ministro de Justicia Abi Ackel— minimiza las posibles infiltraciones en las CEBs, comentando que no son como a muchos les gustaría que fuesen; la iglesia y las CEBs procuran preparar a las personas para que escojan un partido pero, según él, no se identifican con ninguno de ellos. Don Hélder Câmara reclama desde su arzobispado de Olinda-Recife definir con precisión las CEBs y su papel en la sociedad y reexaminar la actuación de fray Beto en la huelga metalúrgica. El obispo de Salvador, Bahía, monseñor Avelar Brandão Vilela, exonera de culpas a los partidos impugnados por Lorscheider al anunciar que ningún partido está en contradicción con "los principios cristianos". En nuevas declaraciones, ahora al semanario *Veja* (31 de diciembre de 1980), Lorscheider pasa al ataque indiscriminado a todos los partidos presentándolos como carentes —sin excepciones— de "el verdadero ideal"; para replicar a quienes hablan de infiltración en las CEBs, dice que infiltraciones hay no sólo en ellas sino "en todas partes, en las parroquias, en las diócesis, en el ejército, en las universidades, en las escuelas, en los ministerios, en el gobierno"; para precisar a quién cuelga el adjetivo "pecaminoso, antievangélico", señala que no se refiere al gobierno ni al régimen sino al "sistema socio-económico-político", planteado como exigencia de la iglesia la de "una mudanza estructural, del sistema, la instauración de un nuevo orden internacional, en el cual la distribución equitativa de los bienes, el respeto de los derechos fundamentales de la persona humana y la libre y efectiva participación política de todos los ciudadanos sean de hecho una realidad". En cuanto a la apertura política, "todavía tiene que dar muchos pasos" según Lorscheider para ser buena.

Es en este contexto que el ministro de Justicia Abi Ackel hace público que "el asunto que más preocupa hoy a la nación entera es el de las relaciones entre la CNBB y el gobierno". Para irla demontando, el dinámico ministro toma la iniciativa a dos puntas. Por un lado, la maniobra divisionista mediante numerosas "visitas de cortesía" a los miembros de la CNBB y no a la CNBB institucionalmente considerada. Por el otro lado, la maniobra persuasoria, tendente a "hacer surgir puntos de vista comunes, tal vez hasta soluciones comunes para los problemas que actualmente preocupan al gobierno y a la CNBB". Objetivo a mediano plazo: romper la

no queremos traicionar a nuestro pueblo no podemos apoyar reformas. Nuestra lucha es por la mudanza estructural de la actual sociedad."

Las "sugestiones" del Equipo Pastoral no pueden evitar cierto vaivén entre la ruptura principista y la aceptación pragmática de las reglas de juego impuestas por el gobierno, pero no por ello deja de tener impacto en esa enorme caja de resonancias que un plenario episcopal como el de Itaici. Preguntarle por ellas al presidente de la CNBB monseñor Ivo Lorscheider (primo de Lorscheider) es inevitable en la conferencia de prensa celebrada al término de la asamblea. Lorscheider no puede dejar de contestar: él en su diócesis no haría ese tipo de estudios, a no ser que los laicos se reuniesen entre sí para buscar criterios; es muy difícil y confiesa no haber podido leer el documento. Mucho más rotundo se muestra cuando le preguntan si la iglesia puede emitir juicio sobre los partidos. Después de reiterar que la iglesia como institución, la jerarquía, la parroquia y la CEB "no deben hacer opción por un partido", Lorscheider lanza su juicio contra un partido que ni siquiera puede responderle públicamente porque el régimen no le ha permitido salir de la clandestinidad: el PC. Alarma que la cabeza visible de la CNBB se exprese en estos términos: "Podría haber algún partido en el mundo que, claramente, se configurase contra la verdad, contra los derechos del hombre, contra la libertad. A ese, entonces, la iglesia lo condenaría. Yo estaría contra el Partido Comunista por causa de esto. Si el Partido Comunista es precisamente comunista, marxista, entonces se va a declarar totalitario, antidemocrático, contra la libertad, entonces estoy en contra. No tiene derecho a pretender llegar al Poder. Pero no existe el Partido Comunista en el Brasil, legalizado. Entre los legales, no se quién es bueno y quién no lo es."

Saltan a la vista las contradicciones entre el presidente de la CNBB por un lado y, por el otro, el obispo y el Equipo Pastoral de São Félix do Araguaia. Desdichadamente, la postura del primero no podría considerarse atípica entre quienes integran la vanguardia episcopal del Brasil. Hablando por ella y por la CNBB, el secretario general de la CNBB monseñor Luciano Mendez de Almeida ya había anunciado a fines de 1980 que "el camino de una sociedad participativa en la que todos tengan el acceso al patrimonio cultural y los recursos materiales de la nación" se encuentra "lejos de los excesos de un capitalismo salvaje y de una tentación de

violencia y reducción de las libertades propias del proceso marxista." Planteos como estos, marcados por un empecinado interés en cubrirse las espaldas ante la represión compensando las críticas al régimen y al capitalismo con un simétrico rechazo del marxismo, sitúan a buena parte de las vanguardias episcopales en la "tercera vía" tan impugnada por los críticos del CELAM durante la víspera de Puebla. Sólo que en Brasil esta "tercera vía" se presenta como ancha avenida, recorrida por varias organizaciones y movimientos en direcciones contrapuestas, a marcha a veces forzada, con cortinas de humo inevitables en un proceso de apertura tan limitada y precaria como el brasileño. El rechazo del marxismo no afecta a ninguno de los partidos permitidos pero sí a importantes sectores del pueblo brasileño afectados desde siempre por la represión. Es un signo negativo para esta iglesia de vanguardia, una crasa inconsecuencia con los supuestos de su propio discurso. Se entremezcla, al mismo tiempo, con la polémica interna en torno a los partidos legalizados, que muestra a un sector considerable de la vanguardia episcopal dispuesto a acumular adversarios en la oposición, como si no les alcanzase con los que ya tiene en el gobierno. ¿Coraje profético? ¿O, como dicen sus adversarios, tentación de convertir a la iglesia en un "superpartido" que a todos juzga como si ella fuese la única instancia moral y política? Las censuras a partidos perfectamente identificados o identificables no son sino una proyección más del rechazo de un sistema, y no sólo de un gobierno; en ese sentido, resultan del todo congruentes con el discurso y la acción de los años precedentes. Pero no todo lo congruente es necesariamente oportuno, ni en la escena política, ni en la labor pastoral.

La Caldera de Golbery

No sólo la iglesia se muestra perpleja ante la irrupción de los partidos políticos: también el gobierno que inicialmente la programó, y que en estos momentos teme una derrota de su propio partido en las elecciones de 1982. Los hombres de Brasilia parecen olvidar que ningún partido es más enclenque que el creado desde la cúspide de un gobierno fuerte. Por un lado, el PDS pende de la espada de Damocles de su creador; por el otro, carece de bases populares y, a la vez, de la cohesión que una lenta maduración histórica suele dar a los partidos oligárquicos tradicionales. Como la Arena que lo precedió, el PDS yuxtapone polí-

oposición episcopal, que ahora ocupa la dirección de la CNBB, para incrementar la cosecha de apoyos episcopales al régimen, diócesis y, de ser posible, de la propia CNBB si cambia su dirección o si cambia su línea la dirección actual. Ante las declaraciones de Lorscheider a *Veja* el ministro declara que no pretende darles respuesta; puntualiza, en cambio, que el obispo primado del Brasil, Avelar Brandão, está pidiendo el recomienzo del diálogo entre el gobierno y la iglesia, y que sus "visitas de cortesía", realizadas ya a más de un centenar de obispos, estarían comenzando a fructificar. Propósitos transparentes: puesto que la CNBB, dice, está compuesta por doscientos cincuenta y ocho miembros que tienen, todos, el mismo derecho de voto, el diálogo entre el gobierno y la iglesia puede ser hecho así por varios canales de comunicación y no sólo a través de los obispos de las regiones más pobladas. Otros hombres del régimen colaboran en la misma tarea, distribuyendo premios y sanciones según las posiciones de cada obispo. Así por ejemplo, mientras el comandante de la 4a. división del ejército, general José Luis Coelho Neto, acusa al obispo Teófilo Otoni, monseñor Quirino Schmitz, de pertenecer al "ala marxista del clero" en Minas, el ministro del ejército general Walter Pires concede al cardenal de Rio de Janeiro Eugênio Sales, en el día de la bandera, la medalla del pacificador.

Araguai—Itaici—Brasil

La realización en Itaici, el febrero último, de la 19a. Asamblea de los obispos del Brasil, proporciona nuevos signos de la polémica intraeclesial cuando el obispo de São Félix do Araguaí monseñor Pedro Casaldáliga aboga por lo que empieza a llamarse "pastoral partidaria". "Desde el presidente de la República hasta el ciudadano más simple —dice este misionero catalán largamente hostigado por el régimen—, todos están vinculados a un partido. Esto es común en un país relativamente normal. Hasta la última mujer del *sertão* da su voto a un partido. Por lo tanto, reconocer que la iglesia puede actuar en la política pero no en la política partidaria sería lo mismo que reconocer que la iglesia puede actuar en la salud, pero no en los hospitales o puestos de salud". Con este planteo, Casaldáliga desafía frontalmente a la propia dirección de la CNBB y a la mayoría

de los obispos que con él comparten la vanguardia, inclinados casi unánimemente a deslindar entre "política" y "política partidaria" para situar al magisterio en la primera aislándolo asépticamente de la segunda. Casaldáliga toma impulsos en la historia reciente para saltar al pronóstico: primero se aceptó que la iglesia se mezclase con "lo social", pero no con "lo político"; ahora se acepta que la iglesia se mezcle con "lo político", pero no con "lo político partidario"; en el futuro "todo el mundo reconocerá que lo político se traduce en la expresión partidaria." Ello no obstante, Casaldáliga regresa a la posición mayoritaria en lo que se refiere al propio sector episcopal: "Otra cosa es decir que un obispo predique a un partido tal o cual en su sermón o que un obispo se presente o no como candidato a diputado o a gobernador por el PDS. Yo lo condenaría por los dos motivos: por ser un obispo candidato a gobernador y por presentarse como candidato por el PDS."

Similares deslindes pueden apreciarse en un documento que Casaldáliga distribuye entre los obispos reunidos en Itaici y que había sido redactado ese mismo mes por el Equipo Pastoral de su prelatura, bajo el título de "Sugestiones para la actuación pastoral en la política partidaria". Sería un error, dicen allí sus colaboradores del Equipo Pastoral, que las CEBs se pronunciasen como tales por un partido o condicionasen la filiación comunitaria a tal o cual filiación partidaria, lo que las convertiría en meras bases partidarias. Pero es en cambio correcto que ellas definan "a la luz de la fe y de la coyuntura" qué exigencias hay que pedir a un partido y gobierno. El propio documento hace lo que dice. Según él, en efecto, las "fuerzas más auténticamente comprometidas con el oprimido" han optado por el PT, el PMDB a través de la corriente popular y el PDT en algunas áreas; los "partidos de la oposición vacilante" son en cambio el PP y el PTB, que se oponen al gobierno pero no a la estructura injusta de la sociedad actual. El Equipo Pastoral concibe al partido político legal como uno de los espacios en la lucha por la mudanza estructural, procurando que la hegemonía del trabajo partidario esté en manos del pueblo trabajador. Pero al mismo tiempo rechaza toda perspectiva reformista: "La solución de los graves problemas de nuestro pueblo es imposible que acontezca dentro de las reglas del actual parlamento capitalista, por mayor que sea la 'apertura' que llegue a tener. Si

ticos oportunistas y tecnócratas ajenos a la política, asegurándoles una coexistencia conflictiva fundada en la necesidad de todos de seguir bajo el ala del poder militar. Durante los tiempos de Arena, la debilidad estructural del partido del gobierno pudo pasar inadvertida porque era el ejecutivo el que ocupaba toda la escena política, reduciendo al parlamento a funciones puramente ornamentales, al cumplimiento de ritualidades simbólicas. Esa endeblez se percibe en cambio al aparecer el PDS como parte de una pluralidad partidista real, que no deja de vigorizar las sesiones parlamentarias y que ya ha convertido al 80, frente a las elecciones del 81, en año de movilizaciones, campañas y confrontaciones preelectorales. Es de cara a sus homólogos que el partido oficial se perfila como el más débil, aquel donde estallan las contradicciones mayores. El ejecutivo no puede impedirlo; más bien lo pone en evidencia, al verse forzado a privilegiar a la fracción del PDS que mejor pueda servirle y más obediencia le asegure. Cuanto más premia el ejecutivo a esa franja oficialista, tanto más razones les está proporcionando a los demás miembros del PDS para que busquen apoyos externos, mediante alianzas con los más afines partidos de la oposición, o, cuando las injurias aumentan, para optar por emigrar e incorporarse a alguno de estos partidos de la oposición.

El ejecutivo asiste a pesar suyo a esta descomposición de su propio partido que correlativamente fortalece a la oposición que él quiso atomizar. Y tarde o temprano reaccionará, para restringir o lisa y llanamente clausurar la apertura, con la consiguiente ocupación plena por el ejecutivo de todo el espacio político. Fue lo que hizo Geisel tras la derrota de Arena en las parlamentarias del 74; es lo que haría Figueiredo ahora que la crisis del PDS recrudece en los estados de Pernambuco, Santa Catarina, Espírito Santo, San Pablo, Paraíba. Una nota personal del presidente apoya ostensiblemente al senador oficialista Jarbas Passarinho en su pugna por la jefatura del PDS en el estado de Pará que lo enfrenta al gobernador Alacid Nunes; como réplica a la intervención presidencial, once diputados estaduais abandonan al PDS para ingresar en el PTB; el PTB, que anteriormente no existía en ese estado, cuenta ahora con la bancada mayor en la correspondiente Asamblea Legislativa. A medida que se acentúa la crisis del gobierno, incrementase el pronóstico de "recompresión" autoritaria a corto plazo. Típicamente, las fuerzas armadas reivindican una vez más a cara des-

cubierta sus privilegios de sumo tabú. Después que la militante de la organización clandestina VPR Inês Ettiene Romeu identifica la casa de Petrópolis donde estuvo detenida y fue torturada, y a algunos de sus torturadores, el ministro del Ejército denuncia solemnemente la existencia de una campaña que tiene la evidente intención de denigrar la imagen de la institución militar y de "lanzar a la execración pública a aquellos que se batieron, en verdaderas operaciones de guerra, por la preservación de la paz y de la tranquilidad de la familia brasileña." Los signos de "recompresión" se multiplican: ¿cómo serán asumidos, en el futuro inmediato, por el discurso episcopal? ¿Volverán a concentrarse los obispos en la crítica al régimen o continuarán criticando también a los partidos políticos cuyo funcionamiento sigue siendo tan precario como a la propia apertura?, ¿y cómo se interpretarán esos signos por las CEBs?, ¿impulsarán a su conversión en comités de base de partidos de oposición o propiciarán que las CEBs se mantengan con su identidad eclesial, como pueblo católico organizado, dentro del que pueden coexistir diversas opciones partidarias?

Los signos de "recompresión" autoritaria se acumulan cuando la crisis económica empieza a ser calificada como la mayor en los últimos cincuenta años, con repercusiones gravísimas sobre todas las clases de la población brasileña. Los índices de paro llegan al 7.90% en Rio de Janeiro, al 9.50% en Belo Horizonte, al 7.20% en San Pablo; las compras de alimentos han descendido, con respecto al año pasado, un 3 a 40%; las de automóviles —emblema del "desarrollo"—, en un 50%; háblase ya de falta de liquidez a medio plazo. Liberalizar al régimen en un momento en que la economía brasileña atraviesa crisis tan profunda —decía el General Golbery de Couto e Silva, a puertas cerradas, en la Escuela Superior de Guerra— pudo aparecer como una "extraña paradoja", pero en realidad el gobierno no tenía otra opción: el sistema, tras una década y media de "compresión creciente", se había vuelto una "enorme caldera" que amenazaba explotar. Vale la pena seguir la argumentación desplegada por el sumo ingenio del régimen, porque contribuye a explicar la intencionalidad de la apertura y el extremo a que han llegado las tensiones entre la iglesia y el régimen. En tiempos del bipartidismo Arena-MDB, dice Golbery, "las fuerzas de la oposición terminarían por quedar anegadas en conjuntos más vastos que comprenderían las organizacio-

nes religiosas y parareligiosas, confundidas, en una práctica pastoral utópicamente restringida al campo político, pero también las asociaciones culturales laicas, los sindicatos y muchas otras entidades profesionales. (. . .) son esos conjuntos y no el partido único de la oposición los que habrían llegado a ser los verdaderos agentes en el campo político." Subraya Golbery que "por el prestigio tradicional y la protección que puede ofrecer" la iglesia "ha asumido una posición demasiado importante, casi de hegemonía." Precisamente es contra ella y contra aquellos otros "conjuntos" convertidos en los verdaderos actores políticos que el régimen promulga las nuevas reglas del juego pluripartidista. Para destapar la caldera, y forzar al reflujo a estos incómodos actores, tanto como para dividir la oposición: "La reaparición de los partidos, (. . .) legitimada, protegida y acogida por el gobierno, debería resituarse a los partidos en su papel original de actores principales del campo político, haciendo refluir hacia (. . .) sus actividades específicas a las entidades no políticas, que habían desbordado su área operacional; una menor radicalización, una mayor libe-

ralización del régimen y una mayor tolerancia en el seno del gobierno contribuirán en gran medida a hacer surgir fuertes impulsos de atomización en el frente de la oposición. (. . .) Habrá que consolidar y, tanto como sea posible, ensanchar nuestras propias fuerzas manteniendo siempre disociado al frente de la oposición." Si esta es la lógica oficial, aunque sigan acumulándose signos anunciadores de una próxima recomposición, debería mantenerse contra viento y marea la módica apertura política en tanto en cuanto los partidos funcionen como instancias desmovilizadoras de esas "entidades no políticas" que, encabezadas por la iglesia, tanto obsesionan a los hombres de Brasilia. La vasta operación de ingeniería social diseñada por Golbery confirma a su manera una observación bastante frecuente entre los estudiosos del proceso actual: sería en los movimientos sociales, más que en los partidos políticos, donde continúa gestándose la verdadera democratización del Brasil.

Barcelona,
16 de abril 1981

TITULOS APARECIDOS:

LOS USOS DE GRAMSCI, de Juan Carlos Portantiero.
Colección "El tiempo de la política" (TP 1)

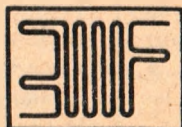
LA INTERVENCION INSTITUCIONAL, de Félix Guattari, René Lourau y otros
Colección "Alternativas" (AT 2)

MEMORIA, HISTORIA Y DIALOGO PSICOANALITICO, de Marie Langer, E. Guinsberg y J. del Palacio.
Colección "Alternativas" (AT 2)

DE PROXIMA APARICION:

FALSO TESTIMONIO, de Angel Bonifaz Ezeta
Colección "Narrativa latinoamericana" (NL 1)

REAGAN, USA, LOS AÑOS OCHENTA, de José Ricardo Eliashev
Colección "Crisis y opciones" (CO 1)



FOLIOS EDICIONES, S.A. Apartado Postal 20-644,
México 20, D.F.

Nuestra izquierda: renovarse o vegetar

Daniel Moore

“Los terroristas —ha dicho el Almirante Lambruschini, Jefe de la Armada Atlántica Argentina (AAA)— se valen de todos los medios posibles e imaginables para conseguir sus objetivos: prensa, canciones comprometidas, discos, folklore, literatura, cine, teatro, religión, cátedras universitarias, etc. . .”

Tiene razón este lúcido Almirante, ya que, con la casi sola excepción de J.L. Borges, la *cultura* en América Latina (AL) tiene signo de izquierda, sobre todo en los difíciles procesos de resistencia actuales en que esos pueblos usan con originalidad y creatividad cada espacio y cada “arma” cultural a su alcance.

Lo mismo ocurre en el exterior, donde la cultura genuina de AL está representada en un alto porcentaje por “terroristas”: artistas, escritores y culturas de izquierda. Los agregados “culturales”, casi siempre coroneles en retiro, de las embajadas gorilas del cono sur de AL, no tienen mucho trabajo, como no sea informar a sus gobiernos militares que es la izquierda la que ocupa también el “frente” cultural en el exterior, con miles de artistas e intelectuales exiliados en decenas de países.

Los dictadores latinoamericanos pasarán a la historia con doble signo: como grandes tiranos y —contra su voluntad— como grandes Mecenas de la cultura, como especies de “Rockefeller Foundation” de las izquierdas, al haber “becado” a la fuerza a miles de “terroristas” para que conocieran el ancho mundo y estudiaran en los mejores centros culturales. La hegemonía burguesa en AL estará seriamente amenazada si regresa algún día el 50 % de los exiliados.

Países como Chile, Argentina o Uruguay, por ejemplo, tendrán las mejores cancillerías del fu-

turo: con decenas de candidatos a ocupar puestos diplomáticos en los mismos países en que vivieron por años, estudiaron, aprendieron el idioma y la cultura locales, se casaron, tuvieron hijos, amigos y contactos. ¡Que lujo será tener diplomáticos que hablen sueco en Suecia, árabe en Argelia, *zwahili* en Africa, cuando hoy los generales embajadores no hablan bien ni siquiera el español, menos aún el inglés!

Por eso nuestra labor en el exilio no es la de quejarnos y vegetar, sino de “abrir los ojos al mundo”, mirar, estudiar, comparar, ahorrar, prepararnos para el retorno, sin impaciencias, y ayudar acá a mantener alta la solidaridad internacional con los pueblos de América Latina.

A esos objetivos apuntan las reflexiones autocríticas que siguen, ya que no saldremos jamás de la crisis actual de la izquierda si no la enfrentamos con honestidad.

A ocho años de los golpes militares en Chile y Uruguay y a más de cinco en Argentina, para no mencionar las dictaduras veteranas del Paraguay (1954) o de Brasil (1964), ni las siempre “adolescentes” dictaduras sucesivas en Bolivia, es hora ya de que intentemos un balance político serio de los distintos proyectos de las izquierdas en esos países y de sus múltiples tendencias ideológicas.

En el exilio, debemos además, balancear estos años afuera y ver formas de abrir nuevas vetas y canteras originales para “oxigenar” una solidaridad internacional que comienza a flaquear.

Reconozcamos que todos, cual más cual menos, chilenos y argentinos, uruguayos y bolivianos, paraguayos y brasileños, hemos alimentado la solidaridad internacional con esquemas más

bien *man'queos*: en que los buenos (nosotros) son muy buenos, y los malos muy malos, al mejor estilo "western" yanqui.

Por eso cuando recorre el mundo una "embajada cultural" de tanta calidad crítica como el grupo teatral T.I.T. con la obra "Tres Marías y una Rosa" se nos viene abajo todo el esquema y no sabemos cómo explicar que esta obra se haya representado en Chile durante 17 meses seguidos.

Mientras los militares y USA en AL han creado —con sus genocidios— verdaderas "culturas de muerte", nosotros en el exilio hemos creado verdaderas "culturas de las derrotas", esquemas simples en que los pueblos ponen las víctimas, los militares los victimarios y la izquierda escribe los textos y guiones.

Esta muy bien la denuncia de esos monstruosos genocidios institucionalizados, terror de estado con "plebiscitos" y nuevas constituciones, pero está mal hacerlo de tal forma que opaca la riqueza enorme, en imaginación y creatividad, de los pueblos de AL, que miserables en lo material, se las arreglan para resistir con todo, incluidas la cultura y el humor.

Son pueblos oprimidos, sí, pero no aplastados ni silenciados.

Hemos creado una solidaridad internacional llorona mendicante, pordiosera, que apela solo al sentimiento humanitario y caritativo de los pueblos. No hemos aprovechado del "complejo de culpa" de estos pueblos nórdicos, países en los que no pasa nada, los que al dar una limosna para Chile o Argentina parecen querer comprar una póliza de seguro para el Cielo.

En suma, hemos querido transformar al mundo en una "gran alcancía" para financiar a nuestros múltiples partidos, sectas y fracciones. Pero la mera solidaridad humanitaria, miserabilista, no se puede auto-sustentar y requiere de crecientes dosis de brutalidad para funcionar y para no perder terreno ante la "competencia" de las dictaduras "hermanas" de Asia, Africa y aun de Europa (Turquía, Polonia, Checoslovaquia, etcétera).

La evidencia histórica demuestra que la mejor manera de crear una sana, fuerte, y positiva solidaridad, no es abusando de la compasión humanitaria, sino creando en casa hechos políticos tales que expresen la voluntad y capacidad de resistir y de vencer de esos pueblos.

Los procesos solidarios con los pueblos de Chile, Argentina o Uruguay han sido más bien de carácter negativo, en el sentido de haber sido meras respuestas humanitarias y defensivas

ante dictaduras que no han perdido un momento la iniciativa. En cambio, los mayores procesos solidarios *positivos* con AL, se han dado con Cuba en los 60, con Nicaragua en los 70 y con el Salvador en los 80, o sea con tres procesos victoriosos, o en vías de serlo.

Las guerrillas del FSLN en Nicaragua o del FDR—FMLN en El Salvador, no sólo son procesos liberadores de estos pueblos sino que tienen el mérito adicional de "reintegrar" al mapa mundial a países olvidados países de Centroamérica que la mayoría de la humanidad no sabía que existían ni donde quedaban. "La mafia del Caribe" que ayudó a crear F.D. Roosevelt en los años 30, con su política de "buen vecino", había tenido éxito al borrarlos del mapa, transformarlos en países privados, fuera de circulación, coto de caza reservados. Es también el caso de Paraguay, dictadura eterna y brutal que aparece citada como "etcétera" en las denuncias internacionales.

La historia de las izquierdas en América Latina, salvo excepciones, es ya un largo rosario de derrotas.

Galeano escribe en "*Las venas abiertas de AL*", que en la división internacional del trabajo hay países que se han especializado en ganar y otros, como los de AL en perder.

Las izquierdas nuestras son pues doblemente perdedoras dentro del campo perdedor.

Nos hemos acostumbrado a perder, a que nos peguen, luego a lamentarnos y recibir el consuelo mundial. Somos masoquistas políticos.

Por ahora, al menos, no parece que los ejemplos recientes de Nicaragua y El Salvador puedan ser imitados en los países del Cono Sur; no en Chile, en todo caso, donde 150 años de vida institucional más ordenada no pasaron en vano y dejaron su marca sobretodo en la izquierda, donde aún somos muy dados al legalismo, a la pasividad, conservadores en nuestro estilo de hacer política, temerosos de innovar y de enfrentar los conflictos.

La derecha chilena asimiló mejor el *Qué Hacer* de Lenin y no vaciló en 1973 en romper en mil pedazos su propia institucionalidad, cuando ya no le servía mucho. En Europa decir pueblos "nórdicos" es sinónimo de los pueblos tranquilos, aburridos, donde la lucha de las clases es menos intensa.

En AL es al revés. Allá los "nórdicos" somos los del Sur. Deberían llamarnos los "súrdicos", en contraste con el Caribe, donde los huracanes dejan su huella en la geografía y en las luchas políticas de esos países.

Tampoco es probable que sea la importación de los *modelos social-demócratas* europeos lo que haga tambalear a las dictaduras, ya que, pretender exportar a AL modelos social-demócratas, es tan exótico como pretender exportar modelos latinos de guerrilla urbana a Europa.

Imaginemos a Fidel y sus barbudos parapetados en el Bois de Boulogne en París, o a "Villy Brandt tras su pupitre en un Parlamento latino, mientras en el hemisiciclo se discute a balazos el futuro de la democracia.

Es hora de ponernos al día, de renovar el ideario de izquierda, superando mitos, hitos y ritos, en el exterior, de renovar los criterios y los actores centrales de la solidaridad internacional con América Latina. La historia es implacable y exige hoy dejar cesantes, o darles nuevos oficios, a tantos viejos-jerarcas-políticos-en desuso. que, cual espectros del pasado, "recorren el mundo para perder las almas". Ellos, con repetidas letanías, son los mejores aliados objetivos de las dictaduras, sobre todo aquellos que, dependientes umbilicalmente de alguna gran potencia, propician de hecho, remplazar a un imperialismo por otro en un continente como América Latina, que ya está cansado y hastiado después de cientos de años de dependencia imperial de España, Portugal, Inglaterra, Francia, Holanda, Alemania, USA y que hoy sólo aspira a ser libre y no-alineada.

Estos aires renovadores parecen inspirar a crecientes sectores de las izquierdas, como al Instituto por el Nuevo Chile, en Holanda, al organizar ahora la Primera Escuela Internacional de Verano para exiliados e incluir en su nutrido Programa cursos novedosos, ágiles, como ese del "Tango, como expresión cultural".

Temas y profesores experimentados para los cursos no faltarán: Eduardo Frei, viejo camaleón, varias veces recauchado, podría hablar de "El maquillaje político: como vender como fresca una doctrina tan vieja como la Biblia". Alguien de la 4a. Internacional podría hablar sobre "Trotzki y la División Permanente: el trozkismo como empresa histórica de demoliciones". Algunos ex-maoístas podríamos ofrecernos para dictar un Curso comparado de Psicología sobre "Los complejos de Edipo en Política. Mao y la imagen del Superpapá". También aquí la URSS y el "campo socialista" pueden aportar tecnología, ya que en esos países los dirigentes "juveniles" a menudo sobrepasan los 40 o 50 años, lo que se explica, pues su función de "vanguardia" no es representar a la juventud sino controlarla.

Toda esta compañía podría constituirse en un gran *Circo Unitario* que recorriese el mundo no vendiendo más llantos y lamentos sino humor y conocimientos prácticos útiles. Podría autofinanciarse y no gravitar más en la contabilidad de la solidaridad mundial.

La música folklórica también exige renovación. Los "clásicos" como Violeta Parra y Víctor Jara son excelentes pero hay que dejarlos descansar un poco. Lo mismo los buenos conjuntos como los Inti Illimani y los Quilapayún. Faltan nuevos textos y nuevos conjuntos, que pongan música a los aires renovadores. También nuestros himnos políticos requieren ajustes. Hacerlos más alegres y reales, menos tristes y religiosos.

Por último, quizás algunos buenos tangos puedan ayudarnos al escribir la historia de la izquierda chilena. Por ejemplo, si la Unidad Popular sigue en crisis, sin renovarse, podría serle útil la misma música y texto del tango de Gardel: "Cuesta abajo en la rodada".

El himno de los funcionarios rentados de los aparatos burocráticos de los PC latinoamericanos que vegetan en la "patria del socialismo real", podría ser así:

"Tirao por la vida errante burocrata
estoy, camaradas, anclado en Moscú,
cubierto de frío y cargado de frío
aburrido como ostra en este paraíso gris.
Aquí estoy camaradas, varado, con plata y sin fe.
Quizás algún día me encane la muerte
y chao, camaradas, que no los vuelvo a ver."

Y el himno de los militantes decepcionados de sus dirigentes de "vanguardia" que juegan al obrerismo:

"Chorra, vos, tu vieja y tu papá
No eras vos que me engrupías
con tus ideologías
y rebusques de mujer.
Hoy me entero que tu vieja
'noble viuda de un obrero'
que murió lleno de honor,
ni murió ni era obrero
como me engrupiste vos..."

Estocolmo, primavera de 1981

o menos cercano al período puede dejar de identificarlos. En el caso de los guerrilleros, muchos de ellos se mencionan por el seudónimo que utilizaron en la vida real. Aunque sea obvio, vale la pena subrayar algo que es más que un detalle: esa sobredefinición conduce a que la represión, en cuyas manos está todavía buena parte de los actores, pueda identificarlos más allá de toda duda.

¿Por qué esa ambivalencia? No he podido entenderlo. Para muchos lectores, que no conocen a los personajes, el nombre que consta en las actas de nacimiento no pasaría de ser un detalle sin mayor importancia. En cambio, tanto para los participantes directos como para sus hijos, padres, compañeros y amigos, que hoy sobrellevan su duelo en las distintas cárceles (Libertad, Uruguay, el exilio), los destinatarios de las "interpretaciones" de Martínez Moreno son claramente seres concretos, de carne y hueso, con nombre y apellido, cercanos y queridos. ¿Por qué, entonces, ese falso anonimato?

Los hechos que maneja el autor son:

1) las primeras clases de Dan Mitrione a sus alumnos de la policía y el ejército (con la muerte de cuatro mendigos utilizados como cobayos en experimentos de tortura), su secuestro y su muerte;

2) el secuestro y la liberación de un financiero y dueño de periódico, Pellegrini Giampietro;

3) el hecho similar ocurrido con el político Ulyses Pereira Reverbel;

4) la carta de la presa 286 (que según el autor "no ha podido aguantar, ella ha cantado... se quedó repegada, está tranquila... y está vacía y está rayada"), carta que indica al comandante de la prisión, quien no carece de cierta inteligencia y comprensión, la locura de la presa;

5) el episodio de un padre clandestino que deja a su hijita, herida de bala, en casa de un abuelo viudo para que la cuide, y la posterior caída y delación del clandestino;

6) la violación de una presa en presencia de su marido, que está a punto de quedar libre, y las repercusiones del hecho en la relación ulterior de la pareja;

7) la exhibición a un preso del cadáver de un guerrillero, que le permite recordar su rela-

ción con el muerto (un desequilibrado, un obseso sexual, por cuyo fetichismo irresponsable quedan clandestina su inocente esposa y abandonadas las pequeñas hijas);

8) el ingenio de un soldado, que aprovecha el yeso de una fractura para sacar cartas de los presos de un cuartel a sus familiares (aun mucho después de curada su fractura y con la complicidad de su capitán; no todos los milicos son tan malos);

9) uno de los episodios más desgraciados y terribles de la historia del MLN: la captura de un peón rural que descubre accidentalmente un escondrijo tupamaro, y su posterior ejecución;

10) la caída de "Jota" y la muerte de su compañero (que en la descripción del libro más parece un suicidio, aunque CMM sabe que ese hombre murió luchando hasta la última bala);

11) la descripción de una noche de brujas, cuando varios soldados, para conmemorar la muerte de cuatro compañeros asesinados un año antes, entran al penal de Punta de Carretas, con la complicidad de los carceleros, y se dedican impunemente a toda clase de "horribles tropelías": rompen las bolsas de yerba, mezclan queroseno con la comida de los presos, un oficial hasta orina en un cuenco de leche y después, al confundir una estrella de David con el símbolo tupa... ¡llega a golpear a quien la colgó como adorno en su celda! (¡Dios mío, a que extremos puede llegar la soldadesca drogada y embrutecida por los carteles fabricados en Fort Gluck!);

12) la desaparición de Julio Castro y la torpeza de un Comandante en Jefe (ex-alumno del desaparecido) que ordena unaseudoinvestigación, fabrica sus resultados y ordena finalmente el archivo de lo actuado;

13) la amenaza de fusilamiento, después incumplida, a un coronel del Frente Amplio, y el relato de otras torturas a que se le sometió;

14) el asesinato de cinco militares que habían sido secuestrados en Buenos Aires, en represalia por la muerte del coronel Trabal en París;

15) la muerte, o las circunstancias posteriores a la muerte, de varios tupamaros.

Con estos materiales borda Martínez Moreno el dibujo de su libro. La elección de estos episodios, como toda elección, es en sí misma un acto deliberado. Importa por eso mencionar, aunque sea de paso, la omisión de muchos episodios, no menos atribuibles al MLN que los incluidos: el asalto a la Financiera Monty, que permitió desenmascarar a muchos políticos y empresarios corruptos; los diversos robos de alimentos y ropa a grandes empresas y su ulterior distribución en zonas marginadas; el robo de un cofre con miles de libras de oro, en perjuicio de un latifundista e industrial tabacalero; el desvalijamiento total de un cuartel de la marina, y muchos otros por el estilo, con un claro sentido político y ejecutados con sorprendente limpieza. Estos episodios omitidos integran, también, la historia del período. El autor, en cambio reduce esa compleja historia a aquellos acontecimientos que muestran a los tupamaros como una banda de locos, desequilibrados, fascinerosos, aventureros; y cuando la historia objetiva no alcanza para mostrarlos así, entra en juego "la necesaria libertad del novelista" para atribuirles intenciones, sentimientos, abstracciones que confirmen esa imagen.

En cambio, sorprende la gentileza con que trata el autor a algunas de las "víctimas". Por ejemplo, el banquero fascista (aunque dice "ahora ya no soy tan fascista como entonces") resulta un caballero agradable, culto, equilibrado, comprensivo, abierto ("los héroes no están todos, como nos gustaría que estuvieran, del mismo lado de la vereda"), que sorprende a sus carceleros por la facilidad con que acepta leer el Diario del Che. Del mismo modo, Pereira Reverbel aparece, en su monólogo, como un hombre valiente decidido (¡oh, sorpresas de la narrativa!) que establece con Merenales una especie de pacto de caballeros, por encima de las penosas circunstancias que los unen, y que explica largamente a su ex-captor por qué lo reconocerá ante el juez, por qué entiende que los términos de ese pacto admiten tal reconocimiento. (No aparecen, claro, otras historias de Ulyses, quizá tan conocidas como la del secuestro, en las que su papel no parece tan digno; por ejemplo, la de un asesinato impune que cometió en los pagos de su cacicazgo, allá en el norte.)

Se me dirá, claro, que en ambos episodios el relator es la víctima, y que la verosimilitud exige reproducir la luz favorable con la que a todo ser humano le gusta adornarse. Empero,

recuérdese que es el autor quien eligió ese punto de vista; sin la imaginación y sin el oficio que engalanan a Martínez Moreno, se me ocurre con poco esfuerzo que el segundo episodio, por ejemplo podría relatarse desde la óptica de Marenales. ¿Cómo luciría Ulyses, en ese caso?

En los capítulos dedicados a Mittrione, es lo que agrega el autor a lo que se sabe (sobre todo gracias al "cubano", un contraespía que logró infiltrarse en la CIA y, por esa vía, en la represión uruguaya, que relata sus experiencias en *Pasaporte 11333*). El personaje no es muy distinto del meticuloso, eficiente y frío técnico en torturas que nos mostrara Costa Gavras en "Estado de sitio" (aunque sí es más gordito que Ives Montand, se aclara).

Sus alumnos son grises, anodinos, salvo un par de ejemplos arquetípicos: un coronel que deja aflorar su sadismo en las prácticas de tortura, y un comisario que no las soporta, vomita y ve truncada su carrera (otra vez el *leit motiv* "en todas partes hay de todo").

En las páginas sobre el asesor debe señalarse, sin embargo, un hecho de importancia: el autor atribuye inequívocamente a "El Gallego" la autoría de los disparos que dieron muerte a Mittrione (pp. 79 y 81). Martínez Moreno, los milicos que hoy lo tienen preso y muchos de los lectores saben quién es "El Gallego". Pero los lectores no saben (CMM y la represión sí) que, aunque se lo acuse de ello en muchos expedientes "judiciales", aunque se lo sometió a las más espantosas torturas, el Gallego nunca reconoció esa autoría. Aunque este libro no agregue un solo día a la condena del Gallego, no deja de llevar agua a los molinos de la "justicia" militar.

Hay un capítulo, "Los candelabros", sobre una carta escrita por una presa que perdió la razón. Esa carta existe, no es un invento de CMM. ¿Cómo la conoció? Si hubiera llegado a sus manos como un elemento para la defensa de esta mujer, ¿sería ético utilizarla en una crónica con claves tan prístinas como, por ejemplo, el número de la detenida? El autor sabrá cómo llegó esa carta a sus manos. Yo, por supuesto, no lo sé.

El personaje central de "Los pieles rojas", un clandestino llamado Jorge, es una buena muestra de la imagen de los tupamaros que da el libro. Según el autor, es un imbécil, un aventurero, un irresponsable; cuando el ERP le confía un dinero para el MLN (lo dice el libro; más agua para los molinos militares), se compra una casa y un auto y entierra el resto en la

chacra de sus pobres padres, inmigrantes italianos. Cuando cae y confiesa todo (sin apremios ilegales, sin torturas: al llegar a la chacra acompañado por los milicios y mostrar dónde está enterrado el dinero, se lo ve intacto, palmo-teando a los viejos y preguntando por la niña "como si tal cosa"), se siente "un verdadero héroe".

En "La libertad firmada", el autor se complace en describir, con todos sus detalles, la violación de una presa ante su marido. No nos detengamos en el regodeo del autor ni en su racismo ("ese negro, abriéndose la bragueta de sus pantalones"; más adelante, el "deseo que una jer joven y blanca puede provocar en un violador negro"; después aún, en boca de la violada, "no me vas a preñar, negro jetón"). Digamos sólo que se muestra al preso, a punto de lograr su libertad, como un timorato, un débil que aceptó que la compañera asumiese las culpas compartidas. Años después, ya reunido con su esposa en un país escandinavo, lo reencuentramos alcohólico y, puede entenderse, impotente (aunque esto último se sugiere con la ambigüedad característica de muchos otros pasajes). De ambos se dan nombres de pila. No sé si son verdaderos o seudónimos.

En el capítulo "De corpore insepulto", un preso nos relata que, al entrar a un cuarto a buscar útiles de limpieza, se encuentra con el cadáver de un compañero. Después sabremos que el muerto era Francisco, el chofer del auto que condujo a Mitrione a su destino fatal.

El capítulo nos lo muestra como otro desequilibrado, un aventurero irresponsable que desempeñó un papel importante en varios episodios notorios. Ni siquiera en el relato de su heroica muerte, al cubrir la huída de varios compañeros de una casa cercada en Cuchilla Grande, olvida el autor compararlo una vez más con un desafortunado Ballinger enamorado de su Luger. Y cuando rescata lo que el relator llama el "resto de la historia verdadera" es para explicarnos prolijamente el frenesí de sus últimas cópulas y "la otra locura", el fetichismo del clandestino que, al minuto de su muerte, obligaría a su esposa a fugarse y abandonar a dos pequeñas hijas.

La manipulación

Caragua" se refiere a uno de los episodios más infelices, ya lo dijimos, de la guerrilla: el peón que descubre un escondrijo y es ajusticiado. Aunque el autor atribuye a "Mar-

cos" (o "El cura", un ex-anarquista —y, como tal, tupamaro atípico—, largador del último viaje de Mitrione, carcelero de Pellegrini Giampietro) el deseo de salvar al peón a toda costa y por todo tipo de razones (revolucionarias, humanitarias), también nos muestra a una dirección del Movimiento que lo condena a muerte sin siquiera haberlo visto jamás. Martínez Moreno se las ingenia para sugerir que fue detenido un día y ejecutado al siguiente. Confieso que la sugerencia es sutil: tuve que releer los tres capítulos para detectar el mecanismo. Veámoslo.

En la segunda página del relato (la 136 del libro) Antonio, uno de los captores, ya está seguro de que se lo ejecutará. En la 139 se interroga al preso, se duda de su inocencia. "Hay un grupo 'ferretero' que quiere tener el caso arreglado antes de que anochezca." En la discusión subsiguiente, Marcos propone: "—¿Y si lo lleváramos a Cuba?" (a estas alturas, el libro ya es un acueducto que desemboca en los consabidos molinos). Finalmente, resuelven consultar a Montevideo. "Raúl había viajado en el ómnibus de las cinco de la tarde" (p. 145). Antonio es de los 'ferreteros'; Marcos argumenta largamente en favor de perdonar la vida del cautivo, aunque ambos ya sin poder de decisión. Se encomienda a Marcos la guardia nocturna.

(Aquí el autor intercala otro capítulo, quizá el más deplorable del libro, que nos hace perder el hilo de "Caragua". Ya hablaremos de "... Paraíso del mundo".)

Al retomar la historia, después de un par de horas de sueño del prisionero, Marcos conversa con él, se entera de que es analfabeto, lo compara con otro custodiado suyo, el banquero. Es otro capítulo.

Y en el tercero se nos comunica la sentencia llegada desde Montevideo. Todavía no sabemos qué día es. Pero se sugiere que se trata de la mañana siguiente a la captura. "Marcos acababa de enterarse, a mitad de la mañana. . . Marcos había pasado, hasta un relevo de la madrugada, la noche con el preso" (p.171). Cuando Antonio le cuenta la decisión, Marcos lo nota contrito y le objeta: "—Pero ésa era tu tesis de *anoche*" (p. 172, cursivas mías). Siguen conversando y recuerdan el caso de Mitrione, a quien, según Marcos (según pone CMM en boca de Marcos), "lo juzgamos nosotros, lo vimos todos nosotros, lo resolvimos e hicimos todo nosotros, hasta el final . . ." Y Antonio objeta ahora: "—Eso era lo que yo propuse *ayer* . . . Y vos fuiste el que quiso que diéramos cuenta a

Montevideo. . . ¿por qué, *de ayer a hoy*, cambias-te de criterio? ¿Te pasó algo *anoche, en el intervalo?*" (p. 175; otra vez, cursivas mías).

Claro, el autor no dice en ningún momento que se lo capturó en un día y se lo mató al siguiente. Pero lo sugiere con esas referencias temporales, diseminadas a lo largo de cuarenta páginas, llenas de digresiones, intercalaciones y otros relatos. ¿Por qué no lo dice? Porque Martínez Moreno sabe que entre la captura y la ejecución de Pascasio Báez pasaron varias semanas, durante las cuales se intentaron todas las opciones posibles, incluso, y sobre todo, la de su integración al Movimiento. ¿Entonces, por qué la sugerencia subliminal? ¿Error involuntario de un autor descuidado? Me permito dudarlo. Yo mismo he participado en un episodio menor que me convenció, hace ya dos años, de que es un autor tremendamente cuidadoso de lo que escribe, hasta en sus más mínimos detalles. Entonces, repito, ¿por qué? El autor lo sabrá.

Y que conste que no defiendo la ejecución de Pascasio. Fue uno de esos hechos que tanto ocurren en las revoluciones; hechos a los que, a veces, el triunfo de la revolución les otorga una especie de justificación retrospectiva; a los que, otras, la derrota convierte en simples asesinatos. Sé que es muy duro decirlo, pero esos hechos no necesitan del triunfo para tener sentido, ni de la derrota para ser asesinatos.

Entre los capítulos del "Caragua", Martínez Moreno intercala uno que transcurre en parque del Plata, un balneario cercano a Montevideo. Es, con pelos y señales (aunque con errores de hecho bastante sorprendentes, que no son comunes en el libro), con fechas precisas y referencias hasta de orden estético, el relato de la caída de "Jota" y de la muerte de su compañero. No me extenderé sobre este capítulo; y no lo hago, porque a estas alturas el autor ya debe haber tomado conciencia de que se excedió al asumir ciertas "libertades" que, si bien podrían permitirse a un novelista, no corresponden a un cronista. Digamos sólo que, cuando hace pensar al fugitivo "¿pensará ella en sí misma, querrá salvarse?", cuando habla de un "capitán en un cuartel", cuando muestra al compañero de Jota marchando desarmado hacia lo que parece un suicidio CMM falta a la verdad. Y afirmo que ello es así, aunque se trate de pasajes imaginados, porque atribuye a personajes reales e identificables, actitudes y sentimientos que, él lo sabe, no cabrían en ellos. Demos vuelta a esta página.

A pesar de lo que podría sugerir la lectura de estas notas hasta ahora, no se piense que el autor sólo deforma la historia del MLN. Lo hace (trata de hacerlo) con la de muchos otros. Por ejemplo, el Frente Amplio y algunos de sus integrantes. En "Mar Mediterráneo", el relator es un coronel de esa filiación política, detenido por segunda vez, degradado, vejado, torturado (una vez más, el autor ofrece excesivos datos que permiten identificar al protagonista del capítulo). Es un hombre, por convicción política, por historia profesional, muy cercano al "General", quien también está detenido.

Pues bien, veámos qué pone en boca del coronel nuestro autor (p. 217): "Cándidos en el espejismo de una victoria electoral imposible, habíamos temido que se nos quisiese desconocer el triunfo de las urnas y nos habíamos organizado elementalmente para resistir el despojo. El asunto se había bautizado 'Operación contragolpe' y era poco más que un juego de palabras, un sueño verbal sobre una pizarra". Me pregunto si el coronel, tan claramente identificado por el autor, se reconocerá en esa frase, o cuando se le hace hablar de "nuestra pequeña y pobre empresa delirante". O cuando, para referirse al miserable asesinato de los ocho mártires comunistas, se le hace decir "el asunto del club de la veinte". . .

Algunos comentarios

A pesar de referencias aisladas a otros grupos políticos, el grueso del libro está dedicado a los tupamaros y a las fuerzas represivas. Y se muestra a ambos contendientes en forma muy parecida. Claro está que casi todos los milicos son hijos de puta, sádicos, malditos miserables (aunque algunos no). Pero casi todos los tupamaros (aunque algunos no) son también seres despreciables, obsesos sexuales, egoístas, desequilibrados, asesinos o aventureros. Esa similitud aparece también en forma más explícita: por ejemplo, cuando el autor "saca del anonimato" a los cinco secuestrados en Buenos Aires cuyos cadáveres aparecen cerca de Soca y, simétricamente, a los cuatro soldados de la custodia del general Gravina muertos por los tupamaros; o cuando, en diversos pasajes, pone la misma justificación en labios de milicos y tupamaros: "es la guerra".

El resto de los actores, en cambio, son las víctimas: desde los dignos (el "dottore" fascista; el degenerado Ulyses; la viuda del doctor

Alvariza —“pálida y digna y firme, con un vaso de whisky en la mano”—; el Cacique, abuelo de la niña herida y abandonada, pobre viejo que no aguantó el segundo infarto) hasta los lastimosos (la madre de un preso involucrado en la muerte del coronel Alvarez, viuda de un periodista amigo del autor, que pide a éste “un favor criollo respecto de una historia de montepíos impagos”; Pascasio Báez; la hijita retrasada del “Ballinger”, con su padre muerto y su inocente madre clandestina).

Esa es la imagen del Uruguay de los setenta que nos transmite Martínez Moreno. Entre los acalorados comentarios que generó el libro en los exiliados uruguayos en México, hubo argumentos favorables (pocos): se necesita valor para decir ciertas cosas, ya es tiempo de demitificar al MLN. Muchos hemos discrepado con quienes hicieron tales afirmaciones. Para empezar, no se necesita valor para condenar a un movimiento derrotado, con buena parte de sus militantes muertos, presos, deshechos, exiliados. Valor y coraje políticos se necesitaban en 1971 para publicar, como lo hicieron entonces Nelson Minello y Patricio Biedma, un *análisis político* del MLN señalando discrepancias, discutiendo una concepción política que juzgaban errónea, formulando vaticinios que el tiempo se encargaría de convertir en realidades. Valor y coraje políticos se necesitarían, hoy, para revisar la historia de los diez últimos años en Uruguay, para analizar los errores que todos hemos cometido, para rescatar los aciertos que hubiéramos tenido, para juzgarnos a nosotros mismos antes de juzgar a los demás (sobre todo si esos “demás” están presos o muertos).

En cuanto a “demitificar” al MLN, no es eso lo que hace Martínez Moreno. Demitificarlo hubiera sido recrearlo en todas sus dimensiones, con alguna gente como la que él describe (que la hubo, claro), con otros simplemente heroicos y excepcionales, con una gran mayoría de mili-

tantes honestos, revolucionarios convencidos; luchadores sacrificados que lo dieron todo por una concepción política. Concepción política con la que es lícito discrepar, a la que es lícito disecar, analizar, contradecir, pero con hechos, con argumentos, con concepciones políticas distintas, no fustigando a sus muertos y sus presos.

En la imagen que nos da el libro, una banda de fascinerosos y locos genera, como su antítesis, una represión de locos y fascinerosos. ¿Es tan sencilla la explicación de lo ocurrido en Uruguay? ¿De dónde salieron, entonces, los muertos y los miles de presos y torturados, dirigentes y militantes del Frente Amplio y de los sindicatos? Y si aceptásemos que la oposición al régimen sólo era esa banda de aventureros y asesinos, ¿no estaríamos justificándolo por generar los anticuerpos necesarios para su defensa? ¿De qué otro modo podría la sociedad combatir ese tumor?

Es verdaderamente lamentable que un jurado tan prestigioso, en un concurso convocado por instituciones no menos prestigiosas, haya otorgado ese premio con una lectura tan superficial (aunque, se sabe, ése es un defecto de muchos concursos). Es lamentable que el único integrante uruguayo, Carlos Quijano, hubiera debido excusarse de juzgar este libro aun antes de leerlo, como lo aclaró una carta publicada junto con el fallo, debido a su vinculación con el autor desde hace muchos años. Y es una lástima, porque una lectura de Quijano, por apresurada que fuera, no hubiera dejado pasar, estoy seguro, las implicaciones de esta seudonovela, de esta crónica deformada y deformante.

Para terminar, ventilemos una discrepancia que algún día asumirá implicaciones concretas: pienso que no podremos decir “ha caído la dictadura” mientras haya en las cárceles uruguayas un solo preso político. Me parece obvio que el autor de *El color que el infierno me escondiera* no piensa lo mismo.

Carta de Martínez Moreno

Ruben Svirsky nos entregó su nota el 6 de julio y, como corresponde, la pusimos en conocimiento de Martínez Moreno, quien en este mismo número responde.

Una persona de quien desconozco por igual los títulos literarios y los merecimientos cívicos, envía a *Cuadernos* una acerba censura a propósito de mi último libro. Sería esclarecedor que expresara a partir de cuál principio de representatividad política o de especialización estética lo hace, pero se abstiene de decirlo. Seré yo más explícito en mi propio caso y diré quién soy, por si alguien (estamos en el exilio) no lo sabe; quién soy en relación con los hechos y los años a que alude el libro, sin que eso suponga tomar tales antecedentes por razones. Ya que se me hace aparecer albergando sentimientos de hostilidad hacia lo que ha constituido por tanto tiempo la materia de mis perjuicios, de mis preocupaciones y de mis riesgos, quiero preconstituir la prueba, aunque más no sea, de mi esquizofrenia ciudadana. Durante casi una década, he estado dando una batalla por todo lo que vituperaba, a estar al juicio de mi contradictor. Veamos cómo.

I

El 7 de octubre de 1970 suscribí —éramos pocas personas— un manifiesto reclamando la constitución de un Frente Amplio. No recuerdo que la firma de mi contradictor figurase entre las que *Marcha* en tal ocasión publicó.

El 5 de febrero de 1971, en acto público, impugné ante la Suprema Corte de Justicia en pleno, con presencia y posibilidad de réplica ofrecida al Fiscal de Corte Dr. Berro Oribe, los Códigos Militares por inconstitucionales, en cuanto a su posibilidad de ser aplicados a los civiles. La justicia militar reclamaba a dos estudiantes de seminaristas, para juzgarlos en su sede por una imputación de espionaje que, a tenor de la ley castrense y de los tribunales

militares, podría haber supuesto para ellos penas situables entre los ocho y los treinta años de penitenciaría. Recuerdo a la sala llena de un público que, en su enorme mayoría, no había acudido hasta allí por razones políticas sino en un acto de afirmación cívica. Por más esfuerzos de memoria que hago, no ubico a mi actual contradictor en esa sala. La Suprema Corte falló por unanimidad, declarando la inconstitucionalidad de la disposición impugnada por mí. La sentencia lleva la fecha del 10 de febrero de 1971 y fue redactada por el Ministro Dr. Alberto Sánchez Rogé. Ese resultado postergó desde el 10 de febrero de 1971 hasta la Ley de Seguridad del Estado, de 10 de julio de 1972, la posibilidad de que la ley militar se aplicara a los civiles, por parte de los jueces militares: exactamente diecisiete meses, que entre 1971 y 1972 contaron realmente mucho.

La madrugada del 16 de abril de 1972 estalló un explosivo y destruyó toda una parte de mi casa particular. ¿Razones? Yo no era político pero defendía presos políticos y escribía en *Marcha*. En esos días alertaba a los lectores acerca del aparato de represión que se estaba preparando desde el poder. En los mismos días de la bomba había escrito un largo artículo destinado a contestar la pregunta de su título, *¿Ley de Seguridad o matanza legalizada?* Versaba sobre la disposición a cuyo tenor el aprehensor de un sedicioso que en el trance de capturarlo lo hiriese o le diera muerte, se presumiría amparado en la causal de justificación emanada de la legítima defensa. Fueron en total dieciseis artículos periodísticos; los recogió luego en volumen la editorial Girón y, por supuesto, la edición no pudo circular. Eran primero los días del gobierno de Pacheco y luego los de la dictadura militar. Y

las declaraciones del secuestrado Bardesio, fotógrafo policial, afirmaron que las bombas del 16 de abril (las hubo para Usted, Dr. Quijano, y para el Dr. Crottogini entre otros) habían sido puestas por bandas parapoliciales, abastecidas con explosivos provenientes de Argentina y traídos a Montevideo por cuenta del Ministerio del Interior. Concurrió mucha gente aquella vez, a saludarme a mi casa. No recuerdo a mi contradictor entre ella.

El 9 de julio de 1973, fue detenido Lóber Seregni. Su familia me pidió que, con los colegas que yo designara, asumiese su defensa ante la justicia militar. Me felicito de haber elegido muy bien a esos colegas y de haber actuado junto a ellos. Sin duda tuvimos que afrontar muchos y graves problemas, pero encontramos el modo de documentar, ante la Historia ya que no ante la nula receptividad de los militares, aquella siniestra farsa. Nunca pude conocer la opinión de mi contradictor sobre esos hechos.

En agosto de 1970 (vuelvo un poco hacia atrás) se quiso aplicar penthotal a los presos de Almería: eran los días en que aún estaba pendiente el secuestro de Mitrione. El Subsecretario del Interior buscó contacto conmigo y pretendió que yo, como abogado de presos políticos (no de ninguno de los de esa vez, aclaro) mediara ante el Juez de Instrucción de turno; prometía que a cambio de la autorización judicial para inyectar penthotal se abandonaría la tortura. La tortura no es negociable, le respondí. Discutimos; acepté plantear (y desaconsejar) el trato propuesto ante el Juez del caso. Entonces había verdaderos jueces en el país: el consultado rechazó enérgicamente tal intercambio de temperamentos y así lo transmití al Subsecretario. El episodio se clausuró, de momento. Cuando arrojaron la bomba en mi casa, alguien me allegó copia de las declaraciones del secuestrado Bardesio, las cuales adjudicaban a ese preciso jerarca político un papel en la consecución de la gelinita, una parte de la cual se me había destinado. Obviamente, mi relación personal con el Subsecretario se cortó allí mismo y en forma definitiva.

En octubre de 1973 fue intervenida la Universidad de la República y procesado el Ingeniero Julio Ricaldoni, Decano de Ingeniería, a quien se atribuía una asociación para delinquir por vía de omisión, a raíz del explosivo estallado en un taller de aquella Facultad. Asumí la defensa de Ricaldoni, universitario ejemplar; y en 1975 se sustanció, ante la Suprema Corte integrada con conjuces militares, la revocación del procesamiento y la libertad del preso. Lo hice en otro informe in voce, que llenó la sala de audiencias de la Corte. Recuerdo allí la presencia cívica ostensible del Dr. Sánchez Rogé, que ya para entonces había cesado

como Ministro, la de Monseñor Haroldo Ponce de León, la del Profesor Emérito Justino Jiménez de Aréchaga y la de mi gran amigo Julio Castro. No tema mi contradictor, ni me acuse de estar entregando a nadie retrospectivamente a la tortura. Tres de esos cuatro eminentes uruguayos murieron ya. El otro, Haroldo Ponce de León, afortunadamente vive. Es el religioso a quien cito en la página 242 de mi libro; los militares lo estigmatizaron y difamaron muchas veces en sus libros blancos, pero se detuvieron ante la eminencia de su persona. Hoy vive, a lo que me dicen, en una casa de ejercicios espirituales. Por otra parte, no seamos ingenuos: sospecho que había veedores de la policía en la sala, así como sé que había conjuces militares en el estrado. El Fiscal de Corte era Bayardo Bengoa, pero prefirió no asistir. En un organismo integrado por siete componentes, los recursos interpuestos se perdieron por 4 votos contra 3; pero entre los 5 ministros de carrera obtuve 3 votos para la revocación del procesamiento y para la libertad; y Ricaldoni salió excarcelado por gracia en ocasión de la visita anual de causas, poco tiempo después.

Defendí a muchos otros presos políticos. Por un principio que no prediqué pero que cumplí, rehusé defender a homicidas. Nunca propuse cuenta de mis honorarios ni las acepté de nadie. Alguna vez, muy excepcional, tranquilicé a un familiar, aceptándole una gratificación. Tal vez esa política fue profesionalmente un error, porque daba pábulo a la especie de que yo integrase los aparatos de acción directa o recibiera de ellos otros estímulos clandestinos, cosa que dijeron los militares. Un coronel (juez militar él) aseguró una vez, en una reunión social ocurrida en Punta del Este, que yo viajaba periódicamente a Europa, a fin de recibir mis honorarios de manos de los *fedayines*. La verdad es que entendí mis defensas como una forma de asistencia cívica y humana en el infortunio, no como una forma de identificación con una causa frente a la cual siempre mantuve, y nunca recaté a mis defendidos, mis discrepancias y reparos. Jamás falté, en mis relaciones con ellos, a la verdad ni a la ética, aunque mi contradictor, a quien nunca vi en esos tiempos —ni en unas tiendas ni en otras— hoy así lo pretenda, con la misma misteriosa autoridad que lo erige en juez de un libro, que es un hecho de la libertad y del arte.

El resto del cuento no es demasiado largo. En setiembre-octubre de 1977 cuatro abogados de presos políticos fueron detenidos y procesados, sobre la base de deleznables falsificaciones urdidas en otros tantos expedientes. Tuve noticia fidedigna (se me permitirá que me reserve la fuente) de que esa escalada podría comprenderme, acaso en unos pocos días más. Abandoné un cargo ganando veintiocho

años atrás, a mérito de mi expediente universitario, y me exilié. Nunca se tramitó mi jubilación de funcionario público, porque se exigía mi presencia personal para hacerlo. Esta historia —no sólo la mía, sino la de muchos otros defensores personales de los presos políticos— estaban cerrándola los militares a la fuerza, en procura de no tener que soportar más presencias incómodas en los expedientes. Y lo lograron.

Así llegué a esta bendita tierra mexicana y en ella trabajo y amparado en su libertad escribo.

II

Quiero puntualizar ahora los siguientes extremos, porque corresponden a apasionadas inexactitudes de mi contradictor.

Primero. Siempre sostuve, como solución de paz social inaplazable, la amnistía de todos los presos y enjuiciados políticos que existen o hayan existido en esta época de la vida política del Uruguay. De todos, sin excepción alguna.

A Usted le consta, Dr. Quijano, que desconocía la existencia de la carta de su corresponsal cuando le entregué, con destino a este número de *Cuadernos*, mi nota *El preso político, criatura sin piso*. No era, por lo demás, la primera vez que sostenía tal tesis; en foros públicos, en Europa y en México, ya lo había hecho. Pero aun antes, y ante los propios jueces militares del Uruguay, lo había suscrito —juntamente con mis colegas Arlas y Korzeniak— en el escrito de contestación de la acusación fiscal, presentado al Juez Militar de Instancia de 4o. turno, en el caso de Liber Seregni. Lo hicimos utilizando el valioso material histórico recopilado por la erudición y el fervor del Prof. Juan Pivel Devoto, en su libro *La Amnistía en la tradición nacional*, publicado con pie de imprenta de "Por la Patria", libro que tampoco pudo circular en el Uruguay de los militares. En el asunto de Seregni, es obvio que toda postulación de amnistía puede y debe fundamentarse en la absoluta exculpación del procesado; es la mayor, la más plena y la más absolutoria de las razones. En otros casos, no. Pero procede siempre, en función de consideraciones de paz social y de concordia nacional, así como por fundamentos de humanidad. Para que se pida una amnistía no es siempre y forzosamente necesario sostener una inocencia. Mi contradictor no es abogado y puede menospreciar el distingo. Un abogado tiene que saber hacerlo. Nunca falté a ese deber, ni siquiera cuando había dejado de ser defensor, ya que había salido del país. Utilicé cuanta tribuna pública tuve a mi alcance, a tales fines. Una afirmación semejante ¿podría hacerla mi contradictor?

Segundo. En el capítulo de *Los candelabros* (publicado en España, antes de compaginarse el resto del libro) el número 286 de la presa es un dato imaginario, inventado por mí. El propio objeto físico de los candelabros, idem.: la fantasía neurótica de la reclusa, originada por su misma reclusión, tenía otro asidero y se expresaba por otros modos. En uso de mis libertades de creador, operé las sustituciones que creí literariamente más verosímiles y mejores. La carta que publiqué y atribuí a la presa fue, asimismo, inventada por mí. Ni existió nunca con tal redacción ni me la confió ningún familiar cuyo derecho al secreto profesional yo haya desconocido. Un escritor sabe que esto es tan elemental que casi da vergüenza tener que especificarlo. El episodio, además, nunca comprometió a nadie, ni siquiera en el concepto de los militares, a quienes no es bueno suponer siempre tan torpes.

Mi contradictor decreta que mi libro es una crónica y me niega el derecho a introducir cambios a partir de los datos de la realidad. Está equivocado y no revela que el hábito de la literatura de imaginación sea su fuerte. Recuerdo aquí una frase de Doctorow, muy a menudo citada por José Emilio Pacheco: no hay ficción ni realidad, como tales; hay narrativa. Si mi interlocutor lo hubiera entendido así, se habría evitado muchos errores. Por ejemplo: la presa violada no ha estado jamás en Suecia ni en Europa. No la busque allí, con ánimo de sabueso que el libro jamás propone. Por lo demás, no hay tal marido ni hay tales hijos, aunque es posible que hayan existido en otros casos, ajenos al que tomé en cuenta. Al pasar, aclaro que no es fatal que en todas las historias se trate de presos que yo haya personalmente defendido. Y si ni siquiera lo sabe caso por caso ¿cómo puede mi contradictor lanzar la índole de reproches que con tanta ligereza y por las dudas me hace?

Tercero. Hay un supuesto en que mi objetor "se equivoca exactamente", como diría Valéry: es el caso del reconocimiento de Marenales. La primera versión de esta historia, que sólo en frases incidentales diverge de la actual, se publicó en noviembre de 1971 en Buenos Aires, en mi libro *De vida o muerte*, editado por Siglo XXI, Argentina. Como historia suelta, se llamó *Lo reconozco, Miraballes*. Un ejemplar de ese libro —no me explico cómo— fue a dar a la biblioteca del penal de Libertad y Marenales lo leyó. El ya se había divertido con la escena real del careo, solazándose con el mimo andrógino y a veces de la expresividad erótica del testigo de cargo, con quien mi contradictor ha pensado que yo simpatice. Volvió a celebrarlo al leer el texto de Siglo XXI y, por interpuesta persona (yo ya no lo defendía ni, en consecuencia, podía visitarlo) me lo hizo saber de

modo expreso. Como mi interlocutor afirma que sería interesante conocer el punto de vista de Marenales, ahí lo tiene. Y no tema que la represión vaya a retorturarlo, por este rasgo de esparcimiento intrascendente, cuando lo sepa...

Cuarto. El personaje "De corpore" despierta a formas de la sensualidad intensa (pero no depravada, pero no degenerada) ante la certidumbre de que la muerte está ya acosándolo. Y no se equivoca. ¿Qué cuáquero, en tales condiciones, se lo podría enrostrar? Y su partido por la violencia paródica y su afición por su Luger sólo simbolizaban la psicosis de su encerrona. Pueden parecernos obsesiones cándidas o pueriles, pero no se echa de ver por qué deshonrosas.

Es posible que el personaje de "...Paraíso del mundo" haya respondido tirando balas, en la vida real, pero eso no haría que el final paladinamente verdadero fuese más estoico que el inventado, así éste lo convirtiese en un virtual suicida; y lo haría en cambio más prosaico y convencional (aunque más ortodoxo a la luz de las máximas de la acción directa). Ese hombre fue, por lo demás, uno de los ejemplares humanos más espléndidos que traté en mi vida. Agradezco a mi oficio de defensor la circunstancia que esta vez me agenció, al hacérmelo conocer. Mis obligaciones con la verdad tenían y tienen otras exigencias que aquéllas que supone una crónica apologética y edificante. Yo no soy realista socialista, como parecería serlo mi contradictor. El puede darse el lujo de despreciar a Dante, a cuenta de las rencillas entre güelfos y gibelinos. Yo no.

III

Terminantemente: conozco los expedientes y no es verdad que haya expuesto a nadie a ninguna represalia. He considerado al detalle los casos de que hablo. Pero el reproche de irresponsabilidad es —mi contradictor lo sabe— un reproche desplazado y, como tal, falso. Lo que él ahora capta es que no soy beato de ninguna iglesia. Desafío a cualquier lector a que haga un escrutinio y tome en cuenta todos los capítulos del libro, incluido el último, con su exordio de despedidas, que acaso peque de sentimentalón. Comprobará que son numéricamente muchas más mis devociones que mis discordias. Eso sí. Quienes hayan esperado de mí un libro beato, donde el asalto a la financiera tuviera que ser contado y el Caragua no pudiera siquiera plantearse, quienes hayan aguardado abrir un libro propenso a las canonizaciones y a los mitos, se verán defraudados, lo concedo. No es mi modo. No erijo altares a ninguna causa ni me arrodillo ante ninguno de ellos. Reclamo en cambio la libertad de escribir, de decir lo que pienso y de no apabullarme ante las supersticiones de grupo; si me hubieran gustado, me habría quedado en el Uruguay.

No pretendo que mis libros sean celebrados, ni siquiera exijo —¿cómo podría exigirlo?— que sean leídos. Pero reclamo, irrenunciablemente, mi libertad de escribirlos, sin pretender imponerlos. Ni quiero imponerlos yo ni acepto que sus contenidos quiera imponérmelos nadie. El terrorismo intelectual nos ha costado ya mucho y en la vuelta de estos últimos años se ha ejercitado contra nuestras ideas más caras. ¿Es que a alguien, a la vista de lo que ha sucedido, le interesa todavía seguir fomentándolo?

LOS DIEZ PRIMEROS LIBROS DE MARCHA

**Marcha Editores, S.A. de C.V. inicia sus tareas con
estos diez títulos**

Angel Rama Novísimos narradores latinoamericanos. 1964-1980
(Colección Letras)

Carlos Monsiváis Antología del cuento mexicano
(Colección Letras)

Mario Benedetti Los poetas comunicantes
(Col. Letras)

Manuel Buendía Red privada
(Col. Por y Contra)

Armando Cassigoli y Carlos Villagrán La ideología en los textos
(Col. Ciencias Sociales)

Cristina Pacheco Palabras recobradas
(Col. Por y Contra)

Antonio Barros de Castro El capitalismo hoy
(Col. Economía)

Boyer y Mistral Acumulación, inflación, crisis
(Col. Economía)

Luis González de Alba La teoría de los grafos
(Col. Ciencias Sociales)

**David Viñas, Angel Rama, Jean Franco,
Jacques Leenhardt, Tulio Halperin Donghi,
Antonio Cándido, Saúl Sosnowski, Jorge Aguilar Mora,
Antonio Skármeta, Elizabeth Garrels**
Narrativa y sociedad en América Latina
(Col. Ciencias Sociales)

renueva tu suscripción



cuadernos de marcha

México
América Latina
Otros países

\$ 300 (estudiantes: \$ 250)
15 dólares
18 dólares

Envíe por correo el cheque a nombre de CEUAL, AC, indicando con claridad, su nombre y dirección. (Indicar si se trata de renovación o nueva suscripción).

Haga su envío a:

CEUAL, AC
Apartado postal 19-131
México 19, DF
México

Compañero: haga un nuevo suscriptor.

CUADERNOS DE MARCHA

El famoso autor de
"El Triángulo de las Bermudas"
fija fecha para el Apocalipsis.

Charles Berlitz

**FIN del mundo,
año 1999**



BESTSELLER
★ **MUNDIAL**

Editorial Planeta





Aeroméxico tiene 4 vuelos diarios a Houston.

Somos los únicos en ofrecerle 4 vuelos diarios a Houston en estos cómodos horarios: 7:10, 8:00, 8:30 y 9:00. Elija el más conveniente y aproveche al máximo su estancia.

Houston tiene mucho que ofrecer y Aeroméxico también.

Consulte a su agente de viajes y recuerde, la reconfirmación no es necesaria en ningún vuelo de Aeroméxico.

Nuestro compromiso es cumplir con usted.



aeroméxico